

LIBÉLULAS AZULES *de*

¿QUIÉN MATÓ A SHARON NICHOLS?



ENRIQUE LASO

Autor de los BestSeller 'Los Crímenes'
y 'Los Cadáveres no Sueñan'

Lectulandia

Ethan Bush regresa a Kansas, escenario de «Los Crímenes Azules», para zanjear un asunto que había quedado pendiente y que le atormentaba desde hacía meses. Pronto descubrirá que intentar resolver un crimen acaecido en 1998 no es precisamente una tarea sencilla.

Lectulandia

Enrique Laso

Libélulas azules

Ethan Bush - 03

ePub r1.0

Titivillus 27.02.18

Título original: *Libélulas azules*
Enrique Laso, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El pasado nunca muere, nunca se desvanece, jamás deja de existir. Lo que hicimos ayer se trasluce en cada uno de nuestros actos del presente, en cada pensamiento, en cada uno de nuestros sueños.

Quienes más descreídos son de esta capacidad del pasado para subsistir hasta el infinito, son quienes en mayor medida sufren las consecuencias.

Es, en cierto modo, la venganza que se cobran los que ya no están entre nosotros para ejecutarla. El pasado, al fin, les hace justicia.

Capítulo I

Sharon Nichols fue asesinada la primavera de 1998. Su cuerpo desnudo fue hallado por un par de ancianos que andaban de excursión por los alrededores de Perry Lake y que habían llegado por casualidad hasta una zona apartada y poco frecuentada. El cadáver se encontraba levemente sumergido en una laguna que la lluvia había formado en una hondonada cenagosa cerca de la orilla.

La última vez que la joven, que hacía pocos meses había cumplido los 18 años, fue vista con vida fue cinco días antes de que localizaran sus restos. Aunque residía en Lawrence, donde cursaba el grado de Estudios Americanos, en la Universidad de Kansas, solía visitar la casa de sus padres, en Albion, los fines de semana. Apenas 30 millas separaban la pequeña población del campus universitario.

Sharon había quedado la tarde del sábado en Meriden con su amiga de la infancia Vera Taylor. Según el testimonio de la segunda, Nichols había abandonado su vivienda a las nueve en punto de la noche y se había alejado corriendo, algo habitual en ella, pues era una atleta de nivel y sólo 6 millas separaban Meriden y Albion. Jamás llegó a la casa de sus padres. En ese corto trayecto se le pierde la pista y se supone que alguien la secuestró por la fuerza y después acabó con su vida.

El cadáver no presentaba signos de violencia ni de agresión sexual. Había sido limpiado con jabón y con una esponja natural, lo que sin duda complicó en su día la labor de forenses e investigadores. Sin embargo la piel mostraba una cianosis evidente que tras la autopsia se supo era debida a que la joven había sido envenenada con una dosis letal de cianuro de potasio. En el estómago de la víctima también se hallaron restos de alcohol y de benzodiacepinas, lo que sugería que la habían sedado antes de suministrarle el cianuro. Fuera quien fuese su asesino se trataba sin lugar a dudas de una persona cercana, que la conocía.

Habían pasado nada menos que 18 años desde aquel trágico suceso y sobre la mesa de trabajo de mi apartamento en Washington descansaba una fotografía de Sharon Nichols, tal y como la abandonó en la orilla de Perry Lake el desalmado que destruyó para siempre el futuro de la joven. Los preciosos ojos color miel de Sharon, inundados de un pánico irracional, me observaban desde la instantánea. Era aterrador.

Junto a la fotografía había un *pen drive* con toda la información relativa al caso y cinco libretas *Moleskine* por estrenar. Con determinación cogí la primera y anoté algunos nombres: personas de las que en su día había sospechado y que ahora debería investigar a fondo.

De súbito el bolígrafo y la libreta se escaparon de mis manos. Estaba temblando. Estaba terriblemente emocionado. Me dejé caer sobre mi cama y me quedé mirando el techo de la habitación, respirando muy despacio.

Casi un año después de incógnitas, de pesadillas y de tormento iba a viajar de

nuevo a Kansas. Sólo tenía un objetivo. Sólo tenía una meta. Al fin una pregunta que me había martirizado sin descanso tendría respuesta: *¿Quién mató a Sharon Nichols?*

Capítulo II

Reabrir un caso no es algo tan sencillo como pudiera parecer, mucho más cuando han transcurrido casi dos décadas, a no ser que aparezcan nuevas pruebas o indicios sólidos. Para un agente especial de la UAC digamos que es, directamente, imposible.

La única solución que había encontrado para implicarme personalmente en la investigación del caso de Sharon Nichols era tan estrambótica como enrevesada. Requería que el *sheriff* del condado de Jefferson pidiera a la policía estatal de Kansas, con sede en Topeka, reabrir el caso; que a su vez éstos solicitaran la colaboración del FBI para ayudar a esclarecer el asunto y, finalmente, que mi superior, Peter Wharton, me asignara al mismo. Esta última cuestión era la única que tenía atada y bien atada.

Mi relación con el *sheriff* del condado de Jefferson, Clark Stevens, no era mala, pero tampoco buena, ni desde luego fluida. El denominado caso de «Los Crímenes Azules» había levantado ampollas en su día entre ambos, y aunque las heridas habían cicatrizado gracias al éxito y al paso del tiempo, no era el aliado más indicado para llevar a buen término mi plan. De modo que recurrí a la única persona que sabía no dudaría en echarme una mano; alguien cuya integridad envidiaba y uno de los pocos detectives a los que por aquella época apreciaba sinceramente: Jim Worth.

Nada podía detenerme con 31 años, y mucho menos una cuestión que se había convertido en algo personal, muy personal. Jim, no sin encontrar trabas y tener que vencer serias dificultades, consiguió hacer lo que yo no podía. Eso sí, antes me advirtió de que estaba cometiendo un grave error. Y no porque deseara saber quién diablos asesinó a la pobre chica, no; era porque entendía, con tino, que me movían otras razones más oscuras y mucho menos altruistas.

Cuando llegó la solicitud a Quántico también mi jefe, sorprendido de que mi plan hubiese funcionado, trató en vano de convencerme de que desistiese y de que dejase que la cuestión la resolviesen en Kansas, sin mi intervención. Pero Wharton no me conocía tan bien, y tampoco era consciente de que en mis entrañas llevaba meses germinando un deseo implacable de atar todos los cabos y de saldar una deuda imposible de explicar con un hombre que estaba encerrado en la prisión de mediana seguridad de Leavenworth: Patrick Nichols, el padre de Sharon. Porque cómo explicar que sentía compasión y afecto hacia un sujeto que había sido capaz de asesinar a dos muchachas. Era algo que todo mi entorno más cercano intuía, pero que deseaba dejar correr, como si no fuesen más que elucubraciones sin base racional. Y es que en efecto no tenían ninguna base lógica, estaban cimentadas sobre toneladas de emociones que sólo yo podía comprender.

El día que mi jefe me dio definitivamente el visto bueno tuve una extraña sensación de vértigo. Después de meses esperando ese instante cuando por fin llegó me empequeñecí, creí transformarme en un niño que asustado debe lidiar una batalla

titánica para seguir subsistiendo. Y en cierta medida yo no dejaba de ser un chiquillo. Ahora que me recuerdo no alcanzo a entender a aquel Ethan, aunque comprendo que era lo único que podía hacer dadas las circunstancias. Lo que hoy somos arrastra todo el peso de lo que ayer fuimos, pese a que no compartamos parte de nuestras propias decisiones, pese a que ni tan siquiera lleguemos a recordarlas. Somos como un peñón de roca expuesto a las inclemencias de un arrecife: lo que se contempla, esas formas horadadas por el viento y el mar, es el fruto de siglos siendo deformado y moldeado. Yo, el Ethan Bush que ahora escribe estas palabras, desde la serenidad y el buen juicio que conceden los años, soy crítico conmigo mismo; pero también soy consciente de que aquel del que hablo también era yo, y que una parte de ese yo lejano en el tiempo todavía sigue circulando por mis venas, sacudiéndome con miles de recuerdos y apoderándose noche sí y noche también de mis sueños.

No, no me arrepiento de haber salido en busca de la verdad una ventosa mañana de otoño del año 2016. Y no reniego de mí mismo porque aunque no existe lugar en mi cerebro que comparta aquella decisión sí sigue habiendo un espacio inmenso en mi corazón que la comprende, y que me perdona.

Capítulo III

Fue Jim Worth el que vino a recogerme al Aeropuerto Internacional de Kansas City. Otra vez, como en Nebraska, llegaba solo a mi destino. Pero en esta ocasión le había arrancado a Wharton la promesa de que más pronto que tarde Liz y Tom se incorporarían. Mark no era tan necesario sobre el terreno y había optado por excluirlo de mis pretensiones; dadas sus aptitudes él era útil desde cualquier lugar del planeta.

Ver a Worth de nuevo, poder estrecharle la mano y sentir su mirada limpia y serena sobre mi rostro supuso una alegría inmensa, casi indescriptible.

—Si me lo permite, Ethan, es usted un cabezota —fue lo primero que me espetó.

—Gracias, Jim. Sé que no comparte en absoluto mi idea de reabrir este caso, y a pesar de todo se la ha jugado para hacerme el favor. No sé qué día saldaré esta deuda, pero créame si le digo que no descansaré hasta lograrlo.

—Lo que le digo, un cabezota. Déjese de monsergas. No hay deuda que valga entre nosotros. Efectivamente ya se lo advertí: pienso que está cometiendo un grave error y que remover el pasado no le traerá más que problemas. Pero por alguna razón que sólo en el cielo conocen le tengo un afecto especial, y estoy dispuesto a echarle una mano.

Nos montamos en el SUV de la policía del condado de Jefferson. Nada más hacerlo sentí que viajaba al pasado. Apenas había transcurrido año y medio, pero tenía la sensación de que algunos lustros me separaban en el tiempo de la investigación de los crímenes de Donna Malick y Clara Rose.

—Estoy nervioso. No sé si me entiende —musité, tartamudeando.

Worth estaba a punto de arrancar, pero se detuvo para mirarme fijamente a los ojos.

—Todavía está a tiempo de largarse. Pasamos un día agradable por Kansas City, nos reímos, recordamos viejas batallas y esta misma noche toma un vuelo de vuelta a Washington. Sería lo más sensato.

—Ya se lo reconocí, Jim; las pesadillas no han dejado de atormentarme en todos estos meses. No hay otra salida.

—¿En serio cree que atrapar al asesino de Sharon Nichols calmará su ansiedad?

—Eso quiero pensar —respondí, inseguro.

—Su problema no es ése. La última vez que nos vimos tuve muy claro que su problema está relacionado con Patrick y con la estrecha relación que estableció con él. Usted lo considera una especie de sustituto de su padre, y lo único cierto es que es un asesino.

—Jim, ahora estoy en deuda con usted y no descansaré hasta saldar mi obligación. Hace tiempo me comprometí con Patrick a que hallaría al canalla que mató a su hija. Ese hecho trágico le hizo perder a lo que más amaba en el mundo,

hizo que su esposa se volase los sesos y finalmente le ha transformado en un monstruo. Sólo podrá descansar cuando atrapemos al responsable de tanto mal.

—Pero ¿de verdad se merece ese tipo el esfuerzo?

—Lo puede enfocar de otra manera: se lo merece Sharon.

Worth agachó la cabeza y golpeó suavemente el volante.

—Ahí me ha pillado. Contra ese argumento no tengo réplica.

—Pero no le voy a engañar. Tiene razón, lo hago por Patrick, por un ser abominable. Pero a fin de cuentas una persona que a mí me entregó mucho, que calmó un dolor que no había sido capaz de superar y que recuperó mi pasión por el atletismo. A los ojos de cualquiera... memeces. Soy consciente de ello.

—Aun así, Ethan, ¿de verdad está convencido de que vamos a ser capaces de resolver un crimen que lleva casi dos décadas dormido?

Aquella cuestión también me la había planteado. Pero la determinación y la fe es capaz de afrontar cualquier reto, hasta los más imposibles, hasta aquellos que están condenados al más rotundo de los fracasos.

—Sí, Jim. Lo vamos a hacer juntos. Cuento con el mejor detective de todo el medio oeste de mi lado. ¿Quién va a ser capaz de pararnos?

Capítulo IV

Volví a instalarme en Oskaloosa, para tener a tiro de piedra la oficina del *sheriff* del condado de Jefferson. Pero no lo hice en la casa que me habían cedido cuando estuve la primera vez, me alojé en la vivienda propiedad de Patrick Nichols. Un escándalo, un hecho insólito, una torpeza más que añadir a la larga serie que ya arrastraba con sólo 31 años. Aunque sólo fuera por una temporada, nada menos que un agente especial de la Unidad de Análisis de Conducta ocupando la casa de un asesino condenado y convicto. Razón de sobra para expulsar a cualquiera del FBI. Pero no así en mi caso. Wharton seguía disculpando, a regañadientes, mis incontables deslices. La idea de que gracias a mi cerebro privilegiado y a mis facultades innatas para comprender la psique de los asesinos en serie podían salvar a centenares de inocentes en los siguientes años pesaba más que su deseo oculto de largarme de una vez por todas de la agencia. Jamás podré agradecerle lo mucho que hizo por mí. Es ahora cuando lo comprendo en toda su dimensión, y sin embargo ya no está entre nosotros para decirle: «Peter, era un auténtico cretino y me salvaste. Tuviste una paciencia infinita conmigo, me domesticaste y lograste hacer de mí un hombre. Gracias».

Patrick Nichols había dejado a mi nombre una copia de las llaves de su casa en Oskaloosa y otra copia de la casa de Albion, la que había sido el hogar familiar, hasta que su esposa Amanda se suicidó y decidió que aquel sitio ya no era el más indicado para escapar de una pesadilla que había duplicado su horror. Desde hacía diez años faltaba lo que más amaba en el mundo, su hija Sharon; pero añadir la trágica pérdida de su mujer ya era demasiado, incluso para un tipo fuerte como él.

Pese a que Patrick había prescindido de los servicios de un abogado durante el juicio por los asesinatos de Donna y Clara, declarándose culpable sin más, en la actualidad un letrado de Topeka le llevaba los asuntos y se esforzaba por lograr que su cliente accediese a la condicional lo antes posible. Fue él quien me hizo entrega de las llaves.

—Patrick piensa que es usted, y disculpe que use este lenguaje, un estúpido. Debo decírselo. Todavía está a tiempo de echarse atrás.

William Anderson era un sujeto menudo, risueño, un poco orondo y que ocultaba su rostro tras unas gruesas gafas de pasta algo pasadas de moda. En la costa este no se hubiera comido un colín con aquellas pintas, pero en el medio oeste inspiraba confianza. Incluso a mí.

—Señor Anderson, llevo meses luchando por esta oportunidad. Aunque no se lo crea, tengo una deuda con él y ésta es la única forma de saldarla.

El abogado esbozó una media sonrisa que no supe bien cómo encajar.

—Era lo que esperaba escuchar. Yo en su lugar saldría pitando de este condado y no lo volvería a pisar en la vida, pero Patrick me ha comentado por encima la peculiar

relación que se estableció entre usted y él. Su gesto, por increíble que parezca, le honra. Pero ándese con cuidado, posiblemente sea el único que tenga esta opinión. No remueva demasiado el fango o las aguas se van a volver demasiado turbias.

—Le ruego que deje la poesía para otro momento.

—Yo vivo en Topeka, pero me muevo por este condado con asiduidad. Su regreso no es que haya despertado precisamente la ilusión de muchos vecinos de la comunidad, ya me entiende.

—En ocasiones tengo la impresión de que a la pobre de Sharon no la mató una sola persona. Parece más bien que fue víctima de una conspiración —manifesté, algo molesto.

—Creo que no me he expresado bien. Lo que teme la gente no es que descubra al asesino de la joven Nichols. Eso, salvo el culpable, todos lo desean. Lo que preocupa es que indague en el pasado, que saque a la luz lo que lleva lustros bajo las alfombras. No es plato de gusto para nadie, y todos tenemos algo de lo que arrepentirnos.

—Yo no —mentí, sin pestañear.

—¿Cuántos años tiene?

—Treinta y uno.

—Muy joven todavía. Espere a que pase el tiempo y verá. No le hará la menor gracia que cualquier recién llegado al FBI se ponga a husmear en sus cosas. No suelo equivocarme.

—Le agradezco la observación.

—En fin, Patrick me comentó que en la casa de Albion poco más encontrará de lo que ya fue capaz en sus pesquisas hace más de un año.

—¿Pero? —inquirí, titubeante.

—En ésta, en la de Oskaloosa, en el sótano hay un par de archivadores. Ahí hallará mucho material que quizá ahora pueda servirle.

—¿Qué clase de material?

—Las pesquisas que hizo la familia por su cuenta.

—¿No se estará refiriendo a la espiritista ésa?

—Emily Lee se llamaba.

—Eso.

—Pues sí, me refería a eso y a los informes que en su día les entregó el detective que contrataron él y Amanda. Un tal Ben King.

—Algo recuerdo. Tengo entendido que los dos han fallecido, ¿me equivoco?

—En absoluto. Hace años que están criando malvas. Tendrá que conformarse con lo que dejaron por escrito. Y por último están los papeles de Patrick.

—¿Los papeles de Patrick?

Andersonladeó la cabeza y arrastró la punta de su pie derecho sobre la gravilla, como si intentara sin éxito trazar un círculo perfecto.

—No le habló de ellos, ¿verdad?

—Jamás —respondí, desconcertado.

—Patrick también llevaba su propia investigación. Estaba obsesionado y consideraba que la policía no hacía bien su trabajo. Yo he echado un vistazo a esos papeles. No hay mucho, en realidad, pero tendrá una lista de sospechosos de partida. Quizá ninguno de esos nombres tenga relación con el crimen. O, a lo peor, lleva precisamente ahí cogiendo polvo desde hace más de una década.

Capítulo V

Volver a ocupar la sala en la que tantas semanas había pasado intentando esclarecer los crímenes de Donna Malick y Clara Rose me provocó un fuerte impacto. El olor de la estancia, la pantalla de 50", la mesa redonda, las sillas y hasta el color de las paredes obligaban a mi cerebro a viajar en el tiempo y casi podría jurar que el lapso transcurrido entre aquellos días y el presente se había esfumado como por arte de magia.

El *sheriff* Stevens me había solicitado una reunión a solas, antes de ponerme a trabajar. Lo notaba desmejorado, como si le hubieran caído encima diez años de golpe. Me observaba con recelo, incómodo.

—No le voy a mentir, Ethan, esperaba no tener que volver a verle nunca más. Resolvimos aquellos asesinatos, y usted fue clave, no le quito ningún mérito, lo sabe. Pero su presencia en Jefferson... Bueno, sería mejor decir el motivo que le ha traído de vuelta. Y además se instala en la casa de Patrick.

—No es ningún delito.

—No, claro que no. Pero comprenderá que la gente murmure y haga chascarrillos acerca del asunto.

—Sí, me hago cargo.

—¿Por qué ha vuelto?

—Hay un crimen sin resolver, lo sabe mejor que yo. Insistió mucho al respecto en su día.

—Sí, es verdad. Pero lo hice porque pensaba que aquel asesinato estaba vinculado con los de Donna y Clara, ¿recuerda?

—Y, por desgracia, no estaba equivocado —respondí, clavándome la uña del pulgar en la palma de la mano para controlar mis emociones.

—Sí, si lo estaba. Yo pensaba que los había perpetrado el mismo sujeto. Usted estaba convencido casi desde el principio de que no era así. Usted acertó, yo no.

—Pues ya conoce la razón de mi regreso. Necesito saber quién mató a Sharon Nichols.

—Ya lo intentamos. Muchas personas. Han pasado demasiados años, Ethan. Déjelo estar.

—No puedo.

—Claro que puede. Es usted testarudo. Es muy inteligente, pero también infantil y, discúlpeme, un poco inconsciente.

—¿Qué le preocupa? —pregunté, hastiado de tanto circunloquio.

—Que remueva el pasado. Las cosas están bien así. Muchos de los implicados en aquel caso han muerto. Otros ya tenemos muchos años. No merece la pena empezar a levantar polvo. Ya no, se lo garantizo.

—¿Todavía me guarda rencor?

El *sheriff* tomó una gran bocanada de aire. Había echado de menos durante meses ser testigo de aquel gesto tan suyo, tan enraizado en su manera de afrontar las cuestiones más sensibles. Ganaba el tiempo justo para contar hasta tres antes de soltar una sola palabra.

—No es eso, créame. No es que le tenga un especial aprecio, pero lo que me preocupa es que vaya por ahí preguntando, inmiscuyéndose en la vida de la gente. Ahora precisamente que todo está tan en paz.

—¿Todo está en paz?

—Seguramente no me he expresado bien. Todo está más tranquilo.

—Lo siento, *sheriff*, pero no voy a rendirme. Y como ya le he dicho antes, es que además no puedo.

—Ya me advirtió Worth. Es imposible hacerle cambiar de idea...

—Sí, es imposible —musité, tajante.

Clark Steven me señaló un par de cajas de cartón atestadas de papeles y otra de plástico translúcido a través de la cual se intuían diversos objetos.

—Ahí tiene todo lo que en su día fuimos capaces de recoger. El *sheriff* Johnson hizo un gran trabajo, se dejó la piel en tratar de hacerle justicia a la pequeña Nichols. Informes, atestados, interrogatorios y algunas pruebas. No es demasiado, ha pasado mucho tiempo...

—Se lo agradezco.

El *sheriff* meneó la cabeza, sin mirarme a la cara.

—Yo me desvinculo del asunto. Podrá consultarme lo que sea preciso, naturalmente, pero sólo contará con la ayuda de Worth. Él le tiene un gran aprecio, y sé que el sentimiento es mutuo. Si necesita más personal pídale a Topeka o a su jefe en Washington. Aquí tenemos asuntos de los que ocuparnos y no ando sobrado de efectivos, como ya conoce.

—Tampoco puedo valerme de Bowen...

—No, Ryan es mi mano derecha. Si lo necesita para un tema puntual acuda a él, pero nada más. Bastantes molestias va usted a causar.

—Clark, me desconcierta su actitud. ¿Acaso no desea saber quién mató a esa chiquilla?

El *sheriff* se me aproximó y posó su mano derecha sobre mi hombro. Seguía sin mirarme a los ojos.

—Claro que sí. No le quepa la menor duda. Yo era un agente de medio pelo cuando todo sucedió, no lo olvide nunca. Pero por un lado dudo que consiga esclarecer el crimen, y por otro sé perfectamente que se va a granjear muchas enemistades. Ándese con cuidado.

Capítulo VI

Los humanos somos animales de costumbres. Tardamos poco en sentir, por ejemplo en el colegio (y peor cuanto más mayores), que ese asiento que usamos los primeros días de clase es nuestro, y que nadie más puede apropiarse de él. Y cada cual tiene sus propios ritos y protocolos para ducharse, vestirse o ir al trabajo. Nos dan cierta seguridad, nos aferran a la vida y, también, nos facilitan la existencia. De modo que no dudé en volver a alquilar un pequeño *Chevrolet Spark*, como la primera vez que había estado en Kansas, para desplazarme con libertad de un lugar a otro.

Aquella fresca mañana de principios de otoño, antes de zambullirme en los cientos de folios que debía repasar (cuestión que por otro lado postergaba a propósito ya que detestaba aquel tipo de trabajo), decidí ir hasta Meriden y aparcar cerca de la casa de Vera Taylor, el último lugar en el que Sharon Nichols fue vista con vida. Me calcé las zapatillas de correr y me puse ropa deportiva: deseaba hacer el mismo trayecto que supuestamente la joven no había llegado a completar porque alguien se lo había impedido. Ella había salido de la vivienda de Taylor a las nueve de la noche, pero de momento prefería rodar a plena luz del día para poder fijarme en los detalles. Según el *sheriff* Stevens aquellas carreteras secundarias y caminos de tierra aplastada apenas habían sufrido cambios en dos décadas.

Estacioné el vehículo no muy lejos de la casa de Taylor, pero lo suficiente como para que ella no pudiera verlo. No tenía la menor duda de que ya estaría al tanto de mi presentación en Jefferson, pues en un condado de menos de 20.000 habitantes era imposible que los chismes no corriesen como la pólvora, pero necesitaba postergar nuestro encuentro. En aquel año y medio me había mandado varios mensajes invitándome a visitarla, pero ni tan siquiera había contestado.

Salí trotando despacio en busca de la KS-4, pensando en alcanzar pronto la 92, pues era la manera más cómoda de llegar en coche hasta Albion. Pero ¿sería el recorrido que realizó Sharon en su día? A plena luz no despertaba ninguna suspicacia optar por la 237, mucho menos transitada, y adentrarse por alguno de los caminos de tierra para alcanzar la casa de sus padres tomando un atajo. Pero una vez caída la noche aquellos parajes debían de resultar siniestros. Quizá para cualquier forastero, pero no así para alguien que lleva toda la vida transitándolos y posiblemente entrenando por ellos. Decidí que recorrería las seis millas de ida eligiendo una ruta y que regresaría hasta el lugar en el que había aparcado por otra.

No podía descartar la posibilidad de que en realidad la joven Nichols jamás hubiese abandonado viva la casa de Vera Taylor. Bajo mi punto de vista seguía siendo sospechosa del crimen. No la había descartado, a pesar de que según me relató en su día era ella la que se encargaba de cuidar la tumba de Sharon, ubicada precisamente en el cementerio de Meriden, a poca distancia de su vivienda.

Mientras corría mis pensamientos se fueron alborotando. Respirar de nuevo el aire húmedo procedente del lago y revisitar los paisajes que tanto impacto me habían causado nublaban en buena medida mi memoria y mi discurrir. Una magdalena empapada en té puede despertar los recuerdos de una persona, mientras que en otra será el perfume penetrante de una vegetación concreta o la visión de unos espacios que hacía años que no contemplaba. Infinitos son los resortes que despiertan el mecanismo complejo de la evocación. Yo me veía entrenado al lado de Patrick, disfrutando de volver a correr, de su amena conversación y de aquellos bidones con su pócima mágica que casi me salvaban de un desfallecimiento fulminante. También, de alguna manera, creía estar usurpando el espacio que hacía 18 años había ocupado el cuerpo de Sharon. En cualquier instante un desalmado podía surgir de cualquier parte y llevarme a la fuerza con él, para después acabar con mi vida. Aunque las cosas seguramente no habían sido así. Lo más probable es que ella conociese de sobras a su asesino y que se montase en su coche o lo acompañase de buen grado. Después aceptó tomar un refresco o cualquier otra bebida, sin ser consciente de que contenía un cóctel que la dejaría en minutos fuera de combate. Y así concluyó todo, así se despidió para siempre de su futuro como universitaria y como atleta. Matar es un acto psicológico que requiere de mucha fortaleza o de muy poca empatía, pero acabar con la vida de un ser humano es relativamente sencillo. Conozco cientos de formas de llevar a cabo un acto tan atroz con lo que podemos encontrar en el sótano o en la despensa de una vivienda cualquiera.

Casi estaba llegando a la residencia de la familia Nichols cuando decidí que al día siguiente me reuniría con Worth para hacer un primer listado de sospechosos. Además del material que me habían facilitado sobre la investigación que en su día llevó a cabo el *sheriff* Johnson tenía todos los apuntes que yo mismo había realizado en 2015. Teníamos un punto de partida bastante sólido, y eso es mucho, aunque se trate de resolver un crimen acaecido hace cerca de dos décadas.

Estaba desentrenado, y las apenas seis millas de distancia me dejaron sin aliento. Cuando al fin estuve delante de la casa de Albion jadeaba y las piernas me temblaban. Llevaba en un bolsillo las llaves de la vivienda, pero de inmediato comprendí que no iba a ser capaz de entrar. No ese día. En aquel lugar había terminado de esclarecer «Los Crímenes Azules». Allí, junto a Tom, con un nudo en la garganta, había comprendido y aceptado, después de resistirme a las evidencias como un estúpido, que la persona a la que tanto admiraba y apreciaba no era más que un homicida despiadado.

Capítulo VII

Apenas había logrado conciliar el sueño durante toda la noche. Me había quedado leyendo hasta muy tarde mis propias anotaciones y deducciones y todas esas elucubraciones se habían apelmazado en mi cerebro y me habían impedido dejar la mente en paz. Por el contrario, Jim Worth parecía haber regresado de una larga hibernación y estaba despabilado, expectante.

—Ethan, permítame que se lo diga, pero no trae usted muy buena cara. No ha pegado ojo, ¿me equivoco?

—No, no está equivocado. Por una vez en mi vida me quedé leyendo los papeles antes de reunirme con usted y ya no fui capaz de descansar.

El detective señaló las cajas de cartón que Stevens me había dejado y que supuestamente contenían todo lo relacionado con el caso sin resolver de Sharon Nichols.

—Pues tenemos faena por delante, mucha.

—Lo sé. También sé que estamos usted y yo solos.

—No le comprendo.

—¿No le ha comentado nada el *sheriff*?

—Clark no está lo que se dice muy contento con su llegada a Jefferson, no es ningún secreto. Ya sabe que me costó bastante que me diera vía libre para reabrir la investigación. Apenas hemos hablado al respecto desde entonces.

—Sí, soy consciente. Pues la cuestión es que sólo me permite trabajar con usted. Ni él, ni Bowen, ni nadie más de esta oficina nos echará un cable. Así están las cosas.

Worth se rascó la coronilla y lanzó una carcajada que inundó la estancia con su alegría optimista e infatigable.

—Me lo esperaba. No es ninguna sorpresa. Ethan, piense que podría haber sido peor.

—¿Peor?

—Sí. Que esté aquí sentado ahora mismo, con todos esos informes sobre la mesa, ya es un éxito. Además, conozco a algunos agentes en Topeka que estarán dispuestos a ayudarnos en lo que sea preciso. Y también tenemos a su gente.

—Bueno, en realidad no es *mi* gente. No dependen de mí, aunque mi jefe digamos que me los *presta* durante unas pocas semanas para que yo pueda colgarme las medallas.

El detective volvió a sonreír. Era un hombre grande, capaz de parar en seco a un búfalo, pero tenía la expresión de esas personas extraordinarias que sólo albergan bondad en su corazón. Me dio una palmadita en el brazo.

—Es un cabezota, y ya le he perdonado por ello, pero no se las dé ahora de humilde. No le queda nada bien.

—Quizá esté cambiando, Jim. A lo mejor estoy mejorando, aunque sólo sea levemente.

—¿Nos ponemos en marcha? No crea que Stevens va a permitir que le dedique a esta tarea más de un mes. Si no ve resultados palpables me quitará de en medio sin pestañear.

Nos repartimos el trabajo. Mientras uno repasaba los expedientes el otro leía los informes. Conforme avanzaba me daba cuenta de lo mucho que se habían desarrollado las técnicas forenses y de investigación en dos décadas. También asumía que aquel crimen quizá había sido demasiado complejo para la oficina del *sheriff* de un condado pequeño y que ojalá en su día al menos la policía estatal de Kansas se hubiera implicado en el asunto. No fue así y ya no tenía remedio.

A pesar de todo, valoraba mucho el esfuerzo descomunal que el *sheriff* Johnson y todos los que habían trabajado en la investigación habían hecho. En muchos detalles percibí una participación que iba mucho más allá de lo profesional. Habían asesinado a una de las jóvenes más prometedoras del condado y después habían abandonado el cuerpo desnudo en un lodazal. Era algo que perturbaba hasta al más experimentado de aquellos agentes acostumbrados a delitos menores.

—Tenemos que elaborar una lista de sospechosos —dije, aprovechando para hacer un alto, pues estaba agotado de leer sin descanso.

—Adelante, yo ya tengo una en la cabeza. Pero las cosas que no se ponen por escrito no sirven de nada. Usted siempre va acompañado de una libreta y de un bolígrafo. No se lo tome a mal, pero todavía se hacen por aquí chanzas al respecto. Imagine, un agente especial del FBI sin un maravilloso iPad de última generación.

—Detesto esos cacharros. Las libretas nunca me han fallado, y además son cómodas y me permiten tomar notas muy rápido.

—A mí me encanta su estilo, Ethan. Bueno, esa parte de su estilo. Hay cosas que nunca llegaré a comprender.

Sabía a lo que se estaba refiriendo Worth. Tras salir de ver a Patrick Nichols en la prisión, hacía más de un año, había cenado con él y le había contado prácticamente toda la verdad acerca de mis desmanes a lo largo de la investigación de «Los Crímenes Azules». No podía contar con él sin sincerarme primero. Hubiera sido una torpeza, y una canallada también.

—Está bien —musité, poniéndome en pie y acercándome a la pizarra plástica que nos habían facilitado, intentado cambiar de tema—, pongamos esos nombres por escrito. Los investigaremos uno a uno y los iremos descartando hasta dar con el culpable.

—No va a ser nada sencillo.

—Lo sé. Ha pasado mucho tiempo.

—Y mucha gente ya no está entre nosotros para hablar, para ofrecernos su testimonio. El forense, el *sheriff* Johnson, la madre de Sharon...

—Me hago cargo, Jim. Pero son las cartas que nos han repartido, y con ellas

tenemos que jugar la mano. No pienso rendirme.

—Sensacional.

Me puse a escribir en primer lugar nombres que ya habían sonado en el pasado y que ahora tocaba recuperar: Matt Davies, Duane Malick y Vera Taylor.

—Estos sabemos que no asesinaron ni a Clara ni a Donna, pero no así a Sharon —manifesté.

—Me cuesta creer que fuera Vera. Era la mejor amiga de la chica y ahora se encarga de cuidar su tumba. Y ya sabe también lo que opino de Matt. Es un tipo raro, desagradable incluso, pero tampoco pienso que fuera capaz de hacerlo ni que tuviera motivos.

—Entonces sospecha principalmente de Duane Malick, el padre de Donna.

—No he dicho eso. Si me deja...

—Claro. Somos un equipo. Un extraordinario equipo de dos.

El detective tomó el rotulador y anotó tres nombres con los que ya me había topado en los papeles en varias ocasiones aquella mañana.

—Tenemos al medio novio de Sharon, a su compañera de habitación en el campus y a un profesor joven con el que según parece mantuvo una breve relación.

—Seis nombres —dije, contemplando satisfecho la pizarra—. No está nada mal para empezar.

—Siete, siete nombres —puntualizó Worth.

—¿Cómo? Sólo hemos anotado seis nombres.

—Falta uno, y no creo que debamos ponerlo por escrito.

Comprendí de inmediato que el detective deseaba susurrarme al oído a aquel sospechoso, por alguna razón que desconocía. Pese a mi desconcierto acerqué mi oreja a sus labios.

—Le escucho, Jim.

—El *sheriff* Stevens, que por aquel entonces era agente de policía.

Capítulo VIII

Por la tarde me puse en contacto con Mark, mi experto en *hacking* e informática en Quántico, una de las personas menos valoradas por mis compañeros de Washington, debido a su oscuro pasado, y que sin embargo era un auténtico genio.

—Esta vez no hace falta que me des explicaciones; ya Wharton me ha puesto al corriente de la locura que estás haciendo y me ha dicho que estás autorizado a pedir mi colaboración y yo a darte soporte.

—Eso es genial.

—No, Ethan, esto es una mierda. ¿Qué narices pintas tú de nuevo por Kansas?

Mark, al contrario que Liz, que debía soportar casi cada noche mis pesadillas; o de Tom, que había pasado muchas horas a mi lado; no estaba informado de mi obsesión con el caso Nichols, ni tampoco de mi singular relación con su padre, Patrick. Lo único que sabía es que había vuelto a Jefferson para esclarecer el crimen de Sharon, y que había montado un jaleo de proporciones gigantescas para conseguirlo.

—Es largo de explicar.

—Me lo imagino. Y, en buena medida, no sé si quiero una contestación a la pregunta.

—No te iba a gustar, Mark. Ya te lo adelanto.

—No tienes arreglo. Eres peor que un ordenador desfasado: ni aumentándote la memoria RAM o sustituyendo el procesador de tu cerebro cambiarían las cosas demasiado.

Mi colega tenía mucha razón. Han pasado lustros desde aquella conversación y me he transformado; pero ha sido a fuerza de golpes, de sinsabores y de lecciones que me han dado otras personas más juiciosas, humildes y sabias que yo. Tener una inteligencia sobresaliente, poder contar desde que naces con altas capacidades, no asegura nada en absoluto. El destino no está escrito, y la voluntad, el trabajo, la confianza y la persistencia pueden mil veces más que cualquier puñado de neuronas bien alineadas.

—En fin, ya tengo bastante con las peroratas de mi madre como para que ahora tú vengas a enmendarme la plana. Un día en un bar de Georgetown te explico toda la historia y me terminas de echar la reprimenda.

—Eso lo firmo ya mismo. Venga, ¿qué necesitas?

—Información, como siempre. Voy a pedir ya mismo a Wharton que me mande aquí a Tom, pero entretanto a ver qué puedes sacar tú.

—¿De quién o qué estamos hablando?

—Un profesor de la Universidad de Kansas y un antiguo alumno. Te acabo de mandar por *mail* sus nombres. No sé ni siquiera ni si están vivos todavía.

—Ya veo que no te has esforzado mucho. Eso te lo paso en diez minutos. Y en veinte a qué se dedican hoy en día, con quién se ven y si se emborrachan los fines de semana.

—Fantástico. También deseo saber qué hacían en la primavera de 1998.

Mark no respondió. Oía su respiración, un poco agitada, de modo que estaba claro que la conexión no se había perdido.

—Ethan, en la primavera de 1998 no existía Google, Facebook no era ni una idea y no hablemos ya de Twitter o Instagram. En 1998 la gente todavía usaba directorios como el de Yahoo o Altavista para buscar información, tenían un maravilloso navegador llamado Netscape, ¡y todavía ni siquiera habíamos sufrido la crisis bursátil de las *punto com*!

—¿Y qué? —pregunté, ingenuamente.

—Pues que mis fuentes de información principales son las redes sociales, donde la gente vuelca toneladas de información personal a la ligera. Rastrear a día de hoy lo que hubieran podido estar haciendo hace casi dos décadas, en el supuesto de que usaran la Red asiduamente, algo improbable, es casi imposible.

—Bueno, pues dedícate al presente. Tendré que recurrir a Tom sí o sí para hurgar en el pasado —dije, resignado.

—En ocasiones no queda más remedio que ir de casa en casa preguntando a las personas qué opinan de aquel chico o de ese vecino tan majo. Hoy en día casi no hace falta, pero estamos hablando de la prehistoria. Yo mismo no era nada más que un crío por entonces.

Yo también era casi un mocoso, no tan joven como Mark, pero un adolescente que pasaba las horas estudiando, entrenando para llegar a ser un atleta de cierto nivel y de vez en cuando perdiendo el tiempo con una gastada PlayStation.

—Tienes razón. A ver qué sacas. Si el asesino de Sharon sólo cometió ese crimen y ha rehecho su vida las cosas se nos complican.

—Ethan, intentar resolver un caso que lleva dos décadas cogiendo polvo ya es complicado. No hace falta que nada más venga a empeorar la situación.

Me despedí de Mark porque no quería venirme abajo. Necesitaba estar concentrado y pleno de energía. Telefoneé a Wharton y le pedí formalmente que enviase a Tom a Oskaloosa lo antes posible. Se resistió, pero me dijo que en un par de días podría contar con él. En cualquier caso, si se alargaba la investigación los dos tendríamos que regresar a Washington. No estaba dispuesto a tirar por el sumidero el dinero del contribuyente. Peter era un jefe genial, pero no dejaba de ser un burócrata bien adiestrado, tal y como gustan en la agencia. Esa clase de personas son muy eficientes, pero ninguna de ellas ha logrado avances significativos ni en los procesos de trabajo ni en las herramientas que facilitan y agilizan la labor de los agentes. Siempre han llegado las revoluciones más espectaculares de la mano de los díscolos, de sujetos que han tenido un pie fuera del FBI y que se han salvado en el último segundo de ser expulsados porque han demostrado que esa nueva forma de encarar

las tareas era mucho más eficaz. Yo entonces era de los rebeldes, de los que no se atañen a las reglas, de los que tenían el futuro pendiente de un hilo, de un hilo muy frágil; hoy soy más comedido, más taimado, quizá menos eficaz pero mucho más eficiente.

Tras prepararme un puré de patatas acompañado de una lata de alubias con tomate, la que sabía iba a ser mi dieta habitual a lo largo de mi estancia en Kansas, por razones de comodidad y de gustos culinarios, volví a mis cuadernos, repasando las notas que en su día había tomado sobre Duane Malick, alguien sobre el que había razones de sobra para sospechar. Sharon Nichols, según indicaba ella misma en las páginas arrancadas de su diario, que yo había descubierto en un compartimento secreto creado hábilmente en una caja que reposaba en una estantería de su habitación, había quedado la noche de su desaparición con un tal «X», y todo llevaba a pensar que el padre de Donna podía estar detrás de aquel alias.

Apenas había invertido diez minutos en aquella faena cuando mi *Smartphone* comenzó a vibrar. Era Vera Taylor. Me había mandado varios mensajes, pero jamás me había telefoneado desde que abandoné Jefferson. Opté por contestar, era inútil intentar eludirla.

—Mi agente favorito vuelve a casa y no me comenta nada —susurró, con aquella voz suave que tanto me seducía.

—En realidad tendré que ir a visitarte tarde o temprano —musité, seco.

—¿Qué te ha traído de nuevo por aquí?

—Hemos reabierto el caso de tu amiga. Vamos a descubrir quién mató a Sharon.

Taylor tardó varios segundos en hablar. Podía imaginarme qué estaba pasando por su cabeza.

—Vaya, me había ilusionado con la idea de que tenías ganas de verme.

—Te veré, Vera, puedes estar segura. No voy a andarme con rodeos: estás en mi lista de sospechosos.

Capítulo IX

Quedé con Worth en la casa de Nichols en Oskaloosa, donde me alojaba, pese a las reticencias de toda la comunidad. Quería repasar con él los apuntes del detective que la familia había contratado para investigar el asesinato de Sharon, hastiados de que la policía del condado no lograra ningún avance significativo. Del sótano, siguiendo las instrucciones que me había dado William Anderson, el abogado de Patrick, y a la postre mi enlace secreto con el que todavía consideraba mi amigo, obtuve cuatro carpetas atestadas de folios. Teníamos faena para aburrir.

—Recuerdo a aquel tipo. Yo acababa de llegar de Topeka y estaba recién incorporado a la oficina del *sheriff* como detective, de modo que su presencia no me hacía mucha gracia —murmuró Worth, mientras echaba un vistazo al primero de los cartapacios.

—¿Qué pinta tenía?

—Bueno, la clásica de un detective privado. Creo que era de Texas, y además iba siempre con un sombrero blanco calado hasta las cejas. Nos reíamos de él a sus espaldas. Ahora me arrepiento. Seguro que encontramos alguna foto suya por ahí.

No imaginaba a Worth haciendo bromas sobre nadie. Pero también él había sido joven. Si a eso le añadimos que pudo verlo como una amenaza después de bastante tiempo añorando un ascenso, es comprensible. En su rostro pude distinguir cierto malestar.

—No sé qué pinta tiene el típico detective...

—Bueno, era de complexión fuerte, pelo canoso y la mirada escrutadora que tienen los que no se fían de nadie. Pienso que sospechaba de todos y cada uno de los habitantes del condado.

—A fin de cuentas, ésa era su misión —reflexioné en voz alta, empatizando con aquel sujeto al que no conocía de nada, pero al que me unía una misma forma de actuar.

—Sí, imagino que sí. Ya sabe que yo no suelo pensar que todo el mundo es malo, y menos de buenas a primeras. Al contrario, creo que el planeta está inundado de gente maravillosa. Sólo un puñado de alimañas estropea todo el conjunto.

—¿Llegaron a colaborar?

—Conmigo no. Charlamos un par de veces a lo sumo. Pero sí que intercambié pareceres con el *sheriff* Johnson primero y, después, con Stevens.

—De modo que tendremos que leer todo para saber qué opinaba sobre el asunto —musité, desencantado.

—Algo sé de lo que pensaba, pero igualmente considero que debemos empaparnos de estos papeles. Ethan, ¿me permite una pregunta muy personal?

Worth no me miraba a los ojos, pues mantenía los suyos clavados en la carpeta

que sostenía entre las manos, por lo que deduje que no me iba a gustar nada la cuestión.

—Claro, Jim, ¡cómo no!

—¿De qué manera logró sacarse el grado en psicología en Stanford? Es inteligente, pero también un poco perezoso e indomable.

—Gracias por la sinceridad, es una virtud poco apreciada. Además, viniendo de su parte encaja bien las críticas.

—Menos mal —dijo el detective, sonriendo.

Le mostré uno de mis cuadernos *Moleskine* y lo agité con fuerza.

—Soy bastante remolón y un poco indómito, pero no un completo imbécil —musité, con sorna—. La clave está en los esquemas, es algo que aprendí de mi padre. Me dijo que un estudiante bien capacitado con asistir a clase, leer los apuntes y tener buenos esquemas memorizados podía hincharse a sacar matrículas en Stanford.

—No me lo puedo creer...

—Añada un poco de verborrea de la buena y la receta es casi perfecta. Sólo hace falta caer en gracia a los profesores, y la suerte estuvo de mi parte —concluí, guiñando un ojo.

—No sé si ponerme a maldecir en arameo o si levantarme y aplaudir.

—Jim, no me aplauda, se lo ruego. Es un honor contar con su amistad y estar aquí investigando este caso con usted. Gracias.

Worth se emocionó, y a pesar de que los ojos se le humedecieron brevemente no tardó ni medio segundo en rehacerse y señalar los informes del detective privado.

—Parecemos dos tortolitos. ¿Nos ponemos a bregar en serio? Esto no es San Francisco ni estamos en la Universidad de Stanford. Aquí va a tener que remangarse de verdad.

—Es cierto. Volviendo a lo que le comentaba, ¿qué opinaba él del caso?

—Estaba tan desorientado como nosotros. Un día pensaba que había sido ese medio novio que tenía Sharon, al otro un profesor, más tarde alguna compañera celosa...

—¿Jamás citó a Duane Malick?

—No, nunca. De hecho nadie sospechó de él hasta que llegó usted con todo su equipo y le hicimos aquella grabación en el lago.

Tamborileé sobre la mesa. Entre la oficina del *sheriff* y el sótano tenía información como para empapelar un estadio de béisbol, pero no tenía demasiado claro que fuese a ser de mucha ayuda.

—Quizá este detective sólo estuvo perdiendo el tiempo. No sé si va a merecer la pena invertir horas y horas repasando todos estos informes.

—Yo creo que sí, Ethan. Tuvo que dar con alguna pista o indicio, porque eso explicaría su muerte.

—¿Su muerte?

—Sí, resulta cuando menos intrigante. Se cerró porque no había suficientes

evidencias, pero yo aún ando con la mosca detrás de la oreja.

Estaba anonadado. Apenas había puesto un pie en Jefferson y ya comenzaban a saltar las sorpresas.

—¿No falleció de manera natural?

—No, en absoluto. Tuvo un feo accidente de tráfico. Apenas le quedaba líquido de frenos, pero el coche estaba tan destrozado que no pudimos ir más allá. A día de hoy no sé si fue un infortunio o un homicidio perfectamente planificado, quizá porque sabía demasiado.

Capítulo X

Conforme más leía acerca del *sheriff* Johnson mejor me caía aquel hombre que llevaba años descansando en el cementerio de Oskaloosa. Sus métodos eran anticuados, pero no podía negar que había interrogado a medio condado con tal de dar con el asesino de Sharon Nichols. Me lo imaginaba por las noches hostigado por pesadillas parecidas a las mías, intentando restaurar la paz en un lugar en el que nunca sucedía nada digno de reseñar. Por desgracia su diligente esfuerzo no había dado ningún fruto, pero sí que había afectado a su salud. Muchos sugerían que no se lo había llevado el cáncer, sino que la desesperación y la culpa se habían cebado con su cuerpo y la enfermedad encontró un punto débil por el que avanzar sin oposición.

Leía los informes y los expedientes con voracidad, más por las ganas que tenía de quitármelos de encima que por devoción profesional. No estaba hecho para aquellos menesteres y casi los consideraba una pérdida de mi valioso tiempo. Pero conforme avanzaba me iban interesando en mayor grado. Era como meterse en una novela, como estar descubriendo por primera vez *A sangre fría*, de Capote. Y en cierto modo yo estaba teniendo un contacto inicial con muchos de los personajes de aquel tinglado intrincado, en el que Sharon era la protagonista sin discusión, pero que estaba plagado de secundarios interesantes, normales o repugnantes. Lo peor era no tener la certeza de que entre ellos estuviera el o la culpable, porque no se mencionaba a Duane Malick, por ejemplo, en ningún atestado, y apenas aparecía Vera Taylor. Y ambos estaban en mi lista de sospechosos. ¿Podía ser plausible que aún quedase alguien más por salir a escena? No quería ni pensar en tener que volver a empezar prácticamente desde cero, aunque era una posibilidad que debía contemplar. Hay personas muy astutas que se mueven entre bambalinas con la sutileza de una mariposa, pese a ser tan peligrosas como un escorpión.

Había un aspecto de este escudriñar en el pretérito que me escocía, como una picazón irritante que no sólo no encuentra alivio sino cuyo molestar va en aumento. Sharon ya no era la joven angelical, sana deportista, intachable estudiante e hija envidiable que había supuesto. Las tres páginas arrancadas de su diario que yo había usurpado de su habitación ya me habían puesto en alerta, pero ahora que tenía sobre la mesa la opinión de terceros, volcada en decenas de interrogatorios, la imagen de la joven Nichols se oscurecía paulatinamente, mostrándome su lado más sombrío. Y las preguntas me asaltaban: ¿Era una manipuladora compulsiva? ¿Con cuántos hombres había mantenido alguna clase de relación, pese a su corta edad? ¿Quién era la misteriosa «X» que ella señalaba en su diario? ¿Con quién tenía planeado fugarse precisamente el día de su desaparición? ¿Por qué odiaba a su amiga de la infancia Vera Taylor? ¿Qué le hacía pensar que estaba a punto de cometer una felonía que pocos en Jefferson perdonarían?

También, mientras trabajaba, yo mismo cuestionaba mi capacidad para afrontar aquella investigación tan singular. Mi labor era la creación de perfiles criminales, habitualmente de asesinos en serie, no el reabrir casos que llevaban enterrados casi veinte años. Para eso ya había detectives de homicidios especializados en los grandes departamentos de policía. Yo había buscado los vericuetos, concebido las circunstancias, y había logrado abusar de la confianza de personas que me estimaban para plantarme en Kansas para vengar a un amigo, a una persona con la que consideraba que estaba en deuda: Patrick Nichols. Precisamente la misma persona que había cercenado la vida de dos chiquillas con la intención de que alguien, en aquel instante yo, reabriese el caso de su hija y encontrase de una vez al culpable del crimen.

No era extraño, pues, que el *sheriff* Stevens y buena parte de la comunidad me mantuviesen alejado de sus vidas, a mi suerte, casi como un apestado. Nadie era capaz de comprender qué había impulsado a un agente del FBI a montar todo aquel lío. Y muchos consideraban, quizá no sin atino, que mientras intentaba pescar en aguas turbulentas el pez gordo sacaría a la luz montones de lobinas negras de las que ya nadie se acordaba, y que llevaban lustros reposando de manera plácida en las zonas más apartadas y tranquilas de Perry Lake. Aquella mañana otoñal alguien me lo iba a comenzar a dejar claro, por si yo estaba despistado.

Recuperando las costumbres que con tanta solidez se habían afianzado en mi primera estancia en Oskaloosa, me puse ropa cómoda y me calcé mis nuevas *New Balance*, que había adquirido en Washington, antes de tomar el vuelo a Kansas City. Patrick ya me había enseñado los mejores caminos para rodar, y tenía distintas opciones para disfrutar de mi deporte favorito, aunque esta vez sin su agradable compañía. Pero lo que prometía ser un rato placentero con el que poder despejar la mente y oxigenar mis pulmones se transformó en inquietud nada más abrir la puerta. Había un sobre en el segundo de los peldaños de la escalera de entrada que de inmediato llamó mi atención; sin nombre, sin nada escrito en el exterior. Aunque creí que podía ir dirigido a Patrick o a su abogado, pues no dejaba de ser la propiedad de Nichols, lo rasgué algo confundido. Para mi sorpresa me topé con un folio que tenía una frase elaborada con letras recortadas de periódicos y revistas, como los anónimos que se remitían en el pasado. Lo infantil y precario del montaje no le restó un ápice de inquietud a su contenido: «Por su bien, váyase de aquí y no vuelva nunca».

Capítulo XI

La llegada de Tom supuso un alivio. Jamás en la vida creo haber sentido tanta alegría al verlo. Era un agente mordaz, dicharachero y en contadas ocasiones incluso soez. Pero también era de los pocos que podían sacar información a cualquiera, confundirse en todos los ambientes sin llamar la atención (especialmente con los bajos fondos) y entrar en una propiedad, registrarla de arriba abajo y dejarlo todo como si por allí no hubiera volado ni una mosca. Yo lo necesitaba para mis indagaciones como el aire para respirar, y él era muy consciente de ello. Había sido clave en Denver primero, en Kansas y en mi último caso, pese a un descuido disculpable, en Nebraska. Sin su colaboración atar todos los cabos era poco menos que una empresa inviable.

—¿Dónde paras? ¿No estaremos en la misma casa en la que nos enclaustraron la última vez? —me preguntó, de camino a Oskaloosa, desde el Aeropuerto Internacional de Kansas City, adonde había ido a recogerlo.

—En la vivienda de Patrick Nichols —respondí, con sequedad, intuyendo la tormenta que se avecinaba sin remedio.

—¡Cómo, has perdido la cabeza! —exclamó Tom, con los ojos desorbitados.

No le había anticipado la buena nueva, porque sabía que me soltaría un rapapolvo de los que hacen historia. En verdad, era imposible explicar aquello, aunque aún hoy comprendo los motivos que me impulsaron a actuar de esa manera.

—Me la ha dejado su abogado. No gastamos dinero de los contribuyentes y en el sótano tenemos información acerca del caso: los informes del detective que contrató la familia y algunos apuntes que dejó una médium, aunque ya sabes que yo no creo en esas chorradas —repliqué, sin apartar la mirada de la carretera.

—Jefe, no dejas de sorprenderme. Todavía estamos a tiempo de tomar el desvío hacia la penitenciaría de Leavenworth y así nos tomamos un café con tu amigo.

Lo que sugería Tom, pese a que él lo dijese desde el cinismo en su máxima expresión, era algo que yo llevaba tiempo contemplando como una opción plausible. Patrick cumplía condena en aquella prisión de mediana seguridad, a pocas millas de Kansas City y a tiro de piedra de Oskaloosa. Hasta la fecha me las había apañado bien con Anderson, su abogado, pero tarde o temprano tendría que solicitarle a mi jefe autorización para reunirme con Nichols. A pesar de sus horrendos crímenes estábamos investigando el asesinato de su hija, y por tanto seguro que nos podría facilitar información de gran valor, llegado el momento. También yo necesitaba estar preparado psicológicamente para encontrarme de nuevo con él.

—No le demos más vueltas al tema. Vamos a estar allí y punto. Y, joder, ¡deja de llamarme jefe!

—Ahora encima eres tú el que se pone de mal humor. Me llevas a la casa de ese tipo a pasar una temporada, de modo que yo te llamo como me dé la gana.

Aparté un segundo la vista de la Interestatal 70 y miré a mi compañero, que mantenía el ceño fruncido.

—Estaba deseando que te incorporases a la investigación.

Tom no pudo evitar soltar una gran carcajada. Era de los que no sabía estar demasiado tiempo cabreado.

—Ahora me doras la píldora. Cada año que pasa te estás volviendo más astuto, jefe. Quizá dentro de una década o dos hasta acabes convirtiéndote en un buen agente.

Entre bromas llegamos a Oskaloosa. Mi colega oteaba los alrededores como si alguna pista se le hubiese pasado por alto en su anterior estancia en aquellos parajes.

—¿Te asaltan los recuerdos? —inquirí, porque a mí me acosaban sin tregua.

—No, en absoluto. Buscaba la hamburguesería. Lo único que merece la pena de este lugar es esa maldita hamburguesería. La echaba de menos —respondió, sonriente.

—Te has ganado que esta noche te invite a cenar allí.

—¿Siguen preparando ésas tan descomunales? —preguntó, separando sus manos tres palmos para indicar el tamaño.

—En ese sitio no saben hacerlas de otra forma. Lo que yo en San Francisco tildaría de candidata al récord Guinness aquí es el tamaño *normal*.

Aparqué delante del porche y ayudé a Tom a sacar sus cosas del maletero. Un par de vecinos nos observaban con descaro desde la acera de enfrente.

—Ya se ha enterado todo el condado de que andas por aquí, jefe.

—Sí, y no les hace ninguna gracia. Ahora te enseño algo.

Nada más entrar en la vivienda le mostré el anónimo que alguien había dejado en los escalones de la entrada el día anterior.

—No me gusta un pelo. Es un aviso —manifestó Tom, estampando el papel sobre el aparador del recibidor.

—Chiquilladas. Alguien pretende asustarme, nada más. Carece de importancia.

—Deberíamos mandarlo a Washington, a ver si sacan algo de ahí. Estas cosas no me hacen ninguna gracia. Podría tratarse incluso del asesino.

—Lo dudo, Tom. No creo que alguien que lleva casi veinte años en la sombra cometa semejante torpeza. Lo guardaremos por si las cosas se ponen feas, pero no actuaremos por el momento.

—¿Has estado haciendo interrogatorios?

—En absoluto —respondí, encogiéndome de hombros—. Sólo me he visto con Worth, he leído decenas de informes y he salido a entrenar un par de veces.

—Pudiera ser cosa de Matt Davies, ¿recuerdas?

—¿El vigilante? Claro, cómo olvidarme de él...

Davies ya había sido sospechoso de los asesinatos de Donna y de Clara. Pese a que había quedado claro que no tenía ninguna relación con los mismos, también habíamos descubierto aspectos muy turbios de su pasado.

—Le tocamos mucho las narices, y ese tipo no es trigo limpio. Que hayas vuelto por aquí no le tiene que haber hecho cosquillas.

—Mejor lo dejamos correr de momento.

—Como quieras, jefe. Tú mandas.

Después de que Tom colocara sus pertenencias en una de las habitaciones libres de la planta superior mantuvimos una reunión en el salón. Le puse al día de mis pesquisas y de lo que había estado comentando con Jim Worth.

—De modo que Stevens no va a cooperar demasiado.

—Por eso te necesito. Ahora mismo somos un equipo de tres. Worth me ha comentado que conoce a un colega en Topeka que nos puede echar una mano; pero básicamente somos tú, él y yo.

—Suficiente —manifestó Tom, dándome un palmadita en el muslo.

—No lo sé. Hay toneladas de folios por leer, y ya sabes lo que me chiflan esos menesteres.

—Oye, un momento, ¿no me habrás apartado de mi plácida vida en Washington para hacerte de secretaria?

Sonreí, mientras negaba con la cabeza. Tom tenía defectos y virtudes, pero entre las últimas no estaba la capacidad de escudriñar entre los papeles.

—No estoy tan chalado. Quiero que investigues a dos personas. Quiero saber cómo es su día a día y si encuentras algo sospechoso.

—¿Quiénes son?

Le tendí un par de informes impresos por ordenador, que era lo que Mark había logrado obtener a través de sus búsquedas por Internet. Tom los recogió y les echó un primer vistazo.

—El primero es Elijah Allen. Según parece era medio novio de Sharon en la época en que la mataron.

—¿Medio novio? —inquirió Tom, torciendo el gesto, estupefacto.

—Bueno, es lo que me han contado. Oficialmente no tenía novio, pero de vez en cuando salía con este chico. Ambos tenían la misma edad y eran deportistas de élite. Ahora el tipo tiene 36 años, está casado y es padre de una chiquilla.

—Y qué te hace pensar que él pueda ser nuestro hombre...

—Ya te he comentado que Worth y yo hicimos un primer listado. En realidad no tenemos nada, es casi como empezar el caso desde el principio. Nichols jugaba a varias bandas en asuntos sentimentales, por lo menos a dos. Imaginemos que Elijah se enteró por casualidad y quiso vengarse en un arrebato. No podemos descartar a nadie.

—¿Qué dicen los informes del *sheriff* Johnson?

—No llegan a ninguna conclusión. Todavía me queda mucho por revisar; pero no había huellas, ni restos de ADN, ¡ni ninguna prueba! Sólo sabemos que se la llevaron sin usar la fuerza, que la sedaron, que la mataron con cianuro, que lavaron su cuerpo con jabón usando una esponja natural y que abandonaron su cuerpo en la maldita

hondonada que ya conoces.

—¿Coartadas?

—Todos los sospechosos tienen alguna coartada entre las ocho del sábado y primera hora de la madrugada del domingo. Pero eso no significa nada.

—Te ruego que te expliques mejor.

Cogí un papel y sobre él tracé dos líneas. Luego emborroneé el espacio entre ambas.

—Sharon desaparece en algún momento entre primera hora de la tarde del sábado y el amanecer del domingo siguiente —dije, señalando el área que había rayado con el lápiz.

—¿Primera hora de la tarde? —preguntó Tom, mirándome perplejo.

—Sí, cuando abandona la casa familiar en Albion para ir a visitar a su amiga —respondí, al tiempo que anotaba debajo de la zona emborronada la palabra «padres» y encima de la misma la palabra «forenses»—. Más tarde la autopsia daría una franja para el momento de la muerte que va desde las once de la noche del sábado hasta las ocho de la mañana del domingo. Es decir, las coartadas no valen una mierda.

—Me estás volviendo loco nada más llegar, jefe. O el vuelo me ha afectado más de lo que imaginaba o te explicas fatal.

—Todos los sospechosos estuvieron al menos con un testigo, como muy tarde, hasta primera hora de la madrugada del domingo, pero después todos se fueron a descansar a sus casas. Lo que significa que todos tuvieron tiempo de raptar a Sharon y más tarde deshacerse del cuerpo. El cadáver fue hallado un viernes, y sólo está claro que llevaba allí al menos tres días.

—Pero, de ser así, ¿qué diablos estuvo haciendo Sharon desde que se larga de casa de su amiga hasta que la raptan? Eso desbarajusta todas las suposiciones iniciales.

Me eché levemente hacia atrás, porque veía con agrado que Tom y yo comenzábamos a estar en la misma sintonía.

—Es que ése fue, considero, el mayor error del *sheriff* Johnson. Aunque también cometió otro de bulto.

—¿Cuáles?

—Por un lado, dar por sentado que Sharon Nichols volvió a su casa después de estar con su amiga. Eso es algo que desconocemos.

—¡Joder, jefe, eres retorcido hasta un nivel que no imaginaba! —exclamó mi colega.

—No demasiado. Ahora vas a tener que zamparte una parte de la historia de la que aún no estás al tanto, te vas a llevar una sorpresa y vas, por desgracia, a detestarme todavía más —musité, maldiciéndome, pero teniendo muy claro que había llegado el momento de contarle lo de las páginas arrancadas del diario.

—Bueno, mientras me preparo para tu cuento de terror necesito que me aclares una duda, ¿cuál fue el otro fallo del desdichado de Johnson?

—Dar por veraz el testimonio de Vera Taylor. En ningún instante lo puso en cuestión.

—Insinúas que jamás abandonó la casa de su amiga, que fue ella la que se la ventiló.

—Mira, Tom, ahora mismo sólo creo en los testimonios de los padres de Sharon y en la autopsia de los forenses —dije, apuntando con el índice el folio—. Todo lo demás es lo que ves ahí: un caos de confusión en el que cualquier cosa es posible.

—¿Cualquier cosa?

—Sí. Desde que Vera Taylor asesinara a su querida amiga hasta que jamás pusiese un pie en su casa aquella tarde de sábado.

Capítulo XII

Mientras Tom se dedicaba a investigar la vida y milagros de Elijah Allen, el supuesto novio de Sharon, el detective Worth y yo nos acercamos hasta Lawrence, al campus de la Universidad de Kansas, para hacerle una primera visita a James Smith, que había sido profesor de la joven en su primer año. Se rumoreaba que habían mantenido un idilio y quizá, sólo quizá, fuera la «X» que yo buscaba sin descanso, porque mi intuición me decía que aquella «X» y el crimen estaban íntimamente relacionados.

El profesor Smith era muy joven en 1998 y se acababa de incorporar a la universidad. Contaba 28 años, es decir, sólo era diez mayor que Sharon, pero mantener relaciones con una alumna era un escándalo que de descubrirse hubiera puesto fin a su carrera nada más iniciarla. El hombre que ahora nos recibía en su despacho era un sujeto algo obeso, con unas generosas entradas y de unos mal llevados 46 años; cualquiera podía echarle encima una década más sin pestañear. Me costaba digerir que la pequeña Nichols hubiera podido ver algo en aquel individuo tan estrafalario, pero es que casi dos décadas son un mundo en la vida de cualquiera.

—¿De modo que han reabierto el caso? —preguntó Smith, después de haber mantenido una amigable charla de presentación.

—Así es. Nunca nos agradó dejarlo en un cajón y nos hemos decidido a zanjarlo de una vez por todas —respondió el detective.

—¿Acaso han hallado nuevas pruebas o indicios?

La pregunta me pilló desprevenido. Era la típica cuestión que plantearía el culpable de un asesinato, pero también la que formularía alguien que no quiere que se revuelva mucho en su pasado.

—No puedo responder a esa pregunta —dijo Worth, con buen criterio—. Estamos aquí porque usted fue profesor de la joven. Según tenemos entendido le tenía un gran afecto y deseamos saber si ella le pudo confesar en su día algún detalle que sea de interés para la investigación.

El profesor se rascó la nariz. Miró unos segundos a través de la ventana, como si al otro lado pudiera ver a Sharon con vida, paseando con un puñado de libros apretados contra su pecho.

—Le tenía el mismo aprecio que a cualquier otro alumno. No llegó a completar ni el primer curso, como por desgracia saben. Apenas la conocía. Yo también era un novato. Ahora, por decirlo de un modo coloquial, calo mucho antes el carácter de los estudiantes. Casi después de tres o cuatro clases ya me imagino qué será de su futuro, imaginen —musitó Smith, con una sonrisa fingida.

—Entonces, para usted, Sharon Nichols era como una estudiante más... —musité, casi en un susurro, alargando a propósito las palabras.

El profesor volvió a dirigir su mirada hacia la ventana. Se quedó pensativo,

demasiado tiempo sin replicar, sin decir nada. Worth y yo sostuvimos aquel silencio a sabiendas que tras él se abría una posibilidad, un rayo de luz.

—Quizá un poco más especial que el resto —murmuró, al fin.

—¿Qué quiere decir?

—Era inteligente, guapa, trabajadora y una atleta soberbia. Secretamente la admiraba. Nada más. No considero que sea tan extraño.

—¿Alguna vez se vio con ella fuera del horario lectivo? —inquirió el detective, con determinación pero también con sutileza.

—Jamás —respondió el profesor, clavando sus ojos en los de Worth.

—No es nada malo. Hay reuniones, trabajos que realizar, consultas, revisiones de exámenes...

—Nunca. No hubo necesidad. Además, ya les he dicho que apenas le pude dar clases unos meses.

—Está bien. Y, díganos, ¿mantiene hoy día sospechas sobre alguna persona en concreto?

—No lo sé. Ya no tengo la menor idea de si fueron ustedes los que me metieron las conjeturas en la cabeza o fui yo mismo el que las engendró. Han pasado muchos años.

—Entonces, ¿sí que sospecha de alguien?

El profesor tomó un bolígrafo y se puso a dibujar garabatos sobre un cuaderno. Reflexionaba, recordaba, o al menos ésa era la impresión que intentaba causar. En todo caso, yo me sentía incómodo y ya estaba deseando salir de allí escopeteado a pedirle a Tom que no se demorase ni un minuto en averiguar todo sobre aquel tipo que tenía delante.

—Todos murmuraban, todos lanzaban suposiciones aquí y allá. Ya nos acosaron a preguntas en su día. Deben de estar esos interrogatorios por alguna parte. Búsquenlos y dejen en paz a los que hemos logrado superar aquel hecho tan trágico.

—No ha respondido a la pregunta —manifesté, con rudeza.

—Estaba ese chico, Elijah. También era deportista y contaba con una beca. Era jugador de fútbol, muy bueno, un gran quarterback, creo recordar. Según parece era novio de Sharon. Yo en clase nunca aprecié nada. Ni siquiera se sentaban cerca.

—Para usted Elijah Allen sería por lo tanto el principal sospechoso, ¿no?

—No he dicho eso. Les he comentado los rumores que circulaban por el campus, nada más. En realidad yo...

El profesor Smith cerró la boca de golpe, como un chiquillo que es pillado en falta, que sabe que acaba de meter la pata y no desea hacerlo hasta el fondo. Observé sus manos y pude cerciorarme de que temblaban levemente.

—En realidad usted... —dije, animándole con educación a concluir la frase.

—No me hagan caso. No hay fundamento ninguno en lo que les voy a contar, es absurdo, pero ya que están insistiendo tanto. Yo siempre he creído que fue Nancy Hill, una de sus compañeras de habitación.

Capítulo XIII

Worth y yo regresamos sin pronunciar una sola palabra a lo largo del breve trayecto que separaba Lawrence de Oskaloosa. Creo que ambos estábamos decepcionados y teníamos la sensación de que en lugar de estrechar el cerco por el contrario se agrandaba, iba incorporando nuevos nombres a una lista que de por sí ya era confusa y demasiado extensa.

El detective estacionó el SUV de la policía del condado de Jefferson justo delante de la vivienda de Patrick y vimos que el pequeño *Spark* estaba aparcado en un lateral, lo que significaba que Tom debía andar en el interior y que había vuelto también de realizar sus pesquisas.

—¿Cambiamos los tres juntos impresiones? —pregunté, señalando la casa.

—Espera que su colega de Washington nos anime el día, ¿me equivoco?

—Bueno, Jim, nadie dijo que esto fuera a ser fácil. Acabamos de arrancar, pero pronto cogeremos velocidad de crucero y sentiremos la brisa en el rostro.

—Ethan, debería haberse dedicado a la poesía, o escribir novelas. Seguro que su carácter indómito le causaría menos problemas.

—¿Escribir? Ya me cuesta redactar un maldito informe, como para juntar algunas decenas de miles de palabras. No gracias. A mí me van los cuadernos y las anotaciones breves —repliqué, mostrando uno de mis relucientes y amados *Moleskine*, con sus fabulosas tapas de piel.

—En fin, acepto la propuesta. Además, charlar con su compañero siempre me activa la mente.

Cuando entramos en la casa de Patrick efectivamente hallamos a Tom recostado sobre un sofá del salón, leyendo unos papeles. Encima de la mesa reposaba un bidón gigante con uno de los batidos de proteínas que ingería tres o cuatro veces al día para mantener, según decía, sus músculos bien alimentados.

—¿Ya estáis aquí? Eso sólo puede significar que no habéis sacado demasiado en claro.

—Diste en la diana —respondí, dejándome caer pesadamente en un sillón.

—Yo no soy tan pesimista. Seguimos sospechando del profesor Smith y ahora sospechamos más de la compañera de Sharon, Nancy Hill —dijo el detective, con ironía.

—¿Nancy Hill?

—Sí, su nombre ya aparecía varias veces en los informes del *sheriff* Johnson. Por lo visto no mantenía una relación amistosa con Nichols.

—Ya, ya me hago cargo. Lo que sucede es que me he atrevido a visitar a Elijah Allen...

—¡Cómo! —exclamé, interrumpiendo con brusquedad a mi colega—. Te pedí

que indagaras acerca de su vida, no que fueras a verlo.

—Lo sé, pero resulta que estaba en Atchison, donde reside, y una conocida a la que le estaba preguntado me dijo que podía verle, que estaba a sólo dos manzanas de su agencia inmobiliaria. Y, no sé, no puede resistir la tentación.

—¿Qué excusa pusiste?

—Le dije la verdad... Bueno, casi toda la verdad. No le mostré que era del FBI. Me hice pasar, como casi siempre, por periodista. Le comenté que me había enterado de que el caso de Sharon Nichols estaba siendo investigado de nuevo y qué opinión tenía al respecto.

—Mierda, Tom, espero que no la hayas cagado. Te ruego que me consultes antes de dar un paso así.

—Tranquilo, jefe. Nunca te he fallado, y esta vez tampoco lo haré.

Mi compañero era imprescindible, y era cierto que sin él no hubiera tenido éxito en los tres casos en los que había estado implicado sobre el terreno. Pero no era el agente más hábil para sonsacar a un asesino cuando lo tenía delante. Sus técnicas que tan extraordinarios resultados daban para obtener información de un testigo o de cualquier confidente se desvanecían cuando se trataba de jugar con las cartas marcadas ante un culpable, algo en lo que yo sí era especialista. Yo era experto en jugar haciendo trampas todo el tiempo, de modo que no tenía que modificar en absoluto mi comportamiento.

—Está bien. Pero sabes que te prefiero husmeando el entorno de los sospechosos, no interrogándolos personalmente. Y menos sin estar yo delante.

—Volvemos a la cuestión principal. No nos liemos ahora —dijo Worth, con el tono suave y conciliador que en él era natural—. Somos sólo tres, no podemos permitirnos el lujo de discutir.

Asentí y me relajé. Seguía de malhumor, pero a fin de cuentas el detective tenía razón y tampoco Tom se merecía que yo montase un numerito delante de él.

—Bueno, además de restar importancia a su relación con Sharon —dijo Tom, como si nada hubiera sucedido—, asegurando que habían salido juntos por ahí tres o cuatro veces y poco más, me ha comentado que él tenía bastante claro quién se la había quitado de en medio.

—Y te ha dado el nombre de Nancy Hill... —musitó Worth.

—Exacto. Por eso cuando la habéis citado no he podido evitar dar un respingo. De hecho pensaba pedirte que Mark se pusiese ya mismo a buscar información sobre esa chica, a la que le tengo perdida la pista.

—Jim, ¿qué es lo que sabes tú de Hill?

—Poco, la verdad. Sé que el detective privado que contrataron los Nichols también la tenía en el punto de mira, pero cuando yo llegué a la oficina del *sheriff* el caso estaba ya muy frío y Stevens no me dejó meter las narices. Compartía habitación con Sharon y con otra estudiante y por lo visto discutían con frecuencia. Como el resto, tenía una coartada para el sábado por la noche. Ella tampoco se encontraba en

el campus, y esto no es que lo recuerde, es que lo he repasado estos días. Se hallaba visitando a su familia, en Emporia.

—¿Emporia? ¿Sabes más o menos a cuánto queda Albion de Emporia? —pregunté, pensando que quizá la coartada podía ser más sólida de lo que suponíamos.

—Sí, a unas ochenta millas. Una hora y media en coche.

—Eso complica las cosas. Habrá que revisar su coartada, pero imaginemos por un momento que fue ella y que alguien asegura que la vio en Emporia la noche del sábado y que desayunó en casa de sus padres el domingo. Sólo en ir y volver empleó tres horas —reflexioné en voz alta.

—Ethan, es el callejón sin salida al que nos van a llevar todos los caminos. Ya viste que ni el detective ni la gente del *sheriff* Johnson fueron capaces de cerrar el caso. No creo que ninguno de ellos fuera un torpe o poco profesional —apuntó Worth, que sabía que yo no sentía mucho respeto por los agentes de la policía local. Si Liz hubiera estado en aquel salón con nosotros le hubiera jaleado sin dudar.

—Claro que no, Jim. Pero también es evidente que alguien mató a Sharon Nichols y que a la hija de Patrick aún no se le ha hecho justicia.

—Por eso estamos aquí. Por eso he removido cielo y tierra. Y sabe Dios que lo vamos a conseguir —musitó el detective, como si estuviera realizando un juramento.

—Y tú, Tom, ¿qué estás repasando? ¿Tienes ahí los informes sobre Nancy Hill?

Mi compañero se sonrojó. No tenía la menor idea por dónde iba a salir, pero me eché a temblar temiendo lo peor.

—No, en realidad me picaba la curiosidad y estaba leyendo los escritos que dejó la médium.

—La médium...

Yo era ateo, y además detestaba ese tipo de creencias supersticiosas en lo sobrenatural. Por otro lado seguía sin encontrar una explicación razonable a lo que me había pasado en Nebraska, donde una tal Juliet había sido capaz de anticipar con inusitada precisión acontecimientos que luego me acaecerían. De tal suerte que mi rechazo se había amilanado un poco desde entonces. Yo mismo deseaba consultar aquellos escritos.

—Pidió su colaboración, en un momento de desesperación, el *sheriff* Johnson, y finalmente los Nichols pagaron por sus servicios durante algunos meses. Tampoco sirvió de mucho —dijo Worth.

—Bueno, es una estupidez. Y a lo mejor también una obviedad. La médium sostenía que era alguien muy cercano a Sharon, alguien que la odiaba por algo que estaba a punto de hacer.

—Eso no descarta absolutamente a nadie —apunté, recordando las hojas arrancadas del diario y pensando en Vera Taylor casi de inmediato.

—Sólo llevo leyendo unas cuantas páginas, pero esta mujer me cae bien. No parece una charlatana al uso. Yo voy a zamparme todas sus anotaciones.

—Tom, hazlo por las noches, antes de dormirte, como si te hubieras traído una

novela con la que poder desconectar. No deseo que inviertas demasiado tiempo en supercherías.

Mi colega rebuscó entre las hojas que había dejado encima de la mesa, como si en ellas fuera a encontrar la solución a un complicado acertijo o a un teorema que llevara años atormentando a los más sesudos matemáticos. Por fin halló lo que deseaba y nos tendió a Worth y a mí uno de los folios.

—Lo que tú quieras, jefe, pero esta mujer en ocasiones parecía hablar por boca de la chica y es más que interesante lo que escribe.

—¿Qué quieres decir?

—Tú lee lo que he subrayado y luego si eso ya comentamos la jugada.

Tomé el papel y lo sujeté de tal forma que tanto el detective como yo pudiéramos leer al unísono. Sentí que Worth se quedaba tan petrificado como yo. La frase que Tom había marcado rezaba: «Me subí al coche porque confiaba en ti. Eras la persona de la que menos podía sospechar. Te quería. Y tú me engañaste, me adormeciste y después me mataste. Y dejaste mi cuerpo desnudo, como si fuera estiércol, en mitad de un lodazal».

Capítulo XIV

Llevábamos varias investigaciones en paralelo. Nunca me había enfrentado a un caso con tantos sospechosos, y mucho menos a uno en el que las pruebas y los indicios no es que estuvieran fríos, es que llevaban lustros congelados.

Duane Malick, el padre de Donna, una de las víctimas de mi primera estancia en Kansas, estaba en lo alto de aquel listado de posibles asesinos. Había mantenido una relación con Sharon mientras estaba casado, lo que era motivo de sobra para desear quitarse de en medio a la joven si es que la pequeña Nichols había amenazado con montar un escándalo. Todo era un misterio, porque sólo teníamos la versión de Duane, que evidentemente se exculpaba, y la de su esposa, que había descubierto el pastel años después. La encargada de sonsacar a Susan Sturm, que había recuperado su apellido de soltera tras divorciarse de Duane, había sido Liz, de modo que consideré que lo más indicado era recurrir a ella de nuevo para ver si podía obtener información adicional.

Como de costumbre, mi primera llamada a Liz no era porque la echase de menos o para decirle algo cariñoso; era porque la necesitaba. Sigue siendo un enigma inescrutable cómo narices soportó aquellos años a mi lado y no me mandó a la otra parte del mundo a que me aguantase otra.

—Preciso que me hagas un favor —le dije a través del *Smartphone*, no sin antes haber intentado que los prolegómenos la distrajesen de mis verdaderas intenciones.

—Ya me extrañaba que me telefoneases sólo para saber cómo estoy. Casi me lo había zampado, como una idiota...

—No seas dura, Liz.

—Ojalá fuera dura. Soy realista, sencillamente. Venga, que tengo mucho trabajo, ¿qué es lo que quieres?

Pensé que formularle la cuestión sin dar antes otro rodeo podía ser una torpeza, de tal suerte que le propuse algo que ya había tratado con Wharton.

—¿Te gustaría venir aquí con nosotros?

—Ésa era la pregunta... —musitó Liz, estupefacta, creo que convencida de que yo no estaba yendo directo al grano.

—No, es otra. Pero me gustaría tenerte aquí. Tom hace bien su trabajo, y Worth es un tipo excelente; pero tú me haces más falta que nadie.

—No lo sé. Tengo faena para aburrir. Quizá pueda escaparme unos días. No me vendría mal, y si además piensas que soy imprescindible.

—Lo eres —manifesté, rotundo, pues me había dado la oportunidad de expresar mi devoción por ella y no la podía dejarla escapar.

—Lo que no tengo tan claro es que Wharton vaya a permitirlo. Recuerda que en Nebraska tuviste que apañarte sólo con Tom.

—Ya, pero esto es diferente. Digamos que existe una especie de pacto entre ambos.

—¿Hay algo que no me hayas contado?

Liz, además de una forense extraordinaria, una mujer bella y una persona maravillosa, contaba con un olfato digno de envidiar. Hija de un policía local y criada en el medio oeste, creo que se las sabía todas. Solía ir dos o tres pasos por delante de mí.

—Pues sí. No creo que sea el momento de hablarlo ahora...

—Lo hubieras meditado antes. Ya no te queda otra que contarme todo. ¿Qué pacto es éste?

Tragué saliva. En realidad ella se merecía que le hubiera confesado todo durante el verano, o incluso justo después de arrancarle la promesa a mi jefe. Pero yo estaba muy lejos de ser el compañero perfecto, demasiado lejos.

—Amenacé a Peter con largarme del FBI si no me dejaba investigar el caso de Sharon Nichols —respondí, tartamudeando.

—Eres un cretino, Ethan.

—Liz, tú mejor que nadie sabes cómo me atormentaban esas malditas pesadillas. No podía pasarme el resto de mi vida en esa situación. Tenía que afrontar el asunto.

—Hablas en pasado... ¿Has dejado de tener pesadillas?

—Desde que llegué a Oskaloosa. Os lo decía a todos: mi problema estaba vinculado a Sharon Nichols. Ahora que voy a hacerle justicia me encuentro mejor que nunca. Duermo como un lirón, siempre que el trabajo me lo permite.

—Ethan, tu problema no es Sharon... No me tomes por una idiota, o por alguien a quien puedas manipular tan fácilmente con tus argucias.

Y no, Liz no era fácil de engañar. Se dejaba embaucar en ocasiones por mi verborrea, y lo hacía porque le compensaba. Sólo el cielo sabe qué veía en mí para hacer la vista gorda a mis infinitos defectos.

—En el fondo sí es ella —murmuré, con poca convicción.

—No. Es Patrick. No estoy tan ciega. Todo tiene que ver con ese hombre, un monstruo, Ethan. No quieres asumirlo porque para ti es el sustituto ideal de tu padre; pero aunque no llegué a conocerlo te puedo jurar que ese individuo y tu padre no se parecen lo más mínimo. Te has buscado la peor medicina. Y se supone que el experto en psicología eres tú.

Era casi imposible rebatir a Liz. Me conocía bien. Estaba no sólo muy enamorada de mí, además había compartido muchas horas a mi lado y era perspicaz. Con ella, tal y como me había manifestado, no podía regatear la verdad sin más.

—Pero también es por mi padre. No sólo se trata de Patrick. Se trata de hacer justicia. Me metí en el FBI por mi padre, para evitar que volviese a suceder lo que le pasó a él. Alguien lo atropelló hace más de diez años y jamás pagará por ello. Sé que su caso no tiene remedio, pero sí otros. Como el de Sharon.

—Está bien. Es mejor que estas cosas las hablemos cara a cara. Tenías razón, no

tiene sentido darle vueltas ahora mismo. ¿Qué es lo que necesitabas de mí?

—Que vuelvas a ponerte en contacto con Susan Sturm.

Tardó unos segundos en contestar. Imaginé que meditaba en silencio. La conocía y era imposible que hubiese olvidado aquel nombre.

—La exesposa de Duane Malick...

—Efectivamente.

—¿Has descubierto algo nuevo de ese tipo?

Liz, mientras investigábamos los crímenes de Donna y Clara, había sospechado con fuerza de Malick. Tanto que incluso había sido capaz de hostigarme y de reprendermme por mi actitud *condescendiente* con él en un par de ocasiones.

—No, pero encabeza la lista de posibles asesinos. Y no hace falta que te explique los motivos.

—Ya, es evidente. No creo que Susan desee hablar. Ya mantuvo el pico cerrado durante mucho tiempo. Me costó mucho que me explicase los motivos de su divorcio. Para ella sigue siendo un hecho muy traumático.

—Lo sé, pero no tenemos nada más. Las pruebas que vinculaban a Duane con Sharon no existen, por lo que sólo contamos con el testimonio de esa mujer. Quizá pueda aportar algo nuevo que nos permita tirar de un hilo que lleve hasta un indicio sólido. No perdemos nada por intentarlo.

—Está bien. Trataré de obtener más datos, pero no esperes milagros.

—Gracias, Liz.

Pronuncie esas dos palabras con todo el sentimiento que mi frialdad me permitía. Deseaba que ella estuviese convencida de que apreciaba lo que hacía por mí. Deseaba amarla del mismo modo en que ella me quería; pero esas cosas no se fuerzan, no pueden manejarse como la intensidad de la luz. Pero tenía al menos una cosa muy clara: no quería perderla por nada del mundo.

—De nada. Sabes que siempre estoy ahí...

—Pronto estarás aquí, con Tom y conmigo.

—Yo no me haría ilusiones. De momento trabaja con lo que tienes y resuelve esa deuda insólita que tienes con tu amigo Patrick.

Encajé el golpe lo mejor que pude. Tampoco estaba en condiciones de discutir ni de volver a debatir al respecto.

—Espero que pronto encontremos al culpable.

—No va a resultar sencillo, Ethan.

—No, esto es una locura. Pero aquí estamos, y de aquí no nos iremos hasta hacer justicia.

—No olvides el cianuro de potasio ni la esponja natural con la que limpiaron el cadáver.

Me sorprendió Liz con aquel comentario. Era como si de repente le hubiera venido a la cabeza y se le hubiese escapado un pensamiento.

—Claro, lo tengo muy presente. La mataron con el dichoso cianuro. ¿A qué ha

venido ahora esto?

—No lo sé. Creo que ambas cosas van a resultar claves para resolver este intrincado caso.

Capítulo XV

Fue Tom el que vino a despertarme. Habíamos estado trabajando hasta muy tarde, repasando apuntes e informes como posesos, y todavía me encontraba abotargado mientras él me agitaba y me hablaba. Sólo veía sus labios moverse con rapidez, pero no era capaz de oír nada. Algo sucedía, y no tenía pinta de ser bueno.

—Tranquilízate. Estoy amodorrado. ¿Qué diablos te pasa? —pregunté, casi en un susurro, mientras me masajeaba las sienes y me incorporaba lentamente de la cama.

—Jefe, son los de la CBS. Tienen el camión justo enfrente. Creo que han alquilado la casa del otro lado de la calle.

—¡No, no y no! —exclamé, encolerizado.

—Pues me temo que sí.

—Antes de hacer nada necesito que te asegures que no ha sucedido nada de relevancia en todo el maldito condado de Jefferson, no quiero meter la pata.

—Llevo un rato despierto. Ya he consultado las páginas de noticias, y a menos que un gatito no quiera bajarse de lo alto de un árbol y una adorable ancianita haya telefoneado a la cadena para que cubran el rescate de su mascota...

Ese humor negro tan característico de Tom. Había ocasiones en que daban ganas de cogerlo del cuello y apretar un rato, sólo lo suficiente para darle un buen susto.

—No estoy para bromas.

—Yo tampoco. Me lo tomo con filosofía —replicó mi colega, golpeándome con suavidad el hombro.

—Clarice Brown —musité.

—Vaya, qué idiota soy. Había olvidado por completo a tu admiradora más fiel.

—No sueltes más memeces —dije, acercándome a la ventana y apartando los visillos para poder observar el dichoso camión de la CBS que me perseguía allá donde quiera que fuese.

—Oye, jefe, ahora no la tomes conmigo. Yo no tengo la culpa de que esa reportera esté obsesionada contigo.

—Parece que no tiene otra cosa mejor que hacer. Mira que hay homicidios en todos los Estados Unidos y precisamente viene a fijarse en los que yo estoy metido de por medio.

—Eso te pasa por salir de Quántico. Si fueras un maldito burócrata, como la mayoría de agentes de la UAC, podrías pasarte los días encerrado en un despacho, repasando informes, mirando fotografías de escenas del crimen y luego mandando un perfil por *mail* sin necesidad de despeinarte. Pero a ti en el fondo te encanta estar por ahí, tienes alma de detective detrás de esa careta de psicólogo empollón.

A Tom no le faltaba razón. Analizar casos desde Washington, sentando en un confortable sillón, era lo que se suponía que tenía que hacer, y de hecho era lo que

solía hacer la mayor parte del tiempo. Los agentes de la UAC no van por ahí realizando pesquisas e interrogatorios. Era más habitual recibir las consultas y las visitas en casa. Pero ésta ya era la cuarta vez que me escapaba de Quántico en apenas dos años; de modo que sí, que una parte de mi carácter adoraba estar metido en mitad del jaleo.

—Puede ser. Y seguramente también me tengo merecido que esa periodista me persiga. Creo que le he dado demasiada cancha en el pasado.

—Mal remedio tiene ahora el asunto.

—No, voy a hablar con ella ahora mismo.

—Te recomiendo que primero te vistas, que después desayunes con tranquilidad y que una vez te lo hayas pensado tres veces cruces la acera.

—No te entiendo, Tom.

—Ya sabes que no hay peor remedio para el aceite ardiendo que echarle agua encima.

—¿Te vas a poner en plan filosófico?

—No es mi estilo. Pero esa reportera no tiene un pelo de tonta. Mejor será que llegues a un acuerdo con ella, o responderá como un perro rabioso y se aferrará con más fuerza.

Agaché la cabeza. Mi colega tenía razón. Detestaba verme obligado a lidiar con aquella situación una vez más, pero había llegado hasta allí en buena parte por mi culpa, por mi torpeza y por mi ambición desmedida. Clarice me usaba para sus fines y yo me aprovechaba para los míos propios. En ocasiones pensaba que Wharton no me había expulsado del FBI por la fama que los reportajes de la CBS me habían otorgado dentro de la agencia.

—Ya he tenido que llegar a acuerdos con ella en el pasado. Me cuesta aceptar esta dinámica.

—Jefe, no puedo pensar por ti. Lo más probable es que yo jamás me hubiera mezclado con esa mujer, pero ahora que ya se ha colado en tu vida no creas que la puedes despachar sin consecuencias.

No quise responder a Tom, pero le hice caso y tras una buena ducha fría desayuné con parsimonia. Detestaba a los periodistas, pero Brown, más o menos, se había portado bien conmigo. También cabía la remota posibilidad de que no fuera ella, de que aquella maldita furgoneta de la CBS estuviera en Oskaloosa por otro motivo, o de paso. Devoraba unos huevos revueltos acompañados con beicon bien churruscado mientras iba forjando en mi cabeza absurdas ideas que me distraían de lo que en el fondo sabía era la verdad.

Salí a la calle y crucé la acera con calma. Antes me cercioré de que ningún vecino pudiera verme, pues ya bastante tenía encima. Cuando llamé a la puerta de la casa en cuyo jardín estaba estacionada la furgoneta temblaba de pies a cabeza. Me abrió un tipo alto y con la cabeza rapada al cero que tenía aspecto de ser el cámara de aquella unidad móvil; llevaba puesto uno de esos chalecos plagados de bolsillos por todas

partes en los que poder meter baterías y tarjetas de memoria.

—Mi nombre es Ethan Bush, me gustaría saber si se encuentra con ustedes Clarice Brown.

El hombre me miró sorprendido, pero de inmediato me devolvió una enigmática sonrisa. Comprendí que había recordado mi nombre y que, efectivamente, la periodista se hallaba allí.

—Sí, claro. Por favor, pase. Estamos terminando de instalarnos, pero usted tiene vía libre.

—Prefiero esperar aquí —dije, cortante.

—Lo que quiera. Ahora le comento a Clarice que está usted aguardando en la entrada...

Escuché ruidos y cuchicheos procedentes del interior de la vivienda. Para calmarme apreté los dedos de los pies contra el suelo, algo que suele ser bastante efectivo pero que no surtió demasiado efecto en aquella ocasión. Transcurridos un par de minutos la reportera apareció, radiante, como siempre.

—Hola, Ethan. Es un placer recibir tu visita —manifestó, en lo que yo consideré el colmo de la desfachatez.

—¿Qué haces aquí?

—Menudo tono para dar la bienvenida a una amiga.

—Clarice, tú no eres mi amiga.

—Siempre estamos en las mismas, Ethan. Yo me empeño en que nos llevemos bien y tú luchas por hacer justo lo contrario.

—Yo soy agente del FBI y me gano la vida intentando descubrir la identidad de peligrosos asesinos mientras que tú eres periodista y te la ganas hurgando en las heridas, por no resultar grosero. No podemos ser amigos.

—Pensaba que la última vez, en Nebraska, ya habían quedado estas diferencias zanjadas.

—Ya ves que no es así.

—Deberías conocerme mejor. Ya hemos compartido mucho juntos y creo que no puedes echarme nada en cara. Y además, te he hecho famoso.

Clarice no me había hecho famoso, pero sí que había logrado que fuese bastante popular en Quántico y en muchas de las delegaciones del FBI en varios estados. Era un ejemplo para los jóvenes que se incorporaban a la Unidad de Análisis de Conducta, y mis éxitos eran usados por Wharton y otros gerifaltes a conveniencia. La relación del FBI con la prensa siempre ha sido muy particular. Bueno, no sólo con la prensa, incluso con el mundo del cine y de la ficción televisiva. Si algo puede fomentar la imagen de una agencia eficaz, diligente y al servicio del contribuyente... los medios y los caminos que se utilicen poco importan. Siempre y cuando no se comentan errores. Y yo tenía muy presente que esos errores se pagaban caros. Mucho más que mis acciones arriesgadas o mi habitual indisciplina.

—Eso no puedo negarlo. Lo que no tengo tan claro es si es bueno o si es malo.

—Es bueno, tenlo por seguro. Ethan, hay muchos aspectos en los que te comportas como un pipiolo, ya te lo he advertido antes. No te creas el centro del mundo, ni vayas por ahí como si fueras Eliot Ness. La mitad de los polis hablan con la prensa, la mayoría de los agentes hablan con la prensa, y el 90% de los mandamases del FBI, la CIA, la DEA y demás... ¡hablan constantemente con la prensa!

—Y yo no he negado ese respecto. Tenemos que comunicarnos con la opinión pública, y vosotros sois la herramienta.

Clarice Brown meneó la cabeza y se apoyó contra el marco de la puerta. Luego lanzó un largo resoplido, como si le aburriese tener que explicarme una y mil veces las cosas.

—No te enteras. No me estoy refiriendo a dar ruedas de prensa y explicar cómo salió tal operación o qué resultado dio tal investigación. Me refiero a que compartimos información, lo mismo que tú hiciste conmigo primero aquí y después en Nebraska. Crees que eres el único y eso te hace sentir culpable, y no eres ni tan distinto a los demás ni tan mal tipo.

Una parte del discurso de la periodista me agradaba, porque calmaba mi conciencia. Lo que ella no sabía es que mis desmanes no se limitaban a intercambiar una porción de información con ella, y que sobre mi espalda soportaba una losa mucho más pesada en la que mentiras, manipulaciones, allanamientos y otras lindezas por el estilo se confundían con frecuencia.

—Clarice, me paso días enteros estudiando casos. No te niego que en ocasiones la prensa no haya sido clave en la resolución de alguno, pero en otras ha empeorado la situación, y mucho.

—Yo, hasta la fecha, sólo he servido para lo primero. Eso no me lo puedes negar.

Agaché la cabeza. Era agotador discutir con aquella mujer fuerte, testaruda y sagaz. Debía rendirme.

—Todavía no has respondido a mi pregunta: ¿Qué haces aquí?

—Yo también dejé muchos amigos por Kansas, Ethan. No eres el único. Tú tienes a Worth, a Patrick y a esa mujer tan fascinante... Vera Taylor, ¿no?

La periodista me miraba con el rostro ladeado. Sonreía, y la luz de sol matutino se reflejaba en su piel cuidada, en sus ojos bonitos y en su cuidada dentadura. Tenía que odiarla, pero en el fondo sentía por ella una profunda admiración que no quería admitir ni asumir.

—Nunca pierdes el tiempo.

—Hago mi trabajo, igual que tú. Intento hacerlo lo mejor que puedo. ¿Sabes que me han ascendido?

—Jamás he albergado la menor duda de que llegarás muy lejos. Tienes todas las virtudes para conseguirlo —manifesté, irónico.

—Tomaré tus palabras como un cumplido.

—Con lo bien que estás en Nueva York, ¿qué se te ha perdido en Jefferson?

—Nueva York es genial, pero resulta aburrido si pasas demasiados meses deambulando por sus calles. Necesito respirar aire puro de vez en cuando, y este sitio es casi como el paraíso. Además, aquí estás tú.

—Luego sólo has venido hasta aquí porque estoy yo.

—Deberías sentirte halagado.

—Pues lamento decepcionarte. Me has dado el disgusto del día, y quién sabe si de todo lo que resta de año.

—¿Quieres encontrar a la persona que mató a esa joven, a la hija de Patrick?

Me molestaba que hablase de Nichols como si fuera su amigo. Aunque seguramente la relación entre ambos era más estrecha de lo que yo imaginaba. No en vano él la había utilizado para sus intereses.

—De verdad hace falta que te responda...

Clarice volvió a regalarme su calculada y hermosa sonrisa. Pestañeó de forma sutil, elegante y seductora.

—Hacemos un gran equipo. He pensado en cubrir la noticia. A nadie le va a interesar este asunto. En Nebraska tuve que pelear con todas las cadenas, radios, y periódicos nacionales. Ahora voy a estar muy sola. Eso es una ventaja.

—En Nebraska había carnaza para los de vuestra especie. Varias víctimas, restos de huesos, extrañas inscripciones... Pero tienes razón, ¿a quién le importa el asesinato de una joven cometido hace casi veinte años?

—A ti y a mí.

—Clarice, a ti la verdad te importa un comino. Tú lo que quieres es tener una nueva exclusiva.

—En realidad me lo he tomado como un reportaje documental. Voy a entrevistar a muchos de los conocidos de Sharon y a seguirte los pasos, a la debida distancia.

—Puedes echarlo todo a perder.

—No lo creo, Ethan. La gente comete errores al recordar el pasado. La verdad es tozuda, inmutable, y está unida por lazos invisibles con otras verdades igual de tozudas e inmutables. La mentira es frágil, y sostenerla requiere de un esfuerzo titánico.

—Hablas como la comercial de una compañía que fabricara polígrafos. No creo mucho en esos cacharros.

—Hablo como una periodista que sabe bien lo que se dice. No me subestimes.

—Jamás lo he hecho. Ya te he comentado que creo que vas a llegar a lo más alto de tu profesión, a la cumbre. Sólo espero que no sea a costa de fastidiar esta investigación.

—¿Sucedió así la primera vez aquí? ¿Sucedió así hace poco en Nebraska?

Tenía que admitir que sin ella quizá habría acabado resolviendo aquellos casos, pero hubiera tardado bastante más tiempo.

—No. Me echaste una mano —reconocí.

—Pues aquí me tienes. Los dos nos jugamos mucho en esta historia. Si volvemos

a la costa este sin nada habremos fracasado. Pero si encontramos al que mató a Sharon Nichols nuestras carreras serán imparables. Nos necesitamos, Ethan. ¿Estamos juntos en esto? —preguntó la periodista, al tiempo que me ofrecía su mano para estrecharla y sellar nuestro pacto secreto.

Capítulo XVI

Por la tarde telefoneé a mi jefe, Wharton, para que tramitara los permisos necesarios para concertar una visita a Patrick en la penitenciaría de Leavenworth, que quedaba a sólo 30 millas de Oskaloosa.

—No me gusta que quieras entrevistarte de nuevo con ese hombre, Ethan.

—Es necesario. Estamos avanzando, pero él es una pieza clave. Es el padre de la víctima y puede aportar mucha información. El detective privado que contrató la familia está muerto, el *sheriff* Johnson que lideró la investigación en su día está muerto, la madre de Sharon está muerta y Clark Stevens digamos que se muestra poco colaborador.

—No queda más remedio...

—Bajo mi punto de vista, no.

—Qué opina de esto ese tipo que trabaja contigo...

—¿El detective Jim Worth?

—Sí, él...

—Está completamente de acuerdo conmigo —mentí, sin inmutarme lo más mínimo.

—En tal caso mañana mismo os podéis acercar hasta allí. No me llevará mucho papeleo conseguir una autorización, pero no montes ningún numerito. Y te ruego que inviertas el tiempo mínimo imprescindible. No me crees más problemas.

—No comprendo, Peter.

—Sabes perfectamente de lo que hablo. No cometas el error de forzarme a que te lo recuerde por teléfono. Ya has conseguido lo que querías, de modo que no me toques más las narices.

Me despedí de Wharton lo más educadamente posible. Sí, tenía razón. Meterle el dedo en el ojo no era una idea brillante, menos cuando yo no pintaba nada en Kansas y me podía mandar de vuelta a Washington en cuanto le diera la gana. Estaba feliz. Tenía dudas acerca de a qué se refería, pero inferí que pensaba más o menos lo mismo que Liz: que había encontrado en Patrick un sustituto idóneo para la ausencia de mi padre, la única persona a la que había querido de verdad en toda mi corta existencia.

—Jefe, ¿estás ocupado? —preguntó Tom, entrando sin avisar en mi habitación y dándome un susto de muerte.

—Lo estaba. Joder, casi me provocas un infarto. ¿Dónde te enseñaron modales?

—No te gustaría saberlo. Ya sabes que me crié prácticamente solo en las calles. En lugares en los que pedir permiso suponían que te saltasen los dientes de un puñetazo por *nenaza*.

—Tienes razón, mejor lo dejamos para una noche tomando cervezas. ¿Qué

sucede?

—Me acaba de llamar Jim. Tiene a la compañera de habitación de Sharon en la oficina del *sheriff*. Le gustaría que nos acercásemos.

Pegué un brinco, anonadado y alerta como un conejo que acaba de escuchar el crujido de una rama en los alrededores de su madriguera.

—¿Está con Nancy Hill? —inquirí, sin dar todavía crédito.

—No, no, con la otra. Con la que se supone que no ha roto un plato en la vida. Según me ha contado Jim da charlas en la universidad y se enteró de que habíais estado por allí haciendo preguntas. Se ha presentado de manera voluntaria. Desea colaborar.

—¿Cómo se llamaba esa chica?

—Karen Reed.

—Dime por favor que has repasado estos días los interrogatorios que le hicieron en 1998.

Tom lanzó una carcajada que me irritó. Acto seguido se me aproximó y me lanzó un puñetazo fingido que jamás llegó a impactar en mi mentón.

—Jefe, mira que esta vez te lo estás tomando más en serio que nunca, pero no dejas de ser tú mismo. Sí, los leí y acabo de echarles un rápido vistazo.

—Gracias —dije, aunque maldiciendo a mi colega por sus acertados comentarios hacia mi manera de proceder—. Te ruego que me hagas un rápido resumen.

—Poca cosa. La chica estaba aterrada y consternada. Apenas dio detalles en su día. Imagina, una cría de 18 años. Tenía coartada, y encima nadie sospechaba de ella. Sólo fue entrevistada un par de ocasiones.

—Suficiente. Vayamos caminando hasta la oficina del *sheriff*. Necesito que me dé el aire y sólo nos llevará un rato el paseo.

Aproveché el corto trayecto para sacarle un poco más de información a Tom acerca de Karen Reed, ya que yo no le había prestado mucha atención. Efectivamente nunca había estado en la lista de sospechosos, y su coartada era de las más sólidas. El fin de semana de la desaparición de Sharon se encontraba pasando unos días en Las Vegas en compañía de sus padres, y de hecho no regresó a Lawrence hasta el martes. Había registro de su actividad en el hotel, en dos casinos y en los aeropuertos. Era imposible que ella lo hubiera podido hacer, aunque no descartable que estuviese implicada. Pese a todo yo seguía pensando lo mismo que la primera vez que visité Kansas: a Sharon la había secuestrado, sedado, envenenado y abandonado su cadáver una única persona.

Cuando llegamos a la oficina del *sheriff* nos indicaron que Worth nos esperaba en la sala que Stevens nos había cedido para trabajar en el caso. No estaba en la sala de interrogatorios, lo que hubiera sido lo más normal. Me enojó cerciorarme, una vez más, de que Clark nos facilitaba lo mínimo nuestra labor, y que con aquellos gestos sutiles me indicaba que no era bienvenido en su condado.

—Buenas tardes. Disculpad el retraso. Estaba liado con un asunto de Washington

—manifesté nada más irrumpir en la estancia, como si nombrar la capital me exculpara de cualquier defecto.

El detective hizo las presentaciones y nos comentó que apenas habían estado charlando acerca del tiempo y de lo mucho que había cambiado todo en los últimos veinte años. Me alegró que no hubiera entrado en faena hasta que Tom y yo aterrizamos en la sala.

—Señorita Reed, le agradezco mucho que se haya tomado la molestia de acercarse hasta aquí de forma voluntaria. Es muy importante para todos nosotros cualquier dato que pueda facilitarnos —musité, con voz suave, pues por la manera con la que aquella mujer enjuta y de mirada distraída se frotaba las manos comprendí que estaba bastante nerviosa.

—Me enteré por casualidad que habían estado en la universidad, y que el caso de Sharon se había reabierto. Ha pasado ya tanto tiempo...

La mujer hablaba entrecortadamente. Por un segundo pensé que iba a confesarnos el crimen allí mismo, aunque sabía que era una posibilidad no ya remota sino utópica.

—¿Qué le ha impulsado a venir hasta la oficina del *sheriff*?

—No conté todo en su día. No lo hice a mala fe. Sufrí una crisis nerviosa y dejé los estudios durante un año. Cuando regresé no me alojé en los apartamentos, y recorría cada día más de 160 millas de ida y vuelta con tal de dormir en casa. Estaba aterrada.

—¿Vive usted actualmente en Iola? —preguntó Worth, al tiempo que revisaba sus notas.

—Sí, en una casa muy cerca de la de mis padres. Es donde me crié y es donde quiero pasar el resto de mi vida.

—Señorita Reed, ¿qué es lo que desea contarnos? —inquirí, continuando con el tono sutil y tranquilo que sabía la situación requería.

—Sharon tenía muchos enemigos. Yo la quería mucho, pero creo que en esos meses que pasó en la universidad se ganó muchas enemistades.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque ella me lo contaba. En su día no fui muy clara al respecto porque no deseaba señalar a nadie, y mucho menos achacarle un acto tan horrible. Pero he madurado y he sido capaz de sobreponerme. Ahora puedo hablar de todo aquello con más calma.

En realidad aquella mujer estaba todo menos relajada. Sus pupilas viajaban a la velocidad de la luz del rostro de Jim al mío, y del mío al de Tom, sin descanso, mientras seguía estrujándose las manos, como si con aquel acto involuntario pudiera deshacerse de la culpa, o de lo que quizá en su mente fuera un terrible pecado. Sabía que me encontraba frente a una persona carcomida por el pasado, pero no estaba claro el motivo de aquella emoción.

—¿Quiénes eran esos enemigos?

—Deseo dejar claro que no estoy culpando a nadie.

—Es evidente. Pero su opinión es ahora mismo trascendental para avanzar en la investigación. Han pasado muchos años y precisamos de nuevos indicios, de tal suerte que cualquier aportación puede ser clave. Pero descubrir al culpable es nuestra misión, de modo que quédese tranquila —manifesté, intentando que no se cerrara en banda, como hacía 18 años. Suele pasar cuando una persona sospecha de alguien muy cercano o de un familiar, y es delicado lidiar con esas situaciones tan incómodas.

—Yo tengo mi propio orden...

—Le escuchamos —la animó Worth, que era un hombre que a cualquiera le transmitía seguridad y confianza.

—Nuestra compañera de apartamento, Nancy Hill, es la que más detestaba a Sharon.

—Las tres compartían un piso de dos habitaciones en las Jayhawker Towers, dentro del campus —trató de corroborar Tom, para que no dejase de hablar en ningún momento, y como restando importancia a lo que acababa de comentar.

—Así es. No nos conocíamos de nada, de modo que sorteamos quién iba a estar sola en una habitación y me tocó a mí. Pero al cabo de un mes Sharon me rogó que la aceptase en mi dormitorio, pues ya no soportaba a Nancy. Se llevaron mal desde el principio. Yo acepté porque no quería líos, aunque me molestó tener que renunciar a la intimidad que había disfrutado hasta entonces.

—¿Por qué discutían?

—Las primeras semanas por tonterías. Tenían el carácter muy diferente. Sharon era muy dinámica, deportista y activa, mientras que Nancy era más sedentaria y sin embargo le chiflaba acudir a las fiestas.

—Ya veo...

—Luego la cosa empeoró.

—¿Qué sucedió? —preguntó el detective.

—Ese chico con el que Sharon tonteaba. Elijah Allen. Nancy estaba loca por él, y sin embargo él perdía los aires por Sharon. Un lío...

—Pero ¿tanto era el odio que Nancy tenía?

—Es que ella ya trataba a Elijah desde hacía tiempo. Lo había conocido en varios campeonatos de secundaria, pues ella animaba al equipo de fútbol de Emporia y solía viajar con los chicos. Según me confesó, se había matriculado en Lawrence sólo para poder coincidir con él en la Universidad de Kansas. En realidad ella tenía otros planes, mudarse a estudiar a la costa oeste, creo.

—Y, ¿qué es lo que le contó Nancy?

—No, no, ella nunca me comentó nada de Sharon. Yo era su compañera de apartamento, pero no estaba en su círculo de amistades. Sharon fue la que me comentó varias veces que Nancy la había amenazado.

—¿Qué tipo de amenazas? —inquirió Tom, más impaciente e incisivo en su tono de voz que el detective y que yo. Le hice un gesto para que se aplacara un poco.

—Chorradas... Del estilo: «aléjate de Elijah o lo vas a pagar caro» o «estoy harta

de tus coqueteos con mi chico y un día te vas a enterar». Pero eso no es algo que no haya escuchado decenas de veces a lo largo de mi vida, por eso no le daba importancia. Jamás llegó ni tan siquiera a gritar a Sharon, al menos en mi presencia; no digamos ponerle la mano encima.

La señorita Reed tenía parte de razón. La mayoría de los jóvenes cacarean más que hacen, pero esas amenazas no hay que tomárselas a la ligera. Tratar de amedrentar a alguien, aunque sea verbalmente, no es una cuestión baladí. Muchos crímenes vecinales o conyugales empiezan de esa manera que algunos consideran tan *inocente*.

—De modo que cuando supo lo del asesinato pensó en ella...

—Sí. Muchos pensamos en ella. Pero también en Elijah.

—¿Por qué en Elijah?

—Porque pocos días antes del sábado de su desaparición Sharon le dejó muy claro que sólo había tonteado con él, que era un crío y que había encontrado a un hombre con el que estaba encantada.

La señorita Reed hizo una pausa y se sonó la nariz. No estaba llorando, pero se había emocionado al recordar todos aquellos hechos que los años no habían logrado borrar de su mente.

—¿Cómo estaba usted al corriente?

—Oh, bueno, lo sabía medio campus. Sharon sólo se lo contó a unas pocas personas, pero él estaba enrabiado y fue maldiciendo por todos lados. Pero tenía una buena coartada. Aun así mucha gente sigue pensando hoy día que lo hizo él.

—Y usted, ¿qué es lo que cree? —pregunté, aproximándome levemente a su rostro.

—Yo he venido hasta aquí para comentarles lo de las tres personas de las que sospechaba, nada más. No tengo la menor idea de quién pudo ser, pero seguro que fue una de ellas. Sharon casi me avisó de esta circunstancia. Eso no lo dije con tanta rotundidad entonces y me martirizaba. Hoy me siento mucho mejor.

—Disculpe, acaba de decir usted que sospechaba de tres personas, pero sólo nos ha mencionado a dos —apuntó Worth, animando a la señorita Reed a que siguiera hablando.

—A la otra chica nunca llegué a conocerla, pero Sharon me hablaba constantemente de ella. Cuando llegó a los apartamentos parecía referirse a ella como a su mejor amiga, y sólo unos meses después echaba pestes constantemente por la boca con su nombre.

—Ya comprendo. Y, ¿quién era esa amiga?

—Vera Taylor. La amiga de toda la vida de Sharon Nichols.

Capítulo XVII

Tom, Worth y yo teníamos la extraña sensación de movernos en círculos; de ir topándonos cada vez con los mismos paisajes, con las mismas ciudades, y las mismas personas saludándonos desde las aceras, como si nos hubieran encerrado en un laberinto sin salida. Me había escapado a Kansas huyendo de mis pesadillas relacionadas con Patrick y ahora habían sido sustituidas por otras en las que la protagonista era su hija.

—Lo siento, jefe, sé que te duele que te diga esto, pero esa joven no era trigo limpio. No tengo claro si se comportó así toda la vida o si la llegada a la universidad transformó su carácter, pero cada vez me gusta menos.

Tom conducía el pequeño *Spark* en dirección a Leavenworth, donde me esperaba Nichols para tener una entrevista con él en la prisión de mediana seguridad en la que cumplía condena por los asesinatos de Donna Malick y de Clara Rose, dos chiquillas inocentes. Me encontraba mareado y las diatribas de mi colega no hacían otra cosa que empeorar la situación.

—Es mejor no precipitarse.

—¿Precipitarse? Cuanto más leo y más escucho sobre ella más claro lo tengo.

—Por eso deseo hablar con su padre. Puede aclarar algunas cosas. Y ya sabes que las percepciones en ocasiones tienen poca relación con la realidad —musité, tratando de animarme.

—Lo que quieras. Pero me temo que cuanto más indagemos en la vida de esa chica más mierda nos vamos a encontrar.

—Tom, te pido un poco de respeto. Parece como si estuvieras justificando su asesinato —dije, cabreado, sobrepasando todos los límites.

Mi compañero soltó durante unos segundos las manos del volante para hacer un aspaviento. Por suerte el vehículo siguió su curso en línea recta.

—¡No me jodas, jefe! ¿De verdad piensas eso de mí?

Apreté los puños y miré a Tom de soslayo. No se merecía que me dirigiese a él en esos términos. Mi capacidad para comportarme como un cretino seguía sin encontrar barreras ni fronteras.

—No, lo lamento. Te pido disculpas. En el fondo tienes razón, y por eso estoy tan dolido. Soy un gilipollas, ya lo sabes mejor que nadie.

—Lo que pretendo expresar es que la lista de enemigos va a ser larga, y que mucha gente tenía un motivo para quitársela de en medio. Sólo un chalado fue capaz de hacerlo, evidentemente, pero esto va a ser como encontrar una aguja en un pajar. Y por cierto, hay muchas personas que no me caen bien, pero a las que no les deseo ningún mal.

—No hacía falta que aclarases ese respecto.

—No lo sé, jefe. La primera vez que estuvimos en Kansas ya te tomaste el asunto como algo personal. Ahora ya no me cabe la menor duda: *es una cuestión personal*. Espero que eso no te nuble el entendimiento.

—Yo también lo deseo —expresé, conciliador, y derrotado por la fuerza de los hechos.

—Bueno, ahora que pareces más tranquilo, aprovecho para decirte que este viajecito no me hace la menor gracia.

—Por Patrick...

—Sí, claro. Por ese tipo. Le tienes demasiado aprecio, y no se lo merece. Cuando lo tengas delante no te olvides en ningún momento de que es un maldito asesino confeso.

—Esta vez me vas a acompañar.

—¿Cómo?

—Wharton me lo ha sugerido y he creído que era una buena idea. Posiblemente Nichols estando tú no se muestre tan colaborador, pero en realidad es por mi bien, no por el suyo.

—De acuerdo. Estaré a tu lado. Pero no pienso abrir la boca en todo el tiempo.

Esbocé una sonrisa. Tom hasta en las peores circunstancias lograba arrancármela, aunque a veces lo detestara.

—Es lo más sensato que has dicho en todo el día.

—Jefe, yo sólo tengo una neurona circulando por el cerebro. No le pidas que haga demasiados esfuerzos —apuntó mi colega, siguiendo la broma, sin perder jamás su sentido sarcástico del humor.

—Para eso tanto batido de proteínas...

—Eso es alimento para los músculos. Ya sabes que los que no tenemos una mente brillante necesitamos tener siempre a punto los puños. Eso también lo aprendí en las calles.

—Me da miedo pensar en tu infancia.

—En casa todo iba bien. El problema era cada vez que estaba en el patio del colegio o jugando al baloncesto en una pista de hormigón con canastas de hierro. Allí comprendí que había chicos buenos, regulares, malos y peores.

—Y tú, ¿de qué clase eras?

—Yo llegué siendo de los buenos, como casi todos, y acabé en la basura de los peores.

—Tom, sigues soltero, de flor en flor como un abejorro. ¿Quién narices te hizo entrar en razón y te salvó?

—La misma persona que a casi todos...

—¿Quién?

—Mi madre. Si no llega a ser por ella estaría por ahí traficando con droga o intentando ganarme la vida peleando en cuadriláteros de mala muerte.

Pensé en mi madre, a la que tenía abandonada en su casa de Los Baños, en

California. Apenas la llamaba y casi nunca iba a visitarla. La muerte de mi padre nos había distanciado y sólo muy de cuando en cuando echaba de menos sus palabras o sus abrazos. Me había convertido casi sin darme cuenta en un témpano de hielo, y dudaba que nunca jamás pudiese regresar el chaval cariñoso y abierto que hacía más de una década se había marchitado sin remedio.

El resto del trayecto ya no dije nada, y Tom seguramente intuyó que algo no iba bien en mi interior y optó por no hurgar en la herida. Sólo cuando estacionamos cerca de la entrada del complejo penitenciario se animó otra vez.

—¡Menudo lugar! —exclamó, nada más bajar del vehículo, abriendo mucho los brazos.

—Sabía que te iba a gustar.

—Nunca me traes a estos sitios. Sólo me mandas a cuchichear con ancianitas, a recorrer caminos polvorientos o a forzar cerraduras.

—Tampoco te creas que yo los frecuento. Y además, no me hacen ninguna gracia.

—Qué sucede, jefe, ¿acaso temes acabar algún día metido entre rejas?

—No lo descartes, Tom. Nunca descartes a nadie de ninguna investigación —respondí, con aplomo.

—Mierda, era una broma. Aquí el que juega con las palabras soy yo, el que hace el bobo cada dos por tres soy yo... de modo que no me acojones.

Ya en la penitenciaría nos pusimos serios y seguimos los mismos trámites que la primera vez que estuve allí, para verme a solas con Patrick. Mientras firmaba algunos papeles y oía sin prestar atención las instrucciones que un funcionario nos iba dando noté que me sudaban las manos y que me temblaba uno de los párpados, el superior del ojo derecho. Me pregunté qué diablos pintaba yo allí, qué estaba haciendo con mi vida y cómo era posible que me lanzase al abismo con tanta facilidad y negligencia. Pero aquel buen juicio no duró demasiado. Era fruto de la inquietud que me provocaba el saber que estaba a pocos minutos de volver a encontrarme con el hombre con el que mejores ratos había pasado desde la muerte de mi padre. Un hombre que, como todo el mundo a mi alrededor se encargaba de recordarme constantemente, había cercenado el futuro de dos chiquillas con una única intención. Y yo estaba cumpliendo sus deseos, como un fantoche, como un títere que no tiene ni voluntad ni criterio propios.

Llegamos a una amplia sala, bien iluminada y plagada de mesas y sillas. Pensé que era la misma en la que había estado hacía unos meses. Al cabo de unos segundos entró Patrick, sin esposar. Tom no supo, o no quiso, disimular su disgusto y emitió un bufido. Se negó a estrecharle la mano. Yo, sin embargo, lo hice, y si no llega a ser por la presencia de mi compañero y de un guarda creo que lo hubiera estrechado entre mis brazos.

—Patrick, me alegra ver que se encuentra bien —balbucee, como un crío.

Nichols tomó asiento frente a Tom y a mí. Esperó a que el vigilante se alejara un poco de nosotros antes de hablar. Me miraba como alucinado, sin dar crédito a lo que

veía.

—¿Qué hace aquí, Ethan?

—Anderson, su abogado, ¿no le mantiene al corriente de todo?

—Así es, y así debería seguir siendo. No debería haber venido; no debería volver a verme nunca jamás.

—Al menos hay algo en lo que estoy de acuerdo con esta sabandija —musitó Tom, que no pudo refrenar su lengua desbocada.

—Puede insultarme hasta quedarse en paz. No crea que siento lástima por mí, ni que piense que no merezco esos calificativos o cosas peores.

Le di un pequeño puntapié a mi colega bajo la mesa, para que no contestase y se limitase a ser testigo mudo de aquel encuentro tan singular.

—Patrick, estoy haciendo lo que me comprometí. Estoy saldando mi deuda con usted.

—Eso me parece genial. Le estoy agradecido, no se puede imaginar cuánto. Sé que va a encontrar al desalmado que mató a Sharon. Pero no hace falta que venga a verme. Use a Anderson. Para eso le pago. No quiero verle, Ethan...

—¿No quiere verme? —pregunté, herido en mis sentimientos, ridículamente ofendido.

—Parece no darse cuenta de nada. Madure un poco, se lo suplico. Su compañero está a punto de vomitar. Toda esta situación es asquerosa a los ojos de cualquiera con algo de sentido común. Se está jugando su carrera profesional.

—Si he venido es porque necesito su colaboración para resolver el caso —manifesté, en un tono duro, recomponiéndome y tratando de no mostrar mis emociones.

—Le he entregado las llaves de la casa de Albion y de mi residencia en Oskaloosa. Allí tiene todo lo que puede necesitar. Si yo hubiera sido útil no estaría aquí encerrado. Yo sólo soy un peligro, lo entiende de una maldita vez...

Estiré el cuello y apreté los párpados. El sudor y el dichoso tic habían desaparecido y me encontraba mucho mejor. Ya era el agente de la UAC del FBI que se suponía estaba en presencia de un testigo clave en una investigación. Sólo así aquella visita resultaría de utilidad. Tener pegado a mi costado a Tom había sido una idea fabulosa, pues su ira y su desprecio domaban mi efervescencia emotiva.

—Tenemos los papeles del detective, las notas de aquella médium que contrataron y algunas cosas que he visto que usted se dedicó a elucubrar por su cuenta. Pero no tenemos a Sharon, Patrick, y usted es lo más cerca que podemos estar de ella.

—Mi hija es insustituible...

—Usted me comprende. Por otro lado, no sé si la conocía tan bien como piensa.

—¿Qué está insinuando?

—Es delicado...

—Me da lo mismo. Cualquier cosa que conduzca hasta el asesino de Sharon estoy

dispuesto a asumirla, de modo que no se ande con rodeos.

—¿Con cuántos hombres salía? —inquirí, seco, como si le acabara de disparar al pecho.

—¿Cuántos? En principio con ninguno... Ella sólo me hablaba de aquel tal Robert, ya se lo conté a usted en su día.

—Ya, lo recuerdo. Pero es que de momento Robert no aparece por ninguna parte, y sin embargo sí que lo hacen Elijah Allen o James Smith. ¿Le suenan?

Nichols se pasó los dedos por el cabello. Recordaba aquel gesto suyo, que hacía casi siempre cuando terminábamos de entrenar. Solía preceder a una profunda reflexión o a un puñado de palabras bienintencionadas de ánimo.

—King me los mencionó. Pero yo no estaba muy convencido. En realidad no sé si aquel hombre hacía bien su trabajo...

—¿Por qué?

—Porque no descubrió nada nuevo que el *sheriff* Johnson no hubiera sacado antes a la luz. Lo único que hice fue gastar una fortuna para nada. Amanda me sugirió un par de veces que buscásemos a otro profesional, que Ben no lograba ningún avance y sólo nos entretenía para seguir cobrando.

—¿Está al corriente de que el accidente que le costó la vida pudo ser provocado?

—Sí, pero tampoco doy credibilidad a esa historia. Al final también quedó en nada.

—Quizá sabía más de lo que piensa y por eso alguien que se sentía amenazado decidió quitárselo de en medio.

Nichols miró hacia el fondo de la sala, como si en aquel lugar estuvieran apelmazados sus recuerdos y pudiera buscar en ellos, como el que se sumerge en un trastero a encontrar un tesoro abandonado.

—El caso es que llevaba días tratando de contarme algo, pero no se decidía. Eso me escamó, pero después lo eché en el olvido.

—¿Por qué?

—Ya había jugado conmigo así otras veces. Cada vez que dudaba de su profesionalidad o que amenazaba con romper nuestra relación me venía con algún cuento. No era nada nuevo para mí.

—Pero a lo mejor esta vez había dado con la tecla correcta.

—Entonces busquen más a fondo en sus papeles. Yo me los he leído diez o doce veces. No he encontrado nada que merezca la pena en ellos.

—A lo peor no quería contarle que su hija no era tan santa como usted soñaba —soltó Tom, de improviso, recordando que estaba allí, muy a su pesar.

Nichols se revolvió en su silla, pero fue capaz de controlarse. Después de tragar saliva un par de veces respondió al inoportuno comentario de mi compañero.

—Le he dicho antes que puede insultarme todo lo que le apetezca; puede incluso darme una paliza aquí mismo y ni siquiera me oírás gemir. Pero si vuelve a mencionar a Sharon le juro que le arranco los ojos en menos de lo que tardaría ese guardia en dar

un paso, ¿me ha comprendido?

Puse mis manos entre ambos e intenté con un gesto rebajar la tensión. Miré primero a Tom, que no entendía nada de lo que sucedía y que de haber sido mi superior me hubiera despedido de inmediato con gusto, y traté con un guiño de atemperarlo; después fue el turno de Nichols, al que no hizo falta que le dijese nada.

—Te pido disculpas, Ethan. Te lo advertí en su día y te lo he comentado nada más verte: no es una buena idea que vengas a visitarme. Te suplico que este incidente no influya en tu afán por encontrar al asesino de mi pequeña.

Recogí los brazos, pues el ambiente se había calmado. Tom tenía ladeada la cabeza, con la mirada clavada en la puerta de salida. No podía permitirme el lujo de perder la confianza de mi compañero, al igual que Nichols no podía permitirse contrariar a la única persona en el mundo, además de él, a la que interesaba revolver en el pasado para hacer justicia a Sharon.

—No voy a tolerar que falte al respeto a ningún agente, y menos a uno que está trabajando duramente en el caso. Un solo desliz más y tomó un avión de regreso a Washington.

—Le pido perdón a su colega. Pero le suplico que trate con la debida consideración la memoria de mi hija.

Tom, sin volver el rostro, asintió levemente con la cabeza, indicando que podía seguir adelante en lo que a él respectaba.

—Patrick, estamos descubriendo aspectos de su hija de los que quizá ni tan siquiera usted estaba al corriente —musité, con tacto.

—¿Qué aspectos?

—No deseo especular. Parece que tonteaba con un alumno que era jugador de fútbol y, quizá, con uno de los profesores recién llegados. Si también estaba ese tal Robert y sumamos las alumnas despechadas por el éxito de Sharon entre los hombres...

—Pídale a Anderson que le abra la caja fuerte de la casa de Oskaloosa.

—¿Qué?

—Como me declaré culpable, y todo lo que necesitaban para cerrar el asunto lo hallaron en la despensa de Albion, nunca hicieron un registro de mi última vivienda.

—Y eso, Patrick, ¿qué quiere decir? —pregunté, temiendo que pudieran emerger de los abismos más secretos horribles de aquel hombre por el que sentía tanto afecto.

—Allí está el diario de mi hija.

—Ya...

No fui capaz de articular ninguna palabra más. No le había contado a Patrick que en mi poder seguían las tres hojas arrancadas de aquel diario que yo había hurtado de la habitación de Sharon. Esas tres hojas que estaban escondidas en un doble fondo de una cajita decorada manualmente.

—¿Sucedo algo? Está pálido —dijo Nichols, desconcertado.

—Sabía que por ahí había un diario, pero nunca se lo solicité. Es algo tan íntimo,

ya me comprende.

—No hace falta que continúe. Yo nunca le he echado un vistazo. Cuando el caso se archivó definitivamente, y después de mi mudanza al otro lado de Perry Lake, lo metí en una caja fuerte junto con otros papeles de valor y ahí sigue. Si ahora es necesario para la investigación no voy a ser yo el que ponga el más mínimo impedimento.

—Gracias. Sabe que lo cuidaré como si fuera algo de mi propia familia.

—Márchese de aquí. Encuentre al asesino de Sharon, pero váyase de aquí para no seguir diciendo estupideces —murmuró, señalando con discreción con su mentón a Tom.

—No puede darme ningún dato de ese tal Robert.

—No. Sharon me hablaba de él mientras entrenábamos. Era un estudiante de primer año como ella y pertenecía al equipo de béisbol, poco más.

—¿Algún rasgo físico?

—Un padre no pregunta por esas cosas, Ethan. A mí sólo me importaba si era un buen chico y un estudiante aplicado, y según mi hija el día que me lo presentase me iba a quedar con la boca abierta. Ahora ya no sé si me estaba contando la verdad...

—Seguro que sí. Encontraremos a ese Robert —manifesté, sin convicción.

Me puse en pie y le indiqué a Tom que había llegado el momento de marcharnos. Mi colega no tardó ni medio segundo en abandonar la sala. Yo no pude evitar estrechar la mano de Patrick para despedirme.

—No le voy a defraudar. Saldaré mi deuda.

—No tiene ninguna deuda pendiente conmigo. Está cavando su fosa con esos comentarios. Haga justicia a Sharon, que es la que lo merece desde hace demasiado tiempo.

Apenas me había girado para indicarle al guarda que ya podía dar por finalizada la entrevista cuando sentí la mano de Nichols sobre mi hombro.

—Ethan...

—¿Sí? —pregunté, todavía sobresaltado.

—Las... ¿Conserva las libélulas azules?

Patrick me miraba casi suplicante, con los ojos empañados y la voz rota.

—Sí, están a buen recaudo. Las tengo en un frasco en la casa de Oskaloosa. No debe preocuparse.

—No las pierda, se lo imploro.

—No lo haré, descuide. Sé lo que representan para usted. Esas libélulas se quedarán allí cuando todo este asunto haya terminado, esperando a que usted vuelva.

Un vigilante me acompañó hasta la salida de la prisión. Tuve que firmar antes un par de papeles más, y me cercioré de que mis manos temblaban de nuevo, de forma incontrolada.

Al salir no encontré a Tom por ninguna parte, de modo que fui hasta el coche. Estaba sentado en el asiento del conductor y miraba hacia el infinito.

—Era necesaria esta visita —susurré, casi sin aliento.

—Jefe, prefiero no comentar nada. Prefiero olvidar este viaje y esta entrevista.
Eres un gilipollas.

Capítulo XVIII

Al día siguiente todavía se respiraba tensión en el ambiente. Tom y yo desayunamos café y rosquillas de canela en absoluto silencio. Los dos habíamos estado trabajando hasta bien entrada la madrugada y apenas habríamos descansado cuatro horas; pero no habíamos cruzado ni media palabra, pese a estar juntos en el salón.

—Jefe, como tú tienes que esperar al abogado ese he pensado que podía darme una vuelta por Lawrence para investigar sobre Nancy Hill y para ver si descubro quién narices es el tal Robert, si es que alguna vez ha existido.

No podía dar brincos de alegría, pero me daba por satisfecho con que mi colega al fin hubiera roto su mutismo. Era como firmar la paz entre ambos. De momento, las aguas volvían a su cauce.

—Me parece una idea estupenda. Yo tampoco tengo muy claro que Robert sea alguien en concreto. Cada vez tengo más claro que pudo ser una invención de Sharon, una tapadera tras la que ocultar a su propia familia sus verdaderos planes, que seguramente no iban a caer tan bien como estar saliendo con un chico en apariencia ideal.

—El profesor, el joven estudiante y Duane Malick... Meter un tipo más en la ecuación hasta para mí es llegar demasiado lejos. Voy a ver si encuentro gente que estudiara en la Universidad de Kansas en aquella época y que me den su opinión.

—¿Vuelve al ataque el periodista sagaz que escondes tras esa apariencia de matón de barrio? —pregunté, sonriendo, tratando de recuperar la buena sintonía entre los dos.

—No queda más remedio.

—Sólo te pido que no interrogues a Nancy Hill. Esos menesteres déjalos de mi cuenta, por favor.

—Tranquilo. Si algo me llama mucho la atención te doy un telefonazo. Si no sucede nada particular, por la noche comentamos la jugada.

Tom se llevó el *Spark*, de modo que me quedé sin autonomía para desplazarme. Decidí que lo mejor que podía hacer mientras esperaba al abogado era llamar a Liz, para ver si había logrado algún avance con Susan Sturm.

—Esa mujer parece como si deseara dejar zanjado el asunto —me comentó mi compañera, después de un rato de charla animada y de lisonjas bien estudiadas.

—Ha pasado mucho tiempo, y además Duane no deja de ser el padre de sus dos hijos.

—Está claro, pero es que estamos hablando de un homicidio. No es cualquier cosa.

—Y si fueras a verla... —sugerí, tanteando el terreno y sin ninguna gana de meter por enésima vez la pata con la que era mi sufrida novia.

—¿A Seattle?

—Sí. Podría hablarlo con Peter. Y de paso le pediría que después tomaras un vuelo hasta Kansas City para que pasases aquí unos días. Yo iría a recogerte, ¿qué te parece?

Sentí la respiración de Liz al otro lado de la línea. Me gustaba oírla. Me recordaba las noches en las que dormíamos juntos y tenía pegado su rostro al mío. La estaba echando de menos más que en mi anterior estancia en Nebraska. La estaba empezando a querer, aunque todavía de una manera muy diferente al modo en que ella me estimaba a mí.

—No sé. No creo que sirva de mucho. Además, tampoco estoy convencida de que Wharton vaya a dar su visto bueno.

—Déjame intentarlo.

—Está bien. Esa joven se merece que le hagamos justicia y por otro lado tengo ganas de verte. El *no* ya lo tenemos.

—Liz...

—Sí...

—Eres genial. No sé cómo me soportas.

—No me lo recuerdes. Además, hoy te noto muy cariñoso. ¿Has hecho algo de lo que te estés arrepintiendo?

Me carcajeé con ganas. No consideraba que Liz tuviera motivos para tener celos de nadie.

—¿Ya te has enterado de que Clarice Brown se ha instalado al otro lado de la calle?

—¡Cómo!

—Sí, parece que la atraigo como un imán. Anda por ahí preguntando y molestando a los vecinos. Este caso lleva enterrado veinte años pero a ella resulta que ahora le parece lo más interesante de este mundo.

—Lo hace porque estás tú metido en el tema. Has sido demasiado considerado con ella y ahora sufres las consecuencias.

—En todo caso no tienes nada que temer. No me atrae lo más mínimo esa mujer, aunque reconozco que es atractiva —musité, intentando contrariarla un poco.

—No es ella la que me preocupa...

El tono de voz serio y cortante me dio a entender que no bromeaba. Y desde luego que Clarice Brown le importaba un comino.

—No te sigo el juego...

—No seas idiota. O niño. Vera Taylor.

Pronunció el nombre con un deje de repulsión que llegó a conmoverme, a pesar de la enorme distancia que nos separaba. Liz era más astuta, más sagaz y mucho más madura que yo.

—Ya, comprendo... Tengo que ir a verla uno de estos días.

—Estará esperándote con una tarta fabulosa terminando de hornearse. Lleva

cuidado.

—¿Quieres que espere a que estés aquí para ir juntos a visitarla?

—No. Esa arpía se cerraría en banda conmigo delante, ya me hice una idea muy clara de cómo se maneja hace un año. Además, ya eres mayorcito y no tengo que ir detrás de ti como una gendarme. Tú sabrás lo que haces.

Hablamos un rato más planificando la agenda, pues tenía que poner en orden los trabajos pendientes antes de solicitar unos días. Yo no perdí ni un segundo y telefoneé a Peter para pedirle permiso. Accedió sin mayores problemas, aunque con la condición de que Liz sólo estuviera en Kansas como máximo una semana. Ni rechisté. No podía estar de mejor humor nada más colgar. Por desgracia fue en ese instante en el que me cercioré de que alguien había metido un sobre por debajo de la puerta de entrada. Lo recogí y supe de inmediato lo que habría en su interior. Lo rasgué y me encontré con un nuevo anónimo, que había conformado una única palabra usando la misma metodología que la vez anterior. Rezaba: «LÁRGUESE». Las letras mayúsculas eran muy significativas, e incrementaban el nivel de advertencia, o quizá ya directamente de amenaza. Esa misma noche le pediría a Tom que montase, con su habitual pericia, una cámara minúscula en el porche que registrase todos los movimientos que se producían delante de la vivienda. Le mandé un mensaje a su móvil para que se acercara a un *Walmart* en Lawrence y se hiciera con lo necesario. No le comenté lo del anónimo, pues prefería decírselo a la cara.

Apenas me había sentado para seguir revisando informes cuando el sonido del timbre me sobresaltó. Era William Anderson, el abogado de Nichols. Nos saludamos y me pidió que lo esperase en el salón.

—No entiendo, resulta ridículo.

—No es que Patrick lo haya solicitado, pero la ubicación de la caja fuerte es también secreta, de modo que prefiero actuar con cautela.

—Como guste. Yo no pienso robar nada de esta casa.

El abogado se perdió de mi vista sonriendo y se dedicó durante un buen rato a hacer ruido en todas las estancias de la casa, imagino que con la estúpida idea de confundirme. La cuestión es que mientras esperaba una oscura especulación comenzó a tomar forma en mi mente: quizá Nichols ocultaba más secretos, quizá no sólo era el miserable asesino confeso de dos chiquillas y había más lagunas en su pasado. Por fortuna Anderson llegó justo a tiempo para rescatarme de mis peores elucubraciones, que rozaban la paranoia.

—Aquí tiene —dijo, mientras me tendía un cuaderno de tapas azules decorado a mano, como la caja que seguía en la habitación de la joven en Albion, y una carpeta con un puñado de folios en su interior.

—Gracias. Por cierto, ¿cuántas cajas fuertes hay en la vivienda? —inquirí, cínico.

—Es usted muy sagaz. Yo sólo cumplo con mi trabajo, al igual que usted con el suyo. Le ruego que lleve mucho cuidado con ese diario y con el resto de papeles, huelga que le explique los motivos.

—Puede quedarse tranquilo. Por cierto, ¿qué hay en esta carpeta?

—No tengo la menor idea. Pero Patrick me solicitó que también le hiciese entrega de la misma.

—Entiendo. Ya me ocupo yo de todo...

—En tal caso le dejo en paz. Si me necesita sabe cómo localizarme.

El abogado se marchó y nada más quedarme a solas le eché un primer vistazo al diario. Sentía el mismo pudor al pasar las páginas que al leer aquellos tres folios arrancados que había encontrado en la casa de Albion. Por algún extraño motivo internarme en la intimidad de Sharon me provocaba una desagradable sensación. Sin duda había empatizado demasiado con la víctima, la había idealizado desde el principio y aquello me impedía desempeñar mi cometido como era debido. Pero tampoco estaba dispuesto a entregarle aquel tesoro a Worth, y mucho menos a Tom, que no dudaría en hacer chascarrillos desagradables. Era yo el que tenía que leer aquel diario, y Patrick me lo había confiado sólo a mí. Busqué la fecha de la primera página y pude descubrir que se iniciaba en el verano de 1997, es decir poco antes del comienzo del curso universitario y unos meses previos a su asesinato. Sharon manifestaba su ilusión por iniciar una nueva vida, por empezar a disfrutar de cierta independencia y por formar parte desde el primer día del equipo de atletismo de la Universidad de Kansas.

De súbito se me ocurrió cerciorarme de que no sólo faltasen las tres páginas que tenía en mi poder. Fui pasando las hojas y mirando el espacio en el que estaban unidas al lomo, por si se veían signos de que alguna hubiera sido arrancada. Después de mi minucioso análisis descubrí que faltaban un total de seis páginas. Yo tenía tres. Las otras bien podía haberlas extirpado del cuaderno la propia Sharon para tirarlas a la papelera por cualquier motivo, bien podía haberlas escondido en algún otro lugar o bien podían haber sido retiradas por un tercero. De hecho no tenían aún claro que los tres folios que yo tenía los hubiera ocultado la joven en la caja u otra persona, pues el último estaba fechado precisamente el día de su muerte. Todo era demasiado extraño. Y también por alguna razón siempre me venía a la cabeza que Vera Taylor era la candidata ideal para haber ejecutado aquella extraña argucia, pues no en vano Sharon la mencionaba muy claramente en una de las páginas del diario, mostrando un odio hacia ella impropio, al menos a mi entender. Recordaba que Liz le había restado importancia a aquel inquietante: «*Odio con toda mi alma a Vera Taylor. Si reuniera el valor y la fuerza suficientes, sería capaz de matarla con mis propias manos*», arguyendo que no era tan inusual aquella forma de expresarse en una adolescente enrabiada. Pero para mí suponía una amenaza muy directa y seria. Además, resultaba cuando menos insólito que mencionase a su amiga de toda la vida con su nombre de pila y su apellido. Marcaba un distanciamiento entre ambas, no ya sólo físico, evidente debido a que Sharon ahora residía en Lawrence, sino también emocional.

Agotado por tanto discurrir, me calcé las zapatillas y me puse ropa de deporte

para salir a trotar un rato. Había una ruta, abandonando Oskaloosa hacia el oeste por la 92 en dirección al lago, que me encantaba. Pensé que nada mejor que unas cuantas millas para despejar la mente y regresar al salón con ganas de seguir trabajando. Al cabo de 50 minutos corriendo llegué hasta un lugar marcado por dos tanques ubicados en la zona de la izquierda de la carretera, y que Patrick usaba como punto de descanso y vuelta a casa. Estaba situado justo a 7 millas de Oskaloosa, por lo que uno podía calcular el ritmo sin necesidad de llevar un reloj con GPS. Para mi sorpresa, tumbada sobre el césped, descansando, se hallaba Clarice Brown, pertrechada al igual que yo para correr.

—¿Qué haces aquí?

La periodista dio un respingo nada más escuchar mi voz. Le había dado un buen susto, pues estaba con los ojos cerrados y consideré que no se había percatado de mi presencia.

—¡Ethan! Por favor, era la última persona a la que esperaba encontrarme en este lugar.

—No me digas que no sabías que yo solía entrenar por aquí con Patrick, tú que tantos informadores tienes.

—Sí, claro que lo sabía. Pero de eso ha pasado más de un año. Creía que no te atreverías...

Me senté junto a Clarice y observé que llevaba un cinturón como los que solía portar Nichols, con bebidas isotónicas y geles.

—Pues ya ves que sí que soy capaz. ¿Me puedes prestar un gel?

La periodista sonrió, mientras hurgaba en el cinturón y me alargaba un gel de sales e hidratos.

—Sales a rodar mal preparado. Son siete millas de ida y siete de vuelta... ¿O es que pensabas regresar haciendo autostop?

—¿Desde cuándo te ha dado por correr? —inquirí, sin responder a su pregunta.

—Desde hace unos meses. Iba al gimnasio y hacía cinta, pero aquello es muy aburrido. Una mañana me acerqué hasta Central Park y descubrí qué es lo que os mantiene enganchados a los *runners*. Ahora soy una adicta y ya no puedo parar.

—Ya ves... Yo lo dejé durante un tiempo, tras la muerte de mi padre. Aquí volví a correr. No sé, me gusta este lugar para entrenar. Los campos de maíz, el aire limpio, el lago...

—¿Echas de menos a Patrick?

La pregunta de Clarice me dejó mudo durante un minuto. No me la esperaba. No de ella. Era la propia de un amigo, o incluso de una novia, de alguien que me conociese perfectamente; pero no de una casi desconocida.

—Sí, joder, sí, lo echo de menos. Sé que suena horrible, pero es la única verdad.

—Ayer fuiste a Leavenworth a visitarlo. ¿Cómo fue la cosa?

—No hay secretos para la señorita Brown...

—Sí, pero intento que se me escapen los menos posibles. Ojalá tuviera acceso a

todos los secretos.

—Fue mal, en todos los sentidos. Pero no eres la persona más indicada para hablar de este asunto.

—¿Por qué?

—No me hagas repetirlo cada vez que nos vemos. Eres periodista y yo agente del FBI. No podemos ser amigos. Escucha, tú no tienes novio, ¿verdad?

Clarice abrió mucho los párpados, sorprendida. Luego dio una palmada y rompió a reír.

—¿Quién eres? Ahora el periodista pareces tú, o quizá incluso mi propio padre.

—Disculpa.

—Además, porque te conozco, pero incluso ha sonado a machista la pregunta.

—No me fastidies ahora.

—La respuesta es que *no* tengo novio. ¿Acaso estás coqueteando conmigo?

Miré fijamente a los ojos de Clarice. Era una mujer lista y guapa, pero si ya me portaba mal con alguien tan excepcional como Liz no quería imaginarme cómo sería mi relación con ella.

—No, en absoluto. Pero creo que te vendría bien tener una pareja.

—Igual que tú...

El tono de Brown sonó misterioso, como si de nuevo manejase más información de la que yo creía. Me incomodaba aquel delirio constante.

—No sé si igual que yo.

—¿Has ido ya a visitar a Vera Taylor?

—Se supone que tú estás al corriente de todo.

—Hay cosas que se me escapan, ya te lo acabo de comentar.

—No voy a responder a esa pregunta.

—Me debes algo a cambio del gel que te acabo de dar. Te he salvado la vida.

Me incorporé y le acerqué la mano a la periodista para que se ayudara en mí para levantarse.

—Ya pensaré cómo saldo mi deuda. De momento tenemos que regresar, se hace tarde y nos queda casi una hora de rodaje.

—¿No te importa que nos vean juntos?

—Sí, claro que me importa. Cuando lleguemos a Oskaloosa uno tira hacia el norte y el otro hacia el sur. Al menos no será tan descarado.

—Acepto el trato.

—Y tú, ¿qué has averiguado?

Brown puso los brazos en jarras y frunció el ceño, simulando un enfado que no sentía.

—No me has contado nada y sin embargo yo sí tengo que ser franca contigo...

—¿Me echas una mano? —pregunté, conciliador.

—Creo que Sharon pensaba fugarse con Duane Malick la noche de su asesinato.

Una onda de calor se expandió desde el centro de mi pecho hasta las

extremidades y la cabeza. No era algo en lo que no hubiera pensado mil veces, pero que Clarice lo afirmara con tanta rotundidad sí que suponía una novedad.

—¿Cómo estás tan segura?

—No estoy segura al 100%. He dicho *creo*, no sé. Es distinto —respondió Brown, mientras se recogía el pelo con una cinta, preparándose para volver a correr.

—Ya me he dado cuenta. Pero me has contestado con seguridad. No olvides que sé un poco de psicología.

Clarice echó a correr suavemente en dirección a Oskaloosa, de modo que no me quedó más remedio que seguirla y acompasarme a su trote.

—No me has ayudado en nada. Siempre tengo que dar yo el primer paso. Ethan, quizá vamos a ser amigos mucho más tiempo del que crees. Quizá nos pasemos toda la vida de aquí para allá cubriendo los mismos casos, lejos de nuestras casas y de nuestros seres queridos. Yo ya me he hecho a la idea. Cuanto antes la asumas tú también mejor para los dos.

Me daba lo mismo todo lo que dijese en aquel instante la periodista. Había dicho algo que ya ocupaba todo el espacio disponible en mi mente.

—¿Cómo has descubierto lo de Duane y Sharon?

—Tendrás que investigar. Es exactamente la fórmula mágica que he utilizado yo. No hay atajos.

Capítulo XIX

Cuando llegué a la vivienda de Patrick me encontré a Tom trabajando en el salón. Había colocado una pizarra plástica en mitad de la sala y una de las paredes estaba forrada con un enorme panel de corcho, en el que ya estaba pinchando algunas fotografías y hojas sueltas.

—No has perdido el tiempo.

Mi colega me miró satisfecho, sonriente. Se acercó hasta donde me hallaba y contempló su *obra* casi tan impresionado como yo.

—No está mal para una hora de trabajo. Y ten en cuenta que también he instalado ya la cámara de la entrada.

—¡Cómo! —exclamé, estupefacto—. Ni me he dado cuenta. La has tenido que ocultar bien.

—No te creas. Es diminuta. Ya sabes lo me que pirran esos cachivaches. Y ya que estaba en el *Walmart* haciendo tus recados me dije que la última vez que nos dejamos caer por aquí montamos un *cuartel general* propio y que en esta ocasión valía la pena hacer lo mismo. No me fío de la oficina del *sheriff*, no me siento cómodo allí. Ahora ya tenemos nuestro despacho de Quántico en el corazón de Kansas.

—Te lo has currado. Me dejas sin palabras —manifesté, dándole una cordial palmada en la espalda.

—Y tú, ¿has descubierto algo mientras correteabas por los maizales?

—No te lo vas a creer. Me he topado con Clarice Brown. He vuelto hasta el pueblo rodando con ella.

—No pierdes el tiempo, jefe. Menos mal que Liz no está aún por aquí.

—No seas cretino.

—¿Te ha contado algo?

—Me ha dicho que el día que Sharon desapareció había quedado con Duane Malick.

—Ya tenemos al señor X. Tampoco es ninguna sorpresa.

—No estoy seguro. Aunque todo cuadraría si se tratase de él. Pero mientras regresaba me hacía dos preguntas.

—Desembucha...

—¿Llegó a verse Sharon con Duane aquella noche de sábado?

—Se lo tendremos que preguntar al señor Malick. Ese tipo nunca me gustó, y a Liz menos todavía. En cuanto le pongas al corriente volverá con su teoría de que ya tenemos al asesino y que estás tardando en arrestarlo.

—Es cierto, pero la otra vez Liz no acertó. Ella pensaba que Duane se había ventilado a medio condado, y resultó que Patrick había acabado con Donna y con Clara. No quiero precipitarme.

—Ya, me hago cargo. Y la otra pregunta que te hacías...

—En realidad son dos, dependiendo de la respuesta a la primera. Si se vieron, ¿fue Duane el que mató a Sharon? Si no llegaron a verse nunca, ¿la mató Vera Taylor en su casa o fue otra persona la que la secuestró mientras regresaba corriendo a Albion?

Tom se dirigió a la pizarra e hizo un croquis con las posibilidades que había señalado.

—Si la vio, el sospechoso principal es el propio Duane Malick. No me zampo que estuviera con ella un rato y después la dejase cerca de casa y le diera tiempo a un tercero a cometer el crimen. Si no lo hizo, tenemos por un lado a Vera Taylor y por otro a Nancy Hill, a Elijah Allen y al profesor James Smith.

—Y el tal Robert, ¿has averiguado algo?

—Sí. Robert no existe. Robert fue un invento de Sharon para calmar a sus padres. Podía haberles hablado directamente de Elijah, pero no, creó un personaje de la nada.

—Elijah no entraba en los planes de futuro de Sharon. Era un divertimento, nada más. Sin embargo o Duane Malick o James Smith sí que eran protagonistas principales de sus ensoñaciones. Por eso se inventó a Robert. Era una forma de no mentir del todo a sus padres, de contar la verdad a medias.

—Menuda chorrada.

—A mí también me parece una actitud pueril, pero no olvidemos que la joven sólo tenía 18 años y que estaba jugando con fuego. Apenas hacía unos meses que se había trasladado al campus, y pese a todo mantenía una relación muy estrecha con sus padres. Se veía venir el escándalo. Tuvo que improvisar sobre la marcha y no se le ocurrió nada mejor.

—Está bien, jefe, admitamos que Robert es un alias que ella se inventó para no mencionar directamente sus escauceos con Duane o con James. ¿Qué conseguía con eso?

—Calmar su conciencia y ganar tiempo.

—Me lo vas a tener que explicar mejor. Ya sabes que soy un poco corto —dijo Tom, dándose manotazos en la sien mientras ponía cara de bobo.

—No sé cómo se llevaba con su madre, pero la relación con Patrick era muy buena... al menos hasta que se marchó a Lawrence. Entrenaban juntos y compartían confidencias. Mentirle era como darle una puñalada por la espalda.

—Yo lo había contemplado desde otra perspectiva, pero tú entiendes más de la sesera. Acepto. Ahora necesito que me cuentes eso de que ganaba tiempo...

—Pensaba fugarse. O con Duane o con James, con alguno de los dos. El primero casado y padre de familia, el segundo uno de sus profesores en la universidad... Joder, ¡cualquiera de las opciones era un disparate! No puedes sentarte con tus padres y contarles que te vas a marchar con alguien así. Es casi más sencillo decirles que te has enamorado de un yonqui de tu misma edad que mendiga por las calles.

—Pues si lo que quería era ganar tiempo... se le echó encima.

—Así es. La cuestión es que jamás llegó a sincerarse. Por cierto, ¿cómo has descubierto lo de ese Robert?

—He estado con dos compañeras que se sentaban con ella en clase. Las he invitado a almorzar y me han chivado lo de Robert.

—Así... ¡sin más!

—No, en realidad casi he tenido que ser yo el que les tirase de la lengua. Finalmente se han mirado y han dicho casi al unísono: «Qué más da ya, han pasado casi veinte años».

—Pero bueno, acaso tenían un pacto de sangre... No entiendo a la gente de esta zona —manifesté, mientras sacudía la cabeza con rabia.

—Sharon les había contado que Elijah le importaba un bledo. Ella aspiraba a un hombre de verdad, un adulto, mucho más maduro, y que había encontrado a la persona ideal. Robert era un personaje inventado para no tener líos con sus padres y al mismo tiempo poder hablarles de ese sujeto por el que estaba perdiendo los vientos.

Me dejé caer sobre el sofá y pensé en el desdichado de Patrick. Su princesita se había hecho mayor y además se había transformado demasiado deprisa en la universidad. Cómo explicarle todo lo que estábamos descubriendo... Además, según me había dejado ver tampoco estaba dispuesto a asumir aquellas teorías, y en su día ya había tenido sus discrepancias al respecto con el detective privado Ben King.

—No me gusta todo esto, Tom.

—Y qué esperabas, ¿un cuento de hadas?

—No, claro que no. Pero es que por momentos me resulta ridículo y por momentos me parece un galimatías imposible de recomponer.

—Ya sabes lo que suele comentar Liz —dijo mi colega, tomando asiento a mi lado.

—Sí, que el puzzle sólo cobra sentido cuando encajamos la última pieza del mismo —repliqué, en un tono plano y aburrido.

—Deberías ir a visitar a tu amiga Vera.

Tom tenía razón. Estaba postergando la entrevista de forma innecesaria, aunque sobraban las razones para excusarme. Deseaba que Liz estuviera ya en Oskaloosa, pues su presencia sería un recordatorio constante y cercano de que tenía una novia estupenda y que desde luego no merecía la pena estropear las cosas por una mujer como poco muy singular, aunque tremendamente atractiva.

—No a estas horas. Me comprometo a ir mañana al mediodía.

—¿Tienes miedo?

—¡Vete al cuerno!

Estaba golpeando con un cojín a Tom cuando sonó el timbre de la puerta. A los dos nos pilló de improviso y nuestra primera reacción fue quedarnos inmóviles.

—¿Quién diablos será? —inquirí, deseando que no se tratase ni de Clarice ni del *sheriff* Stevens.

—Quizá tu amiga. Ya que la montaña no va a Mahoma, ya sabes...

Al fin me levanté y abrí la puerta. Estábamos de suerte; era Worth, que además nos traía algo de comida para cenar.

—Jim, es usted mi héroe. De verdad —profirió desde el sofá Tom, que se había fijado en los paquetes de comida preparada.

—He estado por Topeka, con un colega. Nos hemos movido por aquí y por allá y al regresar he visto un local que servía *sushi* recién preparado y he pensado que esto es mejor que otra lata de alubias o que cualquier maldito batido de proteínas —dijo Worth, mientras dejaba las viandas sobre la mesa.

—No tenía la menor idea de que le gustase la comida japonesa —manifesté, asombrado.

—Ethan, no conoce todavía la mayoría de mis secretos. Mientras usted habla sin parar... yo escucho sin descanso.

Los tres nos echamos a reír. Creo que lo necesitábamos. Estábamos trabajando duro: leyendo papeles y más papeles y haciendo millas de un lado para otro en busca de una verdad que se escapaba de las manos como gelatina sin cuajar.

—Es verdad, creo que para ser psicólogo me voy de la lengua en exceso.

—¿Cómo se ha dado el día? —inquirió el detective, al tiempo que iba repartiendo bandejas de *maki roll* por doquier.

—Bien. Ya tenemos claro que Robert no existe. La chica se lo inventó para postergar una discusión de las que hacen historia con sus padres —respondió Tom.

—Yo he salido a entrenar un rato y me he encontrado con Clarice Brown, que ahora le ha dado por correr también. Al menos me ha dicho algo interesante, aunque no con certeza absoluta ni la fuente de la información.

—¿Qué le ha contado?

—Según ella Sharon había quedado el sábado de su desaparición con Duane Malick.

—Mal asunto para ese tipo. Si recuerda, Ethan, ya lo tuvimos contra las cuerdas el año pasado.

—Sí, pero salió ileso. Liz va a tener un encuentro con su exesposa, y no quiero interrogarlo hasta que ella nos cuente si ha sacado algo nuevo. No voy a meter de nuevo en un lío a ese hombre a la ligera.

—Y usted, ¿algún avance?

Worth se quedó mirando una pieza de *sushi* que sostenía con habilidad con los palillos, prueba de que era un asiduo de aquel tipo de comida. Tardó en contestar, y el largo silencio se hizo incómodo.

—Mi colega de Topeka quiere que vayamos a visitarlo. Tiene experiencia en casos cerrados y nos puede echar una mano. *De facto* sin él hoy no estaríamos aquí cenando los tres juntos.

El detective no había respondido a la pregunta y además se mostraba esquivo. De inmediato pensé en el *sheriff* Stevens, del que sospechaba, y que posiblemente había

hallado algún indicio relacionado con él y no deseaba comentarlo delante de Tom.

—No hace falta que lo hablemos en este momento. Disfrutemos de la cena, tomemos unas cervezas y mañana nos pondremos a ello —sugerí, con la intención de darle una salida al entuerto.

Worth dejó los palillos con el maki sobre una de las bandejas y se giró para mirarme a los ojos.

—Ethan, no deseo que se haga una idea equivocada.

—Lo comprendo. Venga, mañana lo hablamos —repliqué, pensando aún el *sheriff* Stevens.

—Ya se lo comenté la primera vez que estuvo por aquí, y no creo que haga falta que se lo repita. No me gustaría que lo incluyese de nuevo en un listado de sospechosos ni que tuviéramos que molestarlo. Sé de sobras que no fue él.

—Un momento... Jim, ¿de quién narices estamos hablando? —inquirí, descolocado por sus reflexiones.

—Matt Davies; aunque lo ha negado en repetidas ocasiones, sí que conocía a Sharon. Hoy me he enterado de que incluso intentó salir con la chica, pero que le dio calabazas. Tenía que contárselo. Espero no haber estropeado la cena.

Capítulo XX

El resto de la velada estuvo presidida por el silencio. Yo detestaba a Matt Davies, desde la primera vez que me encontré con él. Todavía recuerdo su mirada incisiva desde la garita de vigilante, observándome mientras me alejaba del embarcadero del *Rock Creek Marina & Resort*, y la intensa percepción que me invadió advirtiéndome de que aquel tipo era un ser oscuro, con muchos secretos inconfesables guardados en los armarios.

Por el contrario Worth sentía afecto por el guarda del Perry State Park, pese a que no negaba que era un sujeto extraño y de trato desagradable. Pero conocía su infancia, que había sido muy dura, y compartían de vez en cuando tardes de sábado bebiendo cerveza en algún local de Topeka o de Leavenworth, donde Davies había trabajado antaño como vigilante.

La cuestión era que Matt nos había ocultado en su día que había estado empleado a prueba por una empresa de mantenimiento que realizaba trabajos de limpieza y conservación en el campus de la Universidad de Kansas. Apenas había durado un par de meses, pues su carácter huraño y su escasa disposición hacían que en aquellos tiempos cambiase constantemente de trabajo. Davies contaba 34 años y Sharon 18, una diferencia de edad notable que no fue obstáculo para que el primero se insinuara en varias ocasiones a la joven. El colega de Worth en Topeka había estado indagando por su lado y había seguido la pista de Matt, que en su día ni tan siquiera fue tenido en cuenta entre los sospechosos ni incorporado en ningún listado. Pero tras haber sido detenido hacía un año en Kansas, y teniendo en cuenta su turbio pasado, las extrañas circunstancias que rodeaban la muerte de muchos de sus familiares y el singular *patio de recreo* que había creado en el sótano de su casa en Valley Falls para encerrar a su madre cuando él no estaba en la vivienda, el agente de Topeka había hecho caso de mi relación de posibles asesinos de Nichols y había encontrado que de nuevo Davies jugaba al despiste con todos nosotros.

Todo esto no me lo comentó Jim, pero dejó sobre la mesa el informe que su amigo había elaborado para que yo pudiera leerlo con tranquilidad. Y eso fue lo primero que hice nada más levantarme al día siguiente. La sangre me hervía mientras pasaba las páginas, pero tenía que dejar a un lado la visceralidad y la intuición y centrarme en las pruebas... que eran inexistentes. Que Davies hubiera tratado de tontear con Sharon aprovechando que hacía labores de mantenimiento precisamente en el edificio donde la chica estaba alojada no significaba absolutamente nada. Tampoco que ella le hubiera dado calabazas. Son cosas que suceden a diario y nadie por ello se dedica a matar a otra persona por una razón tan trivial. Pero mi imaginación descarriada ya elucubraba con la posibilidad de un Davies tratando de forzar a Sharon, sin conseguirlo, y al poco tiempo vengándose de la forma más cruel.

Pero no encajaba, y yo era muy consciente de ello. Nichols jamás se hubiera montado en un vehículo con el vigilante, ni hubiera bebido una copa —pese a no saber que estaba cargada de benzodicepinas— con él sin oponer resistencia. Por otro lado, Matt tampoco se hubiera tomado la molestia de limpiar el cuerpo de la chica con tanto esmero, y hubiera hecho uso de la fuerza bruta con total seguridad.

—¿Leyendo el informe a estas horas?

Estaba tan metido de lleno en mis propios pensamientos que no me había percatado de la presencia de Tom. Acababa de sentarse a mi lado, con un batido de proteínas en una mano y un par de rosquillas de canela en la otra.

—Sí. No podía esperar más. Si no llega a ser porque Jim estaba delante me hubiera lanzado sobre los papeles anoche durante la cena.

—Jefe, yo me olvidaría de ese tipo. Estoy con Worth, no es nuestro hombre.

—La última vez en Nebraska ya te falló el sentido del olfato, ¿lo has olvidado?

—No me fastidies. En Nebraska nos falló el olfato a todos. Dimos con el asesino casi por casualidad. El perfil que Kemper y tú elaborasteis era acertado, pero eso sólo nos llevaba a un callejón sin salida.

—Ya sabes que no creo demasiado en las casualidades.

—Sí, ya lo sé. No me pongas la cabeza como bombo de buena mañana. Pero le voy a dar la vuelta a tu exquisito razonamiento: si no crees en las casualidades, ¿cómo diablos explicas que la médium aquélla acertase con tanto tino lo que iba a suceder después?

Buena pregunta. Yo llevaba algunos meses formulándomela, y no encontraba una contestación que me dejase conforme. Por eso no había mandado quemar o dejar pudrirse en el sótano las anotaciones de la espiritista sobre Sharon Nichols. Mi escepticismo exacerbado se agrietaba.

—Eso sí que fue fruto de la casualidad. Una cosa es no creer mucho en las casualidades y otra muy distinta negar que existan —respondí, de mala gana.

—Además, el psicólogo eres tú, yo sólo soy un agente especial que se dedica a ir preguntando aquí y allá. Pero... el *modus operandi*, ¿no es más propio de alguien que tuviera una relación próxima con la chica? —inquirió Tom, señalando la zona del panel de corcho en la que estaba sujeta la fotografía de Sharon Nichols, tal y como fue descubierta por los dos ancianitos en la hondonada. Yo apenas la miraba, pues me provocaba una repulsión inaudita. Estaba acostumbrado a contemplar instantáneas de escenas del crimen mucho más terribles, pero no mantenía ningún vínculo emocional con las víctimas y eso me permitía conservar la frialdad que se exige en nuestra profesión.

—Sí, es verdad. Pero aborrezco tanto a Davies que me nubla el entendimiento. Tampoco tengo claros los motivos por los que siempre anda mintiendo a todo el mundo.

—Jefe, ese hombre ha llevado una vida de mierda. Desde que nació. No apruebo su forma de ser ni de manejarse en la vida, pero tiene una explicación. No trates de

endilgarle el asesinato sólo porque siente asco hasta de sí mismo. Odia a todo el mundo, culpa a la humanidad entera de lo que le ha sucedido. Y encima, aunque lo intente, no es capaz de echarse una novia. Yo en su lugar también estaría jodido.

Mi colega argumentaba con rapidez y en el sentido correcto, pero a mí me costaba horrores descartar a Davies, mucho más después de lo que acababa de leer.

—Yo no soy capaz de ponerme en su lugar.

—¡Claro que no! Tú eres un *niño bien* que ha crecido en los mejores barrios de San Francisco, que ha estudiado en Stanford y que tiene desde que le salieron los dientes un empleo cojonudo en el FBI.

—Me recuerdas a Liz cuando hablas así —manifesté, hastiado de que me echasen en cara mi vida relativamente acomodada.

—Porque ella y yo hemos tenido que pelear, no hemos tenido tu misma suerte. Yo te admiro, Ethan, y lo sabes. Si no te admirase montaría un jaleo cada vez que me propusiesen destino a tu lado, y ésta ya es la cuarta vez que me tienes codo con codo sobre el terreno en apenas dos años. Pero no dejo de ver tus defectos. Y uno de ellos es que no tienes la menor idea de lo que lucha la gente que ha crecido en una familia humilde, no digamos ya una tan sombría como la de Matt. Te cuesta ponerte en el pellejo de ellos. A mí no, y a Liz tampoco. Yo con 12 años ya me peleaba a puñetazo limpio para que no me robasen un bate de béisbol que daba asco. Pero se trataba de mi maldito bate de béisbol.

—¡Está bien! Si no descubrimos que el vigilante conocía mejor a Sharon debo tacharlo. Es verdad; limpiaron con esmero el cuerpo de la chica, no presenta signos de violencia, no abusaron de ella y abandonaron el cadáver junto al lago en una posición humillante. Eso nos cuenta mucho del asesino. Y no, no parece el estilo de alguien como Davies —admití, tirando los papeles al suelo enfadado.

Tom se me acercó y fingió darme un rechazazo en el mentón. Era un gesto que le encantaba hacer, en lugar de estrechar la mano.

—Cuando dejas funcionar a esas neuronas que sabe el cielo quién te las regaló eres único. No te obceques, jefe. No perdamos un tiempo que no tenemos. Lo mejor será que vayas a visitar a tu amiguita, que ésa sí que cumple con el patrón, por muy bien que te caiga o por mucho miedo que te dé ir a verla.

—No me da miedo ir a verla —mentí—, sólo deseo estar preparado y ser yo el que marca los tiempos.

—Genial. A mí, si me das permiso, me gustaría regresar a Lawrence.

—¿Qué tienes planeado?

—Viajar en el tiempo.

—Perfecto, luego me prestas el *DeLorean*. Ahora me encantaría que fueses más explícito.

—James Smith.

—El profesor...

—Sí. Voy a ver qué descubro de ese tipo. Cómo daba clases, con quién se veía, si

llegó a salir por ahí con Nichols...

—Lo tienes complicado, pero tú eres capaz de eso y más. Ya me has dejado con la boca abierta demasiadas veces como para no esperar lo mejor de ti.

—¿Ahora te pones a echarme flores?

—Voy a darme una ducha. Creo que está saliendo a flote el Tom que menos me agrada.

—Eso, ponte bien guapo para ver a Vera Taylor. Sería imperdonable que causases una mala impresión.

Subí los escalones de dos en dos en dirección a mi habitación, mientras las carcajadas de mi colega inundaban la casa con su estridencia. Estaba nervioso y odiaba tener que ir a entrevistar a Taylor, pero no me quedaba otra opción. Para mayor escarnio, mientras elegía la ropa que iba ponerme sonó mi *Smartphone* y resultó que se trataba de Liz. Para no creer en las casualidades en ocasiones éstas me jugaban muy malas pasadas.

—Acabo de llegar a Seattle. Hace un frío de muerte, no te imaginas. Creo que no resistiría en esta ciudad ni una semana —me dijo, después de saludarme con mucho afecto.

—Gracias por el esfuerzo. Espero que tengas una jornada muy productiva. Sólo tú eres capaz de sacar algo en claro de Susan Sturm.

—Esperas mucho de esta reunión, y yo no las tengo todas conmigo. Creo que ya me contó todo lo que deseaba la última vez. Y no olvides que había mantenido el pico cerrado tres años.

—Pero es una de nuestras bazas. Todo apunta a que pudo verse con Duane el día de la desaparición de Sharon. Tienes que invitarla a recordar. Cualquier dato, por nimio que sea, puede ser fundamental más adelante.

—Aborrezco a Malick...

—Ya me lo dejaste claro cuando estuvimos por aquí hace un año. Sé que lo tienes entre ceja y ceja.

—Es un mentiroso y en la entrevista que mantuvimos con él me causó muy malas vibraciones. Llevo en los genes el instinto de un agente de policía local.

El último comentario no podía ser más preciso, porque Liz era hija de un policía que se había pasado toda la vida sirviendo para la oficina del *sheriff* de un condado del medio oeste. Un hombre honesto, trabajador y sencillo que jamás había tenido más ambición que la de mantener la tranquilidad en su comunidad.

—Sólo tenemos indicios. Necesitamos testimonios.

—¿Qué estás sugiriendo? —preguntó Liz, un poco alterada.

—Ya lo has adivinado. No hace falta que te lo explique —respondí, como un cobarde.

—Sólo he venido hasta Seattle para reunirme con Sturm y tratar de arrancarle unas pocas palabras de más. No hay otro objetivo.

Contuve el aliento. No deseaba discutir por teléfono con ella, pero tampoco podía

postergar más una cuestión que había dejado para el último momento porque sabía que iba a suponer un problema.

—Si acorralamos a Duane, pero él no confiesa, necesitaremos que Susan testifique en un juicio. Puede ser determinante.

—Hoy no pienso entrar a debatir eso con ella. No sé si lo que pretendes es distraerme de este clima hostil, pero desde luego has conseguido que me olvide de un plumazo del maldito frío.

—En fin, iremos paso a paso —claudiqué.

—Mañana por fin estaré en Kansas. ¿Vendrás a recogerme al aeropuerto?

Liz y yo habíamos quedado en eso. A cualquier otra persona no le hubiera formulado la pregunta, pero de mí se fiaba muy poco, y razones tenía de sobra para actuar de esa manera.

—Sí, claro. Te lo prometí. Estoy deseando verte.

—Y hoy, ¿tienes un día muy complicado?

De inmediato pensé en Vera Taylor. Podía contarle que iba a entrevistarla en un rato, pero opté por la alternativa más cómoda, por la salida más ruin.

—Sí. Interrogatorios, papeleo, revisar expedientes... Pronto descubrirás lo que hacemos aquí. No es como ir al cine y después salir a cenar por ahí con los amigos.

—Pese a todo, estoy deseando incorporarme. Todavía no me creo que Wharton haya autorizado esta jugada.

—Yo tampoco. Pero me alegro de que esta vez me deje más recursos que en Nebraska. Allí tenía a toda la patrulla estatal echando una mano, pero aquí sólo Worth está por la labor. Tom y tú sois imprescindibles.

—¿Y el *sheriff* Stevens?

—Ya sabes. Sigue a lo suyo. Ni siquiera me dirige la palabra. Me deja hacer, que ya es bastante, pero nada más.

Me despedí de Liz con un amargo sabor. No le había mentido, pero le había ocultado la verdad. Sólo un año antes aquello no me hubiese causado el menor contratiempo, pero aunque poco había madurado y comenzaba a comprender que jugar con las personas te acaba pasando factura. Todavía me quedaba mucho por aprender.

Pese a la época del año, preferí tomar una ducha bien fría, como las que me daba después de un duro entrenamiento. Fue el linimento que curó mis heridas interiores y calmó mi ansiedad. Cuando regresé al salón Tom estaba esperándome, todavía con la mandíbula desencajada de tanto reír.

—¿Cómo nos apañamos con el coche? —me preguntó.

—Tú tienes más jaleo. Yo después de ver a Taylor regresaré aquí a pelearme con las cajas de folios.

—Y, ¿cómo te las vas a arreglar luego? ¿No pensarás volver corriendo desde Meriden en traje de chaqueta?

—No. Lo más probable es que le solicite a Worth que venga a recogerme. Tú por

eso no te preocupes.

Le pedí a Tom que no fuésemos hasta Meriden por el camino más corto, es decir, atravesando el lago por la 92. Le dije que deseaba rodear Perry Lake tomando dirección sur en busca de Perry, para luego dirigirnos hacia Grantville y desde allí subir hacia el norte para llegar a Meriden. Le rogué que condujese muy despacio.

—Jefe, ¿qué mosca te ha picado ahora?

Llevaba la ventanilla bajada y contemplaba los campos de cereales y las arboledas a un lado y a otro de la KS-59, por cuyos arcones tantas veces yo había rodado en compañía de Patrick. Sus palabras, sus sabios consejos, retumbaban con fuerza en mi cerebro, como si estuviera a mi lado, hablándome acerca de la vida, del *running* y de la belleza salvaje del condado de Jefferson.

—Tom, estamos hechos de recuerdos. Somos en el presente el cúmulo de actos que hicimos en el pasado, o al menos lo que nuestra mente guarda de ellos.

—Cuando te pones así no hay quien te aguante. Todo esto es porque vas a ver a la dichosa Taylor...

—No. Ojalá fuera ésa la razón.

Mi colega pareció comprender. Su sensibilidad y la mía distaban años luz. Pese a todo, él era más noble, porque mi emotividad estaba empañada por un egoísmo sin límites, malsano. Su rudeza y su cinismo, por el contrario, tenían como fin último echar una mano a los más débiles.

—Algún día tendrás que desarrollar el caparazón. No puedes seguir actuando como un niño. El día que estuvimos en la penitenciaría de Leavenworth me dieron ganas de darte un par de azotes. Y, joder, ¡tú eres el jefe!

—Yo no soy el jefe de nadie...

—Bueno, pues eres el responsable. Pero hasta Mark, que no deja de ser un crío, actúa con más sensatez que tú.

—Mark es un maldito genio y en Quántico parece que nadie se entera del tema. Mejor para mí.

—A mí no me lo tienes que explicar. Pero mira, jefe, ¿puedo serte sincero?

—Adelante.

Acabábamos de pasar Perry y ya divisábamos Grantville a lo lejos. Ahora eran Donna Malick y Clara Rose, dos chiquillas que habían perdido la vida sin haber cumplido los 20 años, las que asaltaban con sus rostros mi cerebro. Donna ya no me suplicaba con sus ojos abiertos que encontrase al salvaje que la había matado. Ambos descansábamos en paz. Cualquier cosa que mi colega pudiera decirme sería ideal para distraerme.

—Un tipo que trabaja contigo en la UAC me chivó tu cociente intelectual.

—Ni siquiera en Quántico existe la confidencialidad, según parece —musité, ofuscado.

—A lo que iba. El colega me dijo que tienes el más alto de toda la división, pero que le pareces un cretino sin remedio y que no sabe cómo demonios no te han

expulsado ya de la agencia.

Metí la cabeza dentro del vehículo y subí la ventanilla. El aire fresco del otoño de Kansas me había dejado la piel helada y enrojecida. Tras la ducha y aquello, si no pillaba un resfriado de infarto era un milagro.

—Y tú, ¿qué le respondiste?

Tom aparcó el coche en el arcén de tierra que había justo antes del giro para llegar a Grantville. Se quedó contemplando la recién asfaltada carretera, que presentaba un aspecto impecable, y sonrió.

—Que es verdad, que eres un imbécil. Pero que me jugaría el pellejo por ti. Entiendo a Wharton, y sé lo que ha visto en ti porque yo también lo veo. No es casualidad que hayas resuelto ya cuatro casos de forma directa y otros tantos desde tu despacho en Washington. Pero, jefe, no la fastidies más. Todos tenemos un límite. Wharton, Liz, Mark y yo. Hasta el bueno de Worth que te admira con devoción.

—Se llaman umbrales —puntualicé.

—Vete al infierno. Me da igual cómo se denominen en la jerga de los pijos de Stanford.

—Tienes razón. Discúlpame. Llevo mal que me den lecciones.

—La cuestión es, ¿qué haces con tu cerebro? ¿Qué pasa por esa cabeza que se supone tiene superpoderes o algo por el estilo?

—Tom...

No tenía claro si deseaba terminar la frase. No tenía claro si aquél era el momento, el lugar y la persona idóneos para mantener aquella conversación tan profunda y trascendental.

—Soy todo oídos —dijo mi colega, que adivinaba mis reticencias.

—Me cuesta sentir aprecio por la gente. Antes no era así, te lo aseguro. Pero desde que un desalmado atropelló a mi padre y lo dejó desangrándose en una cuneta malherido... Todo cambió.

—Pues ahora te toca cambiar a ti, jefe. Crece, evoluciona, y que el pasado no sea un losa para que alcances un futuro brillante. Te lo estoy diciendo como colega, ¿me entiendes?

Pero no lo entendía. Apenas llegaba a comprenderlo. Mientras charlábamos pensaba en Patrick, en Liz y en mi madre, abandonada a su suerte en California, echando de menos a un hijo que apenas le hacía caso.

—Por eso he regresado a Kansas.

—No me lo trago.

—Pues es la verdad. Si no descubro al asesino de Sharon, si no soy capaz de saldar mi estrafalaria deuda con Patrick, me quedaré varado y no seré capaz de cambiar, que es justo lo que necesito.

Tom volvió a arrancar el coche y apenas nos dijimos nada hasta llegar a Meriden. Le pedí que me dejase a algunas manzanas de la casa de Taylor, porque prefería llegar dando un corto paseo.

—Jefe, lleva cuidado.

—Y tú, periodista. A mí lo peor que me puede suceder es que me zampe un pastel de calabaza sazonado con cianuro. Tú, como periodista, vete a saber lo que te encuentras hoy por Lawrence y alrededores.

—Tranquilo. A un boxeador es complicado que lo tumbe otra persona, a menos que se trate también de un boxeador experimentado.

Nada más comprobé que el pequeño *Spark* se perdía de mi vista telefoneé a Mark. La conversación con Tom me había dado una idea.

—¿Serías capaz de rastrear el cianuro que acabó con Sharon Nichols? —pregunté, nada más ver que el símbolo verde de mi *Smartphone* se iluminaba.

—Buenos días, Ethan.

—Perdona. Ya me conoces.

—No creo. Han pasado muchos años.

—El año pasado hiciste un trabajo excepcional. Sin ti no hubiéramos atado los cabos.

—Tú mismo lo has dicho: el año pasado. Permíteme recordarte que 2015 y 1998 no tienen nada en común. Pero si hasta tenemos un Presidente de color y matrimonios gays. Y en breve ya veremos si no gana Hillary Clinton las presidenciales. Se lo cuentas esto a mi padre hace veinte años y le da un infarto.

—Mark, no quiero una lección de historia. Necesito soluciones.

—Haré lo que pueda. Pero entonces no se hacían pedidos a China de cianuro de potasio que sorteaban la frontera declarados como juguetes o piezas de electrónica barata. En 1998 casi nadie compraba nada por Internet. Amazon estaba en pañales y eBay ni siquiera cotizaba en bolsa.

—Mierda... Pero la compra-venta de cianuro ya estaba muy controlada...

—Sí, ya te lo comenté hace un año. A raíz del dichoso caso del Tylenol las autoridades se pusieron duras.

—Entonces, ¿cómo lo hacemos esta vez?

—Tengo tu lista de sospechosos. Cianuro había en estudios de fotografía, joyerías, universidades... Tenemos un hilo del que tirar.

—Y los entomólogos y todos los aficionados a los insectos —añadí, pensando en el *sheriff* Stevens.

—Sí, es verdad. Usan otras técnicas para matar a los animalitos, pero el cianuro es muy efectivo para no dañarlos y para conservarlos en perfectas condiciones. Se me había pasado por alto.

—A ver si me das una alegría.

—No esperes milagros. Haré lo que pueda.

—Eres un monstruo. Confío en ti.

Me despedí de Mark con la vaga esperanza de que pudiera rastrear quién narices tenía acceso a cianuro de mi lista de sospechosos, nada menos que hacía veinte años. Una utopía. Pero no podíamos dejar de intentarlo.

Por fin había llegado a la entrada de la casa de Vera Taylor. Presentaba un aspecto tan cuidado y espectacular como siempre. Mientras caminaba hacia la puerta el pulso se iba acelerando. Era incapaz de controlar mi zozobra. Casi me da un ataque cuando pulsé el timbre.

—Vaya, mi agente favorito. Has tardado mucho en venir a verme, demasiado. Y como de costumbre sin avisar.

Taylor había abierto la puerta casi de inmediato, una circunstancia que empeoró mi estado de angustia. Llevaba ropa cómoda, un delantal resplandeciente y la melena negra recogida en un lateral. Tenía una de las mejillas tiznadas con harina, como si se hubiera rascado sin darse cuenta de que llevaba las manos cubiertas por fino polvillo blanco. Sus ojos color violeta seguían siendo tan sugerentes y hermosos como los recordaba.

—¿Estás trabajando?

—Preparando un pastel. Como de costumbre. Pero puedes hacerme compañía. Siempre eres bien recibido en esta casa, aunque no te lo merezcas.

—Puedo regresar más tarde —musité, casi ansiando que me diera la oportunidad de salir huyendo de allí para no volver nunca jamás.

—No, por favor, acabemos con esto. Sé que me tienes por ahí apuntada en una de tus dichosas libretas, y prefiero que me taches de una vez. Aunque me fastidia que todavía no lo hayas hecho. No dice demasiado a favor de tu intelecto, agente.

Acepté la invitación y entré en la vivienda. El olor a incienso que inundaba el salón, mezclado con el de las especias que llegaba desde la cocina, resultaba embriagador. Ya no era el Ethan de 2016 el que había cruzado el umbral de la puerta, era el de 2015, y aquello me aterró. Como siempre sonaba música de fondo, que procedía de algún lugar indeterminado. Reconocí la canción: '74-75' de *The Connells*. Un tema melancólico a rabiar. Las cosas ya no podían ir a peor.

—Precisamente por eso he venido a verte. Necesito que me aclares algunos puntos.

—¿No dejé ya todo cristalino hace poco más de un año? —preguntó Taylor, mientras regresaba a la cocina, a seguir con lo suyo, como si mi presencia no le incomodara lo más mínimo.

—Lo siento, pero la respuesta es *no* —contesté, tajante.

—Ya entiendo. Anda, siéntate por ahí y acósame a preguntas absurdas. Yo sigo a lo mío.

Sobre la mesa de la cocina descansaba una gran masa, que Vera estaba trabajando con las manos. A los lados había montones de tarros con especias, adornos comestibles y cuatro latas de puré orgánico de calabaza. Me quedé unos segundos contemplándola. Era una imagen maravillosa de una mujer atractiva como pocas había conocido en la vida. Y odiaba que me provocase aquella perturbadora sensación. Pero sin embargo hubiera deseado detener el tiempo y quedarme atrapado en aquel instante mágico para siempre.

—¿Por qué te odiaba Sharon?

—Ya hablamos de eso hace mucho...

—Ya, y no me aclaraste nada.

—Nos habíamos distanciado.

—Haz un esfuerzo y trata de recordar. Tus respuestas cortantes no me ayudan a eliminarte de la libreta en la que, efectivamente, sigue tu nombre.

Taylor levantó bruscamente la cabeza. Un mechón de cabello se escapó de la goma que lo sujetaba y quedó tendido a un lado de su ojo izquierdo. El contraste del violeta de su iris con el negro penetrante de su pelo era fascinante y seductor. Los pies me temblaban y temí que ella se hubiese dado cuenta de mi fragilidad.

—Sharon había cambiado. Mucho. Y en poco tiempo. No la reconocía. No era la amiga con la que había compartido toda la vida. Eso es todo.

—No, hay más.

—Pero ¿qué es lo que quieres?

—Que me lo cuentes todo.

—Mi mejor amiga, en realidad la única amiga que he tenido jamás, está enterrada a media milla de esta casa. Visito su tumba cada semana, y como una perturbada me dedico un rato a charlar en voz alta con ella. Le cuento cómo me va, qué pedidos he servido los últimos días, que la echo mucho de menos... Después limpio su lápida y cambio las flores.

—Eso es genial, pero no te excluye —manifesté, con una descortesía totalmente gratuita.

—Tú lo que quieres es que yo hable mal de ella, no vas a descansar hasta conseguirlo, ¿verdad?

—No voy a descansar hasta descubrir quién acabó con su vida. Eso debería importante tanto como su honor, que parece que es lo que intentas proteger ahora mismo.

Vera se rascó la misma mejilla que ya tenía manchada de antes, emborronando todavía más la piel. Pese a todo cada vez la veía más guapa, más impresionante. Había olvidado lo atractiva que me resultaba aquella mujer extraña y esquiva, que vivía sola en una mansión y que dedicaba su tiempo, ya que no precisaba del dinero, a realizar tartas por encargo de cuando en cuando.

—Le dije que se estaba convirtiendo en una zorra... ¡Contento! —exclamó Taylor, al borde de las lágrimas.

—¿Qué?

—Sí, a la porra con todo. Tonteaba con un chaval, tonteaba con un profesor y tonteaba con un hombre del condado, aunque por entonces yo no sabía que era Duane Malick. Se le había subido el pavo, se sentía libre y fabulosa. Se creía con derecho a hacer lo que le viniera en gana. Ésa no era la Sharon que yo conocía, y me resultaba increíble que hubiera cambiado tan sólo en unos meses.

—¿Por qué no me contaste eso? ¿Por qué no hablaste en su día con el *sheriff*

Johnson? Y qué me dices de los padres de Sharon, ¿no merecían saber la verdad ellos también?

Taylor aspiró aire profundamente. Posó las manos sobre la mesa e intentó relajarse. No quería llorar, aunque tenía los ojos humedecidos. Era una mujer dura, como Liz. Una mujer que detesta mostrar sus debilidades.

—A ti no te lo conté porque todavía no confiaba en ti. Sigo sin hacerlo. Tú no te fías de mí, pues yo tampoco de ti, ¿qué creías?

—Acepto la explicación. Pero ¿y el resto?

—No hablé con el *sheriff* Johnson. Me imponía. Pero le conté todo a Stevens.

—Eso no consta en ningún informe. No me marees.

—Es que se lo conté de manera confidencial. No sabía si podía estar relacionado con el asesinato, y tampoco deseaba que la imagen de Sharon fuera manchada por todo el condado. Aquí era un ejemplo de buena estudiante y de fabulosa atleta, con un comportamiento intachable. Tú no te puedes imaginar lo que hubiera supuesto...

—Por eso tampoco se lo contaste a los padres, ¿me equivoco?

—No se lo conté a Patrick. Lo hubiera matado. Él adoraba a Sharon, la quería más que a cualquier cosa en el mundo y se hubiese derrumbado.

—En tal caso, ¿hablaste con Amanda después del asesinato?

—No, no... Me preocupaba mucho Sharon. No recuerdo bien la fecha, pero le conté todo lo que sabía y lo que opinaba a Amanda dos o tres semanas antes de que la matasen.

Capítulo XXI

Después de seguir hablando un rato con Taylor, intentando aclarar todo lo que me había contado, y que venía a desbaratar una vez más mi frágil castillo de naipes, telefoneé a Worth para ver si tenía la amabilidad de recogerme en la avenida principal de Meriden, algo a lo que se prestó de inmediato. De forma ridícula no deseaba que aparcase justo delante de la casa de Vera, ni que me viese saliendo de la misma. Una memez más que incorporar a mi extenso currículum.

—Tendré que volver. Y necesitaré que todo lo que me has contado quede por escrito y firmado.

—Ya no hay más remedio —replicó Vera, abatida—. Sólo me encantaría que me avisases antes y que vinieses otra vez solo. Me sentiré mucho más cómoda.

Taylor se me aproximó y yo me quedé petrificado, sin capacidad de reacción. Antes de que me hubiera dado cuenta me había dado un suave beso en los labios. Cuando pude moverme lo primero que hice fue pasarme la mano por la boca varias veces, como si pudiera borrar lo que acababa de suceder con aquel gesto tan estúpido como infantil.

—Tengo novia...

Vera se quedó mirándome, contrariada.

—¿La forense esa que trabaja contigo en Washington?

—Liz, se llama Liz.

—Por eso no respondías a mis mensajes...

—Entre otras razones. Ni yo te convengo a ti, ni tú me convienes a mí —manifesté, intentando ser educado—. Lo que sucedió hace un año fue un error. Los dos somos conscientes de ello.

—No me vengas con chorradas. Ya soy mayorcita para saber lo que me conviene o no. Eres tú el que está aterrado cada vez que me tienes cerca. Te gusto, mi agente favorito, te gusto tanto como tú a mí. Pero me tienes miedo. En realidad tienes miedo de lo que sientes.

Vera me miraba enfurecida con sus ojos violetas, con su media melena negra, con su alma extraña e incomprensible... y yo no tenía más remedio que admitir que me fascinaba. Pero al mismo tiempo veía en ella un abismo profundo y amenazador.

—Me tengo que marchar. El detective al que he telefoneado ya me estará esperando.

—¡Ethan! —gritó Vera, antes de que me escabullese como un rufián de su vivienda. Escucharla pronunciar mi nombre me llegó al fondo de las entrañas.

—¿Qué quieres? —pregunté, indeciso y ansiando escapar.

—Encuentra al asesino de mi amiga. Quizá sea ya lo único que puedas hacer por mí.

Abandoné la casa de Taylor sin decir nada más. Alcancé en unos segundos la avenida principal de Meriden y creí respirar aire puro después de haber pasado mucho tiempo en una atmósfera asfixiante. Todavía sentía en los labios el beso que me había dado y la culpa y el deseo me torturaban a partes iguales. No podía regresar a esa vivienda sin la compañía de otra persona, aunque fuera Liz. Vera era un peligro y yo no estaba preparado para evitarlo, para escapar de su influjo y sucumbir como un memo sin cabeza.

Por fin vi a Worth. Me sorprendió que no hubiera venido a buscarme en uno de los SUV de la oficina del *sheriff*.

—¿Cómo es que se ha traído su coche particular? —pregunté nada más meterme en el vehículo.

—Estaba en casa trabajando cuando me ha llamado. Evitaba perder tiempo y además así todo es más discreto, ¿no le parece?

Asentí, sin ganas de profundizar en el tema. Tenía la impresión de que todo el condado de Jefferson ya estaba al tanto de que Taylor me había besado, con lo que suponía. Me estaba comportando como el culpable de un crimen horrible.

—Regresamos a Oskaloosa... —murmuré.

—Ethan, está sudando como un pollo. ¿Va todo bien?

—No lo sé. Tenemos que preparar el interrogatorio a Duane Malick —respondí, en un tono seco que Worth no se merecía.

—Mejor no insisto.

La radio del coche estaba encendida y sonaba *1973* de *James Blunt*. No podía dar crédito.

—Esto tiene que ser una broma...

—¿Qué le pasa ahora?

—La radio. Es imposible. Vengo del '74 y del '75 para meterme de lleno en el '73 —murmuré, riendo como un chalado que no sabe ni lo que se dice.

—¿Ha bebido o fumado algo en casa de Vera Taylor?

—No, déjelo. No me haga caso. Son estupideces mías. En un rato se me pasará. Marchémonos, por favor.

El detective arrancó, sin disimular su estupefacción, y en pocos minutos nos hallábamos en la casa de Patrick con un montón de papeles desparramados sobre la mesa del salón. Para no liarnos siempre marcábamos con un punto de rotulador azul la esquina superior izquierda de los folios que habíamos revisado, y tratábamos de mantenerlos en orden en las cajas de las que habían sido extraídos.

—¿Podemos comentar ya la entrevista que ha tenido hace un rato? —preguntó Worth, imagino que una vez se cercioró de que mi comportamiento volvía a ser el de siempre, no el de un pirado que sólo suelta cosas sin sentido por la boca.

—Desde luego. Jim, disculpe lo de hace un rato.

—Ya me hago cargo. Bueno, está olvidado.

—Vera me ha comentado que Sharon posiblemente la odiaba porque se había

encarado con ella y le había dicho, más o menos, que era una fresca.

—Vaya. Para eso están las amigas, ¿no?

—Sí, pero ojalá hubiera cantado hace años. Según ella le comentó esto a Stevens y a Amanda.

—¿A Clark? No consta, que yo sepa, en ninguna parte.

—Lo hizo de modo confidencial, para no dañar la reputación de su amiga.

—Me parece perfecto, pero el *sheriff* debería haberlo dejado por escrito. Taylor era sospechosa, aunque nadie la creyese capaz de aquello.

—Tendré que comentarlo con él...

—Tendrá que hacerlo con mucho tacto, o se armará la gorda. No hace falta que se lo explique.

—Lo sé. Pero usted piensa que él pudo estar implicado en el asunto. ¿Qué es lo que le hace sustentar esa hipótesis?

El detective estiró el cuello, como si necesitara desentumecer los músculos antes de seguir hablando.

—Dos aspectos. Por un lado su insistencia el año pasado en vincular los tres asesinatos: el de Donna, el de Clara y el de Sharon. Es decir, más que vincularlos, el dar por sentado desde el principio que habían sido cometidos por una misma persona.

—Ya. A mí también me mosqueó bastante en su día ese empecinamiento. Era muy rotundo.

—Y por otro, el hecho de que no sólo no esté colaborando ahora, es que ha puesto todas las trabas al alcance de su mano. Si estamos aquí ahora mismo sentados usted y yo ha sido porque no le ha quedado más remedio. Por él este caso estaría mejor pudriéndose en algún almacén.

—Esta segunda cuestión es la que más me preocupa. Aunque sé que mi presencia por aquí no es bienvenida, no debería ser él precisamente el más molesto con dicha circunstancia. Sabe que sólo me mueve el deseo de resolver un asesinato que lleva mucho tiempo esperando que se haga justicia. Resulta insólito.

—A menos que... —dejó caer Worth, sin concluir la frase.

—Exacto. Pero tampoco me convence. Es una idiotez, porque esta actitud pone todos los focos sobre él. ¿No cree que si tuviera alguna relación con la muerte de Sharon hubiera sido más sutil?

—Cuando uno siente miedo, cuando uno cree que el cerco se estrecha y que las posibilidades de salir bien parado de una situación son mínimas, el cerebro deja de funcionar y ya sólo trabaja el instinto. Para bien y para mal.

Las reflexiones del detective me gustaban. Eran de un sentido común aplastante. No resulta inusual que alguien, intentando desviar la atención sobre sí mismo, actúe de tal forma que consiga justo el efecto contrario. Muchos asesinos se presentan como testigos voluntarios, asisten a los entierros de sus víctimas, lloran desconsolada y exageradamente la pérdida de la persona a la que ellos mismos han quitado la vida o intentan involucrase de un modo excesivo en las tareas de investigación que lleva a

cabo la policía. Al final esas tretas llaman la atención de los detectives y de los agentes, y terminan estudiando a fondo al sujeto en cuestión. Los ejemplos de este tipo que abordamos en Quántico se cuentan por decenas.

—No sé. Ya dudé de Stevens el año pasado. Quizá todo sea debido a que descubrimos su desliz con Donna...

—También es posible. Pero me resulta extraño que ni siquiera me pregunte por las mañanas si hay algún avance. Me mira, como recordándome que el tiempo pasa y que en breve comenzará a mover los hilos para que demos carpetazo al asunto.

Worth no era el único que sentía la angustia del segundero avanzando de forma despiadada, yo también tenía a Peter contando los días desde su despacho de Quántico y si no dábamos pronto con el culpable me telefonearía para comunicarme que mi aventura por Kansas había llegado a su fin.

—Esto es más complicado de lo que imaginaba.

—Tenemos que ir a Topeka. Todavía no conoce a mi colega. Él nos echará una mano y además seguro que es capaz de trazar una estrategia a la que usted pueda sacarle partido.

El detective tenía razón. Jugábamos una partida con un comodín sobre la mesa y yo, como un necio, no estaba haciendo uso de él.

—Mañana lo tengo imposible. Debo recoger a mi compañera Liz en Kansas City y después deseo hacerle una visita sorpresa a Elijah Allen, aunque seguramente llevará tiempo preparando este encuentro tras la metedura de pata de Tom.

—Pues lo cierro para pasado...

—Genial. Quizá tendría que haber empezado por ahí. Le pido disculpas. Y también tendré que pedírselas a su colega. He sido muy desconsiderado.

—Déjese de monsergas, Ethan. Siempre anda dándole vueltas a chorradas sin importancia. Use el cerebro para lo importante. Es usted muy inteligente, pero distraído.

—¿Qué quiere decir? —inquirí, pues el punto de vista del Worth siempre me resultaba interesante.

—A casi todos los tipos dotados intelectualmente con los que me he topado les sucede lo mismo. Están tan obsesionados mirando la cumbre de la montaña que no se dan cuenta de que están metiendo la pierna en una profunda grieta cubierta por un poco de nieve... Adiós cima, adiós para siempre al escalador.

Me quedé contemplado al detective, admirado. Aquella forma tan directa de expresarse, aquella sabiduría forjada con la experiencia y desde la humildad, me encandilaban.

—Por suerte lo tengo a usted.

—O a Tom, o a Liz... Tenga siempre cerca a alguien que vaya mirando el suelo por el que pisa —manifestó Worth, sonriendo.

Tenía razón. Recordé el miedo que había pasado en mi último caso en Nebraska, y el buen criterio de Tom de dar la alerta antes de lo acordado. Quizá en otras

circunstancias le hubiera debido a él seguir con vida.

—Seguiré su consejo —manifesté, guiñando un ojo.

De súbito el timbre de la puerta nos sobresaltó, como si un trueno hubiera restallado en mitad del salón.

—Debe de ser Gloria.

—¿Gloria? ¿Quién narices es Gloria?

—La mejor amiga de Emily Lee. Hablé con ella y pensé que sería buena idea que la escuchase usted mismo.

El detective abrió la puerta y saludó a una anciana de aspecto agradable y vestimenta un poco estrafalaria. Llevaba puesto un enorme sombrero y se cubría el torso con un pañuelo multicolor. Los dedos, huesudos y arrugados, los llevaba llenos de anillos. Desde luego tenía toda la pinta de ser la compañera de fatigas de una espiritista.

—Gloria, éste es el agente del FBI Ethan Bush, el hombre del que le hablé —dijo Worth, presentándonos.

Invitamos a aquella mujer peculiar a una taza de té y perdimos más de una hora en escuchar sus andanzas aquí y allá con su buena amiga Emily. Pensé que yo sobraba allí, y que Tom hubiera hecho muy buenas migas con la anciana. Pero si Jim había considerado que tenía que escucharla algún motivo sólido tendría. Cada cinco minutos me hacía un gesto con las manos, para que tuviese un poco de paciencia.

—Ya ven. Para mí su pérdida fue algo terrible. Todavía la echo mucho de menos —musitó Gloria, apesadumbrada.

—Cuéntele al agente Bush lo que me dijo. Lo que le confió su amiga —intervino Worth, aprovechando que la anciana había realizado una pausa para coger aliento y beber un sorbo de té.

—Emily no era una médium cualquiera. Ella era de las de verdad, quiero que le quede claro —me advirtió, apuntándome con uno de sus dedos.

—Seguro —dije, asintiendo e intentando que mi voz no sonase demasiado escéptica.

—Ustedes los de la costa este son todos unos descreídos. No comprenden nada.

Evité entrar en polémicas con la mujer y apercibirla de que yo, aunque residía en Washington, en realidad era oriundo de San Francisco, al otro extremo del país. Volví a asentir, sin más.

—Emily me dijo poco antes de fallecer que una bruma densa le impedía ver la verdad de este caso. Lo pasaba muy mal, porque sentía un aprecio sincero por la chiquilla.

Miré a Jim, desesperado, y estuve en un tris de levantarme, aduciendo un pretexto cualquiera y salir del salón en dirección a mi habitación, para seguir trabajando.

—Continúe, por favor, Gloria.

—Me comentó que se tardarían años en descubrir al asesino. Me aseguró que lo teníamos delante, pero que frente a la sinrazón poco puede el sentido común. Pero el

pasado persigue a los malhechores, y el paso del tiempo termina por hacer justicia a los que ya no se encuentran entre nosotros.

Llegado ese punto ya no pude resistir más la situación y solté un resoplido. Worth era un tipo estupendo y aquella anciana una persona adorable, pero yo debía investigar un homicidio y no me sobraba precisamente el tiempo del que ella hablaba.

—Maravilloso. Casi diría que es hermoso lo que me acaba de decir. Me ha emocionado. Le agradezco mucho sus palabras —musité, impertérito.

El detective volvió a afearme el gesto. Entretanto, Gloria sacó de su bolso un papel arrugado y me lo tendió.

—No tengo la menor idea de lo que pasaba por la cabeza de Emily esos últimos días de vida, pero sí que estoy segura de que es usted un joven insolente. Espero que madure pronto.

—Señora...

—¡Cállese! —exclamó, tajante, señalando el papel que me había entregado—. Emily me dijo que llegaría una persona a Jefferson, y que donde ella sólo había tropezado con niebla él encontraría la luz. Apuntó su nombre en esa hoja. Ahora léala...

Desdoblé con sumo cuidado el papel, amarillento y ya frágil. Nada más terminar de hacerlo pude ver lo que la médium había escrito en su día: ETHAN BUSH.

Capítulo XXII

—Usted no creerá de verdad en estas sandeces —dije, tratando de disimular el impacto que ver mi nombre trazado en aquella hoja me había causado, una vez Gloria se había marchado y me encontraba a solas de nuevo con el detective.

—No sé, Ethan. Digamos que no soy una persona tan empírica como usted. Y lo que es innegable es que la médium puso su nombre en ese papel hace mucho tiempo, ¿cómo diablos se lo explica?

Los seres humanos nos enfrentamos desde el origen de nuestra especie a incontables preguntas sin explicación. Para muchas ya hemos encontrado una respuesta lógica y científica, pero quedan infinitas sin una contestación definitiva. Yo por entonces, y todavía ahora, me resistía a aceptar que un ser superior o un poder enigmático se encontraban detrás de hechos y fenómenos extraordinarios. La impaciencia y el miedo nos han condenado desde siempre a aceptar respuestas en muchas ocasiones, como mínimo, extravagantes.

—Pudo haberlo hecho esa buena mujer. Está mayor, necesita quizá llamar la atención. Gloria sabe, al igual que todo el condado, que ando por aquí y conoce de sobras mi nombre. Sólo tuvo que buscar un papel viejo por su casa y listo, ¡ya tenemos un fenómeno paranormal! —argumenté, sin convicción, pero efusivamente.

Worth se rascó el mentón y se quedó mirando un rato el folio, que yo había dejado a su lado. Su expresión me indicaba que no le había persuadido con mi disquisición.

—Demasiado retorcido. Podríamos hacerle pruebas grafológicas y estudiar la tinta al microscopio. Eso nos sacaría de dudas.

—Sí, claro, y si lo desea también podemos llamarla para que pase la prueba del polígrafo. No le vamos a dedicar ni un segundo más a este asunto.

—Tuve mis reticencias, pero creí conveniente que lo supiese. Lamento haberle molestado —murmuró el detective, cabizbajo.

Comprendí que podía haber herido los sentimientos de Worth con mi reacción sobreexcitada y mi tono irónico. No se lo merecía. Y además, no podía permitirme el lujo de perder al único policía de todo Jefferson tan interesado como yo en descubrir la verdad sobre la muerte de Sharon Nichols.

—Y le estoy infinitamente agradecido. Yo hubiera hecho lo mismo en su lugar. Nunca se sabe. En Nebraska una médium acertó de chiripa algunas cosas que luego en verdad me ocurrieron, más o menos como ella había vaticinado. Yo tampoco le encuentro una explicación a aquello, pero me niego a pensar que aquella mujer, Juliet —me resultaba imposible olvidar su nombre—, tuviera poderes o la capacidad mágica de prever el futuro. No me cabe en la cabeza como persona; pero considero que jamás deberíamos especular, pese a nuestras creencias, con estas... naderías —

acerté a decir, tratando de no caer en la ofensa— en el curso de una investigación policial.

—No se hable más. Será mejor centrarnos en Duane Malick y en Elijah Allen, al que pretende entrevistar mañana.

Nos pasamos varias horas repasando los expedientes y entrevistas realizadas a ambos. Nos olvidamos de comer, de ir al baño y casi de respirar. Me tomé la molestia de comprobar lo que Duane había comentado el año anterior, cuando lo interrogué en compañía de Liz.

—Malick ya admitió que había quedado con Sharon el sábado de su desaparición, pero nos dijo que jamás llegó a encontrarse con ella —manifesté, agitando en el aire la transcripción del encuentro.

—Ya. Pues tenemos un serio problema, porque en 1998 al no encontrarse en la lista de sospechosos nadie comprobó si tenía una coartada. No olvide que fueron ustedes los que sacaron a la luz que había mantenido un lío con la chica.

—Quizá sea algo que ahora mismo estemos a tiempo de descubrir.

—No le comprendo...

—Es posible que mi compañera Liz se encuentre en este preciso instante cenando con Susan Sturm, la exesposa de Malick —manifesté, mientras le mandaba un mensaje para que pudiese abordar la cuestión, si es que no se la había planteado por iniciativa propia.

—¿Qué hace?

—Un mensaje...

—¡Por el amor de Dios! Llámela y déjese de tonterías.

—No puedo asumir el riesgo. Susan no está en plan colaborador y telefonear en este momento sería una torpeza si han llegado a un punto caliente.

—¿Un punto caliente?

—El momento en que la otra persona se abre, se confía y suelta de una maldita vez todo lo que lleva dentro. El mensaje es más sutil, y Liz sabrá leerlo sin llamar la atención. La conozco. Es muy hábil. Es la médico forense con más conocimientos de psicología con la que me he topado hasta la fecha.

El detective sonrió y me dio una pequeña palmadita en el hombro.

—Está mejorando, Ethan. Da gusto escucharle hablar así de su equipo. Me emociona.

No pude contestar a Worth porque Tom llegó, armando un jaleo tremendo, como si no esperase encontrarse a nadie en el salón. Al menos venía cargado con varias bolsas de comida preparada.

—Ya veo que me estabais esperando para la cena. Como soy un caballero he pensado en vosotros —dijo mi colega, mientras posaba sobre la mesa la comida. Cómo no, eran hamburguesas y montones de patatas fritas, pero al menos podía consolarme con que parecían procedentes de algún restaurante de Lawrence de calidad.

—No le hagas ni caso Jim, esto es capaz de zampárselo él solito mientras ve un rato la televisión antes de irse a la cama —musité, medio en broma.

Tom se sentó en el sofá. Traía una libreta y me la puso delante de las narices.

—No te mereces que me deje el pellejo por las calles para que la gente cante hasta el apellido de sus tatarabuelos.

—Eso sólo puede significar que ha sido una jornada fructífera —dijo Worth, intrigado.

—Podríamos decir que sí.

Mi colega ya comenzaba a jugar al gato y al ratón, algo en lo que era especialista y con lo que disfrutaba como un niño.

—No nos marees a estas horas, te lo ruego. Estamos demasiado cansados. ¿Qué has podido sacar?

—Lo que imaginaba. El profesorcito no es trigo limpio. Al menos no nos contó la verdad. La gente olvida el pasado, pero el pasado no nos olvida a nosotros. Al contrario, nos persigue.

—¿Te has pasado todo el día con los estudiantes de filosofía? —pregunté, mordaz.

—Pudiera ser... He tenido tiempo de darle vueltas al coco mientras regresaba hasta aquí. Todavía me sorprende que la gente mienta con tanto descaro.

—Nosotros también mentimos —murmuró Worth, sonriendo de forma maliciosa.

—Digamos que nosotros más bien intentamos ocultar la verdad, que es algo muy distinto. Mentir te pone en una situación muy delicada, y como somos más conscientes de ello que el común de los mortales somos más precavidos.

El detective asintió, al tiempo que elegía una hamburguesa. Ambos llevábamos horas trabajando sin probar bocado. Yo por mi parte intenté cambiar de tema, pues no me sentía cómodo hablando acerca de la mentira, una herramienta que formaba parte por aquel entonces de mi hornada de artimañas.

—Déjate los circunloquios para otro momento. ¿Qué has descubierto?

—El profesor salió varias veces con Sharon. Y no por la universidad o por los alrededores de Lawrence. Quizá era muy arriesgado. Hacían excursiones hasta Columbia o Wichita, y así evitaban de algún modo que los pudiesen reconocer. No es seguro, pero al menos tengo constancia de tres citas.

El detective casi se atraganta con la comida. Bebió un sorbo de refresco e intentó recuperar la compostura.

—¿Cómo diablos has descubierto eso?

—Echándole imaginación, como siempre —respondió Tom, con ese asomo de arrogancia que impostaba con tanto garbo.

—¿Algún profesor de aquella época? —pregunté, tratando de no darle la oportunidad de impacientarnos.

—La señora Smith.

—¡Su esposa! —exclamó Worth, con los ojos abiertos como platos.

—No, no... Mary Smith, su madre.

Me quedé tan atónito como el detective. Tom era capaz de todo, pero arrancarle una confesión así a una madre ya me parecía el *sumun* de la persuasión.

—¿Cómo narices lo has conseguido?

—Efectivamente al principio ha tenido que ser un excompañero el que me pusiese detrás de la pista. Él no estaba muy seguro. Ya no trabaja en la universidad, pero como tantos otros siempre sospeché que James tenía un lío con la joven. De hecho se lo llegó a preguntar directamente, pero según la versión que me ha dado se lo negó de manera rotunda.

—Entonces... —musitó Jim.

—Me sugirió que fuera a ver a su madre. Vive sola en una casa a la afueras de Paola. El padre falleció hace unos años. Pensé que no perdía nada por acercarme. Compré unas bonitas flores de camino y preparé mi mejor sonrisa.

—No me lo puedo creer —mascullé, hablando en voz alta conmigo mismo.

—Me llevó un rato —prosiguió mi colega, sin hacer caso de mi comentario, exultante y seguro—, tuve que emplearme a fondo y desde luego zamparme algunas pastas caseras de avena y pepitas de chocolate, pero al cabo de media hora estaba sollozando y contándome lo que sabía.

Worth no tardó ni un segundo en ponerse a repasar algunos papeles. Me sorprendió lo rápido que localizó lo que andaba buscando.

—Pero los padres de Smith en su día declararon que no tenían la menor idea de lo que su hijo hacía en la universidad, y mucho menos de quién era esa joven a la que habían asesinado.

—Lo sé. Pero por lo visto la gente del *sheriff* Johnson se rindió pronto, o yo he tenido la suerte de cara. El chivatazo del antiguo amigo de James disparó mi intuición y presioné a la señora Smith. Le recordé que había una joven esperando a que se le hiciese justicia desde hacía casi veinte años. Y se derrumbó. Me aseguró que era imposible que su hijo hubiera hecho aquello, pero que debía contar la verdad, porque la duda le atormentaba desde entonces.

—¿La duda?

—Ella cree o quiere creer que su hijo no tuvo nada que ver en el asunto. Pero en su día dejó una caja en el sótano de la casa de sus padres. Les dijo que eran apuntes de la carrera que ya no iba a necesitar, pero que deseaba guardar por razones sentimentales. Me llevó hasta la caja y efectivamente había varias carpetas con notas y demás. Pero también, al fondo, la señora Smith encontró un día que se decidió a rebuscar unas fotografías y una carta.

—Joder —murmuró Worth, sin poder controlarse, y ya imaginado lo que venía a continuación.

—Sí, eso es, joder... Tres fotos del profesor con Sharon. La carta es muy breve, pero en ella James le confiesa a Nichols que está dispuesto a largarse con ella a otro estado, incluso a otro país si hace falta, e iniciar juntos una vida nueva. Estaba loco

por la chavala.

—Es, es imposible... —dije, tartamudeando, y pensando de inmediato en Patrick. Sentí que hablaban de mi propia hija; de una hija que desde luego yo no tenía. Igualmente, me negaba a aceptar que Sharon hubiera sido capaz de jugar a tantas bandas al mismo tiempo. ¿Qué pasaba por la cabeza de aquella joven con tanto porvenir? ¿Cómo podía manejarse de un modo tan frívolo después de haber recibido una educación ejemplar?

Tom se giró para mirarme. Intuyó lo que estaba pasando por mi cabeza y me zarandeó levemente.

—Jefe, no te lo tomes como algo personal. No es nada que te incumba, no es ni tu sobrina ni tu hermana. Espero que no actúes como lo haría un tío o un hermano: negando la realidad.

—¿Tienes alguna prueba? —pregunté, aferrándome a un último clavo ardiendo.

Mi colega abrió su libreta por el final y puso sobre la mesa las tres instantáneas y la carta. El detective se limpió las manos con una servilleta y cogió las fotografías.

—Son ellos. Sin lugar a dudas.

—¿Reconoce dónde están?

—Estas dos son de Wichita. La otra imagino que será de Columbia, aunque no estoy seguro. Habrá que comprobarlo.

—Y la nota, ¿cómo es que está en poder de la madre? Se supone que la escribió el profesor para Sharon.

—Ya, lo sé. Ella no tenía respuesta —dijo Tom—, pero yo sí que he encontrado una posible razón.

—¿Cuál? —inquirí, impaciente.

—Nichols se la devolvió. Es decir, no aceptó el plan. Ya tenía cerrado lo de Duane Malick, o vete a saber. Estoy por citar a una espiritista para que nos eche una mano —manifestó mi colega, partiéndose de la risa.

—No tiene ninguna gracia —repliqué, con brusquedad.

—Es cierto, jefe. Disculpa. Pero tenemos que darle un toque de humor al asunto. Esto se está enmarañando más de lo que ya imaginábamos, y es como si lo que hace veinte años hubiera quedado sepultado y bien enterrado ahora estuviese saliendo a la superficie. Insisto, no es algo personal. No dejes de repetírtelo.

Tom tenía, desde un punto de vista estrictamente profesional, toda la razón del mundo. Pero por desgracia *sí* que era una cuestión personal. Por desgracia *sí* que me afectaba en lo más hondo de mi ser. No podía evitarlo.

—Tendremos que realizar pruebas grafológicas a la nota —apuntó el detective, desviando mi atención hacia lo más rutinario y práctico.

—Mañana ya tendremos aquí a Liz y todas estas cuestiones podremos agilizarlas —manifesté.

—¿Nos acercamos a visitar al profesorcito? —preguntó mi colega, frotándose las manos.

—No, todavía no. Iremos tú y yo juntos. Mañana debo ir a Kansas City a recoger primero a Liz. Después entrevistaremos a Elijah Allen. ¿Has podido sacar algo nuevo de Nancy Hill?

—Pero quién te has creído que soy... Lo de Smith me ha llevado toda la jornada. No he podido hacer otra cosa.

—En tal caso ya tienes tarea para no aburrirte —dije, sonriendo.

—Con este caso es imposible.

—Estamos cada vez más cerca de la verdad —dijo Worth, un tanto eufórico—. Me parecía imposible, pero creo que vamos a ser capaces de resolver este caso.

—No te quepa la menor duda. Y por cierto, deja de comer, que yo también tengo hambre y he sido el que ha pagado las hamburguesas.

Los tres nos carcajamos a gusto. Era un modo de romper con la tensión que nos atenazaba: la falta de pruebas, las evidencias confusas, la poca colaboración del *sheriff* y el tiempo apremiante que seguía su curso impasible. De repente la vibración de mi teléfono me arrancó de aquel instante maravilloso y efímero de felicidad. Era Liz.

—Acabo de llegar al hotel. Estoy rota y deseando ir a la cama, pero tenía que llamarte.

—Te escucho. Estamos ahora mismo cenando juntos Jim, Tom y yo.

—Me ha costado tres horas arrancarle esta confesión, pero Susan asegura que se despertó la madrugada del domingo de la desaparición de Sharon y que su marido no estaba en la cama con ella. Hasta lo de 2012 no le dio importancia, era algo casi ridículo. Pero esto lo cambia todo.

Tardé en responder. Sujetaba mi *Smartphone* mientras millones de especulaciones se agolpaban como un torrente en mi cabeza. Liz había hecho un trabajo extraordinario, que era justo lo que yo esperaba de ella.

—Ethan, ¿me escuchas? No sé si comprendes el alcance de lo que esto significa.

—Claro que lo entiendo —dije al fin—. Duane Malick no tiene coartada para la noche del asesinato de Nichols.

Capítulo XXIII

Yo no tardé en irme a la cama a descansar, a pesar de la convulsión que la llamada de Liz había provocado. Pero Worth y Tom se quedaron hasta altas horas de la madrugada, según supe posteriormente, debatiendo acerca del tema. Lo que sí hice fue volver a poner en uno de mis cuadernos el listado de sospechosos más probables, de cara a mi encuentro con mi colega a primera hora del día: Elijah Allen —al que precisamente íbamos a visitar—, Nancy Hill, Vera Taylor, James Smith y el que tenía la mayor parte de los boletos para el sorteo... Duane Malick.

Me acerqué en el *Spark* hasta Kansas City y recogí a Liz en el aeropuerto. La besé y la abracé como hacía mucho tiempo que no lo hacía, como a ella le hubiera gustado que actuase con frecuencia. No fingí, hice lo que me salió del corazón. La había echado mucho de menos, en todos los aspectos.

—Estás muy cambiado. Te ha sentado bien el regreso a Kansas. Al final ibas a tener razón y todo —dijo, con una sonrisa de oreja a oreja.

—No creo que sea eso. Es el hecho de verte. Estás preciosa, resplandeciente. Necesitaba estar contigo ya mismo. Has llegado en el momento justo —musité, sin reconocerme a mí mismo.

—Ethan, ¿te encuentras bien?

—Ahora mismo sí —respondí, estrechándola de nuevo entre mis brazos, sintiendo su cuerpo y dando gracias por estar aspirando el olor de su piel.

—Pues la verdad es que ojalá no cambies mucho; aunque me da igual si esta actitud es debida a la nostalgia, al cansancio o al consumo de sustancias psicotrópicas.

Los dos nos echamos a reír en mitad del *parking* del aeropuerto. Parecíamos dos críos que acaban de empezar a salir juntos. Ella tenía razón: mi comportamiento era insólito.

—¿Cómo diablos lograste que Susan te contara lo de Duane? —inquirí, apenas nos había puesto los cinturones.

—Me costó. Tuve que esforzarme, tuve que manejar me con tacto y al mismo tiempo mostrarme incisiva y rotunda.

—Sólo tú podías conseguirlo. Sólo estando cara a cara era posible...

—Es verdad. Creo que no lo hubiera conseguido de ningún otro modo. Susan es como si hubiera echado la persiana a su anterior vida y estuviese obcecada en olvidar el pasado. Sólo le preocupa su futuro en Seattle. Casi ni hablamos de sus hijos.

—Para ella supuso un *shock*, hasta cierto punto es normal —aduje, poniéndome en la piel de Sturm.

—Ya, pero han pasado cuatro años desde que se dio de bruces con la verdad. Y además está en juego esclarecer un homicidio. No es ninguna broma.

Mientras conducía le daba vueltas a cómo encarar el encuentro con Malick, pese a que lo inminente era vernos con Elijah Allen. De alguna forma pensaba que Duane era con casi total seguridad el culpable. Pero ya me había llevado sorpresas en el pasado, de modo que no quería precipitarme. Sólo en Detroit, mi primer caso sobre el terreno, había sido capaz de acertar de lleno sin sobresaltos.

—¿Crees que aún ama a su exesposo?

Liz me miró y después se quedó unos segundos contemplando la carretera, como si la respuesta se hallara entre los coches que nos precedían, o más allá, en el lejano horizonte.

—Puede ser... Piensa que fue un buen marido y que sigue siendo un padre maravilloso. Lo dejó porque las dudas y la mentira la atormentaban, pero en el fondo no cree que Duane fuera capaz de matar a Sharon.

—¿Testificaría en un juicio?

—Ya te lo dije en su día: no saqué el tema en ningún momento. No se daba la coyuntura, no era para nada la ocasión. Si después de vernos con Malick precisamos de algo más de ella cojo un vuelo otra vez a Seattle y la convenzo.

—Mierda, Liz, sin una declaración firmada o su compromiso de ir a juicio no tenemos nada.

—Sí tenemos algo. Tenemos la verdad acerca de lo que sucedió aquella noche. Tenemos lo que Duane nos ocultó, que no es poco. Si somos hábiles se derrumbará cuando lo interroguemos.

Liz tenía parte de razón. Pero por otro lado hay sujetos que son capaces de mantener la sangre fría incluso en las peores circunstancias, incluso ante pruebas evidentes. Malick me daba la impresión de ser un tipo mucho más calculador e inteligente de lo que aparentaba.

—Casi me dan ganas de empezar a rezar...

—No estaría mal, para variar.

No pude evitar soltar una risotada. Estaba de buen humor, y posiblemente hubiera deseado conducir toda la vida en aquel diminuto *Chevrolet* en compañía de la mujer más fabulosa que jamás había conocido.

—Ya me estoy haciendo mayor para volver a cambiar.

—Nunca es tarde. Bueno, y por aquí, ¿cómo van las cosas?

—Estamos hechos un lío. Te necesitamos para que nos ilumines —le dije, tendiéndole la *Moleskine* en la que la noche anterior había anotado los nombres de los principales sospechosos y algunas de mis impresiones con respecto a cada uno de ellos.

Liz se quedó mirando fijamente la hoja. Su gesto alegre se ensombreció de repente y comprendí que algo no marchaba bien.

—¿Ya te has reunido con Vera Taylor?

La pregunta, formulada en un tono demasiado neutro, me dejó perplejo. No la esperaba. Aferré con fuerza el volante y me dispuse a contarle la verdad. Supuse que

era lo mejor que podía hacer.

—Sí, estuve en su casa. Ya has leído lo que opino acerca del encuentro. Pero hay algo que no está en las anotaciones...

—Ya me resultaba tan extraño todo. Te escucho con atención.

—Cuando ya me marchaba de su casa me besó. Sólo fue eso. Me pilló desprevenido. Le conté lo nuestro y ella aceptó la situación. No volverá a molestar. Pero era importante contártelo.

Mientras hablaba sentí que uno de los párpados comenzaba a temblarme, como cuando entrenaba demasiado tiempo y sudaba en exceso y mi cuerpo me recordaba que necesitaba una bebida isotónica con urgencia. Pero aquello eran sólo nervios.

—¿Te sientes culpable? —preguntó Liz, con parsimonia.

—Un poco. Quizá por eso estaba deseando verte y decírtelo.

—Ethan, ¿sientes algo por esa mujer? Te ruego que seas sincero.

—No siento nada por ella. Sólo me perturba, nada más. Pero estoy enamorado de ti.

Ella mantuvo un largo silencio que a punto estuvo de hacerme perder los nervios. Debía saber controlarme, aceptar el rapapolvo y mantener la cabeza gacha. Lo importante era salvar nuestra relación.

—Me alegra escuchar eso. No quiero que vuelvas a visitarla solo. Si es necesario que la entrevistes hazlo en la oficina del *sheriff*, o ve a su casa en compañía de Worth.

—Puedes venir tú conmigo —sugerí, tartamudeando.

—No quiero ver a esa mujer nunca más. Yo soy forense. Yo en realidad no tendría que estar hoy contigo en la reunión con Allen, ni en la futura entrevista con Duane, y mucho menos debería haber ido Seattle a arrancarle la verdad a Susan Sturm. Yo debería limitarme a estudiar pruebas y a cotejar los análisis que lleguen desde Washington.

—Liz, tú eres imprescindible.

Ella giró la cabeza y contempló los campos de cereales que se extendían a lo largo de la US-73. Apenas nos quedaban un par de millas para llegar a Atchison.

—No lo tengo claro, Ethan. Tú sí que eres indispensable en mi vida. Yo necesito a alguien y creo haber encontrado a la persona adecuada. Yo nunca te he dejado, como tú hiciste. Hay días en los que pienso que estás muy enamorado y otros en los que siento que no te importa nadie; que todas las personas, incluida tu madre, te traen sin cuidado.

A Liz no le faltaba razón. Pero algo estaba cambiando. Empezaba a transformarme, aunque no a la velocidad que a ella le hubiese gustado y que desde luego hubiera sido deseable, no sólo en el ámbito emocional.

—No puedo alterar mi comportamiento de golpe. No es posible. Pero sé que estoy en el camino. Y también tengo muy claro que ese camino quiero recorrerlo a tu lado.

Ella se giró y me acarició suavemente el rostro. No lloraba, pero sí que estaba emocionada.

—Sólo los hechos y el tiempo demostrarán lo que manifiestas. De momento aquí estoy, pegada a ti en este diminuto y acogedor coche.

No deseé añadir nada más a la conversación, pues consideré que había llegado a un punto satisfactorio. Cambié bruscamente de tema y le puse al tanto de lo que sabíamos de Allen mientras trataba de aparcar en los alrededores de su agencia inmobiliaria.

—¿Quién hace de malo? —preguntó Liz, nada más bajar del vehículo.

—Yo. Sé que tú te vas a cebar con Duane Malick, de modo que pórtate como una buena chica e intenta mostrar tu mejor cara a este tipo. Y te ruego que no me sueltes patadas por debajo de la mesa. Después me paso semanas con moratones en las espinillas y corriendo medio cojo.

—Si no fueses tan necio nadie tendría que avisarte de que estás al borde del precipicio.

Y es que Liz sabía mejor que nadie que ella no era la única que me intentaba controlar cuando me precipitaba: Wharton, Tom, Mark y muchos de los agentes con los que había trabajado sobre el terreno me habían salvado en varias ocasiones. Eran la red protectora de un funámbulo demasiado loco y descarriado.

En la recepción de la agencia preguntamos por Elijah Allen. No habíamos concertado cita, de modo que podía encontrarse en la oficina o hallarse en cualquier otro lugar. Tuvimos suerte.

—¿Quién pregunta por él?

—Ethan Bush y Liz Bishop, agentes del FBI.

La recepcionista nos miró asombrada y en apenas un segundo nos guiaba hasta un formidable despacho. Un hombre alto, de espalda ancha y todavía en buena forma nos recibió mostrando su mejor sonrisa. El quarterback que había sido en la juventud todavía se percibía en su imponente presencia. Nos presentamos y se mostró agradable e incluso simpático. Imaginé que como vendedor de casas no tendría precio, porque era capaz de meterse a cualquiera en el bolsillo en un instante.

—Les mentiría si les dijese que no esperaba su visita. Bueno, en realidad no la de agentes del FBI, evidentemente, no creía que el asunto fuera tan en serio; pero sí la de agentes de Oskaloosa o Topeka.

—¿Y eso? —pregunté, ingenuamente.

—Hace unos días un periodista estuvo por aquí cotilleando, y me comentó que el caso de Sharon había sido reabierto.

Recordé que Tom había visitado, pese a mis advertencias al respecto, a Allen. Me había comentado la conversación e incluso había redactado un breve informe, pero no las tenías todas conmigo y no sabía si mi colega habría podido meter la pata en algo. Entretanto Liz me lanzaba ya un puntapié, pues no le había dicho nada al respecto.

—La maldita prensa siempre intentando ir un paso por delante de nosotros —dijo ella, sin perder un ápice la compostura.

—Disculpen la indiscreción, pero ¿por qué el FBI está metido en este asunto?

Liz carraspeó un poco, indicándome que lidiara yo con aquella pregunta que tenía todo el sentido del mundo.

—Es un tema confidencial. No podemos revelar nada, como comprenderá, pero es posible que esté vinculado con otros casos recientes. Es todo lo que puedo decirle —contesté, con aplomo. Además, pensé que así él se sentiría más aliviado, al considerar que la investigación abarcaba a más estados y, probablemente, a otros homicidios, por lo que él estaba fuera del círculo de sospechosos.

—En fin, no termino de hacerme a la idea, pero ustedes sabrán mejor que nadie lo que se hacen —manifestó, algo incómodo, Allen—. ¿En qué puedo ayudarles?

—Tenemos entendido que usted y Sharon fueron novios por aquella época —dijo Liz, usando un tono muy cordial.

—Bueno, no exactamente novios. Salimos alguna vez juntos, poco más. Chiquilladas, ya me entienden. Teníamos sólo 18 años y acabábamos de llegar a la universidad.

—¿Conocía bien a Nichols?

—No, no mucho. Ni siquiera nos sentábamos cerca en las aulas. No estábamos enamorados, en el sentido estricto. Ella me gustaba y yo le gustaba a ella, nada más. Los dos cursábamos el mismo grado y los dos éramos deportistas becados. Había coincidencias, pero tampoco pasábamos mucho tiempo juntos.

—Y considera que Sharon tenía enemigos dentro del campus, alguien que pudiera odiarla hasta el punto de acabar con su vida.

—No, no lo pensé entonces y sigo sin creerlo ahora. Sí que había personas que la envidiaban: era guapa, lista y encima tenía un futuro como atleta muy prometedor. Apuesto a que hubiera llegado a representarnos en alguna Olimpiada. Pero de eso a matar existe una diferencia muy grande. Tuvo que ser alguna persona de Jefferson, incluso de los alrededores de Albion. Alguien que la llevase tratando años.

—Una amiga de la infancia, por ejemplo —sugirió Liz, apuntando de manera evidente en una dirección.

—No lo sé. En su día la policía no fue capaz de hallar al culpable, no digamos lo que puedo hacer yo veinte años después. Pudo tratarse de alguien no tan cercano, pero con el que mantenía trato. Vete a saber.

—Le dolió la pérdida de Sharon.

Elijah posó las dos manos sobre la mesa y apretó las palmas contra la madera noble. Era un tipo robusto, pero en aquel instante me pareció endeble, frágil como una construcción de naipes.

—Sí, lo sentí mucho. Nos impactó. Estas cosas no suceden por aquí. Las ves en las noticias, y te parecen sacadas de una película. Es como si se las inventasen. Durante semanas acudí a clase esperando que en cualquier momento ella llegara tarde y pidiera permiso al profesor para tomar asiento. Pero, obviamente, eso jamás sucedió. Tardamos en asimilarlo.

—¿Qué fue lo primero que le vino a la cabeza?

—Bueno, es un poco horrible... Pensé que la habían raptado para violarla o algo parecido. Después, con el tiempo, fueron saliendo a la luz aspectos del crimen que descartaban esa circunstancia. Fue entonces cuando comencé a especular con otras posibilidades.

—¿Qué posibilidades? —pregunté, interviniendo con cierta aspereza.

Allen se me quedó mirando. Hasta el momento había mantenido casi una conversación amigable con Liz, como si yo no estuviera presente. Mi tono le había sorprendido y le incomodó.

—Es que no deseo comprometer a nadie...

—Eso déjelo de nuestra cuenta. Mencionar a una persona no la hace culpable de nada.

—Nancy Hill. Compartía apartamento en el campus con Sharon.

—¿Conocía usted a Hill?

—Claro que la conocía. Ambos nos criamos en Emporia. Creo que se vino a estudiar a Lawrence sólo para seguirme los pasos.

—¿Por qué sospecha de Nancy? —inquirió Liz, recuperando un tono mucho más cordial.

—Sentía unos celos terribles hacia Sharon. Casi diría que la odiaba. Lo sabía mucha gente, pueden preguntar a más personas.

—Y la causa de esos celos...

—Mi relación con Nichols. Ella estaba colada por mí y no soportaba la situación. Insisto, no la estoy acusando de nada, pero nunca he dejado de darle vueltas a la idea.

—Pero Hill se encontraba en Emporia la noche del secuestro y posterior asesinato de Sharon. Es una coartada muy sólida —argumenté.

Allen agitó la cabeza y después me hizo un gesto afirmativo.

—De eso me enteré después. Ustedes preguntan y yo respondo. Ahí se acaban las posibilidades.

—Y usted, Elijah —comencé, clavándole las pupilas en el rostro—, ¿no sentía también algo de despecho?

—¡Cómo! Yo no soy capaz... Yo en mi vida...

—Tenemos entendido que Sharon rompió esa relación tan fugaz, pero que usted no se lo tomó nada bien —incidí, intentando sacarlo de quicio.

—Eso es mentira. Sí, ella puso fin a lo nuestro, que no era en realidad nada. No me agradó, pero se me pasó de inmediato. No estábamos comprometidos, ni si quiera me atrevería a decir que fuéramos novios. Es una estupidez pensar que alguien puede matar por una chorrada semejante.

—Hay gente muy extraña. Y a lo mejor usted estaba mucho más enamorado de lo que nos intenta mostrar —musité, hablando muy despacio.

Allen se puso en pie. Estaba irritado, aunque no especialmente nervioso. Mantenía la corrección pese al enorme enfado que mis palabras le habían provocado.

—Les he recibido de buena fe. No pensaba que esto fuera un interrogatorio ni que

yo fuese sospechoso de nada. Si quieren seguir hablando tendrá que ser en presencia de mi abogado. La charla ha llegado a su fin.

Me incorporé para estrecharle la mano, sonriente. Había jugado mi papel de malo de la película y debía rematar la faena.

—Por supuesto, señor Allen. Su colaboración es voluntaria, y llega hasta donde decida. Es una pena que no nos aclare lo de su coartada.

—¿Mi coartada?

—Sí, bueno. Las estamos revisando. Nancy estaba muy lejos, pero usted fue visto por última vez a la una de la madrugada del domingo y ya nadie manifiesta estar a su lado hasta las diez de la mañana.

—Por favor... Estuve en mi habitación, durmiendo, como todo el mundo. Además, usted mismo lo ha dicho, estuve con unos amigos hasta la una. Sharon desaparece a las nueve del sábado. Repase los apuntes del caso antes de insinuar nada —manifestó Elijah, un poco alterado, pero intentando ser educado hasta el final.

Yo fingí consultar en uno de mis cuadernos algunos apuntes, aunque sabía perfectamente lo que iba a decir. Era sólo un poco de teatro para impresionarlo.

—Hemos revisado el caso, señor Allen. Precisamente por eso su coartada ahora está en entredicho. Y por cierto, veo que tiene una excelente memoria para algunas cosas.

El antiguo quarterback casi nos echó de su agencia y nos dijo que no volviésemos a molestarle sin una citación, porque hasta allí había llegado su colaboración. También nos amenazó con poner al tanto a su abogado y estudiar si podía demandarnos o algo por el estilo.

Liz y yo caminamos en silencio hasta el lugar en el que habíamos aparcado el coche, pero nada más meternos en él nos pusimos a comentar la jugada.

—¿Qué opinas? —pregunté.

—Le has pinchado bien. Ha perdido un poco los nervios, pero dudo mucho que sea el culpable.

—¿En qué te basas?

Liz me mostró un cuaderno en el que había estado tomando algunos apuntes.

—Yo también sé fijarme en los gestos y escribir en una libreta.

—Vaya, menuda novedad. Estaba tan atento de Allen que ni me he fijado —susurré, gratamente sorprendido.

—No se ha alterado en exceso. Ha colaborado. No se ha puesto a sudar ni ha golpeado la mesa. Nos miraba a los ojos cuando hablaba y hasta que tú le has ofendido con tus insinuaciones ha respondido a nuestras preguntas con cordialidad.

—La forma de actuar de alguien que dice la verdad.

—Exacto.

—O de un maldito psicópata, frío como el acero.

—Ethan, ¿te ha parecido ese hombre un psicópata?

—No, pero no sería la primera vez que uno de esos engendros me engaña por

completo. No llevan un cartel en la frente, ya lo sabes.

La vibración de mi teléfono zanjó el interesante debate. Era Tom el que me llamaba.

—Jefe, hace unos minutos que he llegado a la casa de Patrick y tenías un nuevo mensajito.

—¿Otro anónimo?

—Sí.

—¿Lo has leído?

—Claro. Es el mismo estilo desfasado, con las letras pegadas a un folio en blanco. Menuda memez...

Al contrario que Elijah, yo sí que comencé a sudar. Unos terribles escalofríos me sacudieron las entrañas y sentí una rabia profunda.

—¿Qué es lo que dice?

—No te he telefoneado por eso.

Tom, como siempre, tenía la habilidad para sacarme de quicio justo en los peores momentos. Si lo hubiera tenido delante le hubiera arrancado el maldito papel de las manos.

—Me da lo mismo. Te ruego que me digas qué es lo que pone.

—Bueno, calma... Es muy escueto: «Último aviso».

—Mierda, Tom. Te noto muy tranquilo y esta vez sí que lo percibo como una amenaza. Vamos a tener que estudiar esas hojas a fondo y descubrir quién diablos está detrás de esta broma, que ya ha dejado de hacerme gracia —dije, muy airado.

—Si me hubieses dejado hablar no estaríamos perdiendo el tiempo. ¿Has olvidado que instalé una cámara?

Tom tenía razón. Con la excitación me había bloqueado y no había caído en la cuenta de que él había colocado una cámara minúscula en la entrada para descubrir si no al que elaboraba los anónimos por lo menos sí al que los enviaba.

—Es cierto, joder. Disculpa. Estoy un poco nervioso. ¿Quién lo ha llevado a la casa?

—Yo creo que la misma persona que los hace. Y no me lo esperaba. Menudo imbécil. Es el *sheriff* Stevens.

Capítulo XXIV

Apenas nos llevó media hora plantarnos en la casa de Nichols desde Atchison, pues pisé a fondo el acelerador por la 59. Liz intentó que me relajase, pero se me había desbocado el pulso y una rabia incontrolable se había apoderado de todo mi ser. Nada más aparcar entré en la casa y me encontré con Worth y con Tom que me aguardaban charlando tranquilamente en el salón.

—Quiero ver las malditas imágenes.

Mi colega se me acercó y me cogió por los hombros. No sabía si estaba serio o si iba a estallar a reír en cualquier instante.

—Jefe, tómate mejor un Valium antes. No pareces muy en tus cabales en este momento.

—Vamos, no me fastidies —repliqué, apartándole las manos con aspereza.

—Está bien. Como quieras...

Liz había entrado en la casa y los tres rodeamos a Tom, que en un iPad nos mostró la grabación. Se veía al *sheriff* Stevens aproximarse a la puerta, con total parsimonia, e introducir un sobre por la rendija inferior. Después se alejaba, igual de tranquilo. Se comportaba como el cartero que hace su trabajo cotidiano, sin darle mayor importancia a su labor. Resultaba absolutamente asombroso.

—No me lo puedo creer —susurré, desplomándome sobre el sofá.

—Puede tener un millón de explicaciones, Ethan —dijo Worth, sentándose a mi lado.

—Pues yo creo que ese hombre ha perdido el juicio. Esto no es ni normal ni tolerable —manifestó Liz, que aunque más calmada que yo estaba un tanto irritada con la situación.

—Podemos hacer tres cosas —dijo Tom, que parecía estar pasándose la bomba con todo aquello.

—Venga, a ver qué se te ha ocurrido... —le animé, mientras me frotaba con ahínco las sienes, intentando controlar una jaqueca que iba en aumento.

—Puedes telefonear a Wharton, comentarle lo sucedido y después esperar instrucciones.

Reflexioné unos segundos al respecto. No quise ni imaginar lo que podía pasar por la mente de mi superior a más de mil millas de distancia ante mi disparatado relato de los hechos.

—No me gusta, de momento.

—Podemos optar por no hacer nada. Creo que Stevens tiene algún motivo para actuar así y que más pronto que tarde lo vamos a descubrir. Sería como tener un as en la manga.

—Tom, me ha dejado tres anónimos. Y este último es bastante amenazador. No

vamos a quedarnos cruzados de brazos.

—Y la última opción. Mi favorita. Podemos acercarnos a la oficina ahora mismo los cuatro y reunirnos con él en su despacho. No creo que se atreva a ventilarnos a tiros a todos allí, con tantos testigos —dijo, carcajeándose—. En cualquier caso, por si las moscas, antes le dejamos un aviso a Mark. Al menos que alguien sepa lo que nos proponemos.

Mi colega hablaba como un mamarracho, y estaba feliz, como un crío que planea una travesura, pero sus propuestas eran juiciosas, y probablemente las únicas. Pese a que detestara la manera en la que Tom afrontaba la situación, con el tiempo debo confesar que me ayudó a sobrellevarla mejor.

—Está bien. Haremos lo último que has dicho. Ve hablando con Mark mientras nos preparamos.

Tom se puso a telefonear a Quántico y yo hiperventilé, como hacía de joven antes de iniciar una competición.

—Ethan, no me apetece nada estar presente en esta reunión. Yo no creo que Stevens haya perdido la cabeza. Pienso que ha cometido una estupidez mayúscula, pero imagino la causa —me susurró Worth al oído.

—Lo siento, Jim, usted viene con nosotros. Le necesito. Jamás había estado tan enfadado. Su presencia y la de Liz son para mí como el Valium que Tom desea que me meta en el cuerpo.

El detective asintió con desgana. Desde luego que le estaba haciendo una jugarreta casi obligándole a acompañarnos.

—Está bien, pero me mantendré al margen. Me deja usted en una situación muy comprometida.

—Depende.

—No le comprendo...

—Quizá hasta sea una oportunidad. Todo se dilucidará en breve.

Cuando Tom terminó de hablar con Mark, al que por cierto no le gustó nada nuestro magnífico plan, nos montamos en el coche y nos dirigimos a la oficina del *sheriff*. En la recepción nos comentaron que estaba en su despacho. Sin esperar más datos me dirigí, seguido por mi amplia comitiva, hacia el mismo y abrí la puerta sin llamar. Stevens se sobresaltó al vernos aparecer de golpe en la estancia y después no fue capaz de disimular su enojo.

—Espero que hayan encontrado al maldito asesino de Nichols, porque de otro modo van a tener que darme muchas explicaciones.

—¡A la mierda, Clark! No está en condiciones de pedir explicaciones. Aquí el que pone las reglas soy yo —grité, dando un portazo para mitigar el jaleo que estábamos organizando.

—¿Está majara, Ethan? ¿Qué mosca le ha picado? Es usted un tipo raro, pero jamás me imaginé que llegara a este extremo.

—Tom, por favor, enseñale a nuestro querido *sheriff* lo que hemos grabado.

Mi colega se acercó a la mesa del *sheriff* con el iPad y le puso la grabación de la cámara de la entrada. Tom ya no parecía tan animado como en la casa de Patrick, y por otro lado la expresión de Stevens se transmutó: era la viva imagen de un cadáver.

—Cómo... Cómo han obtenido este vídeo... —tartamudeó, lívido y aterrado.

—Después del segundo anónimo instalamos una cámara de vigilancia. Es usted un imbécil, además de un patán. ¡Qué esperaba!

—Creí que no sería capaz de tocar nada. Es la casa de su amigo Patrick...

El *sheriff* estaba desconcertado, lo que a su vez a mí me dejaba perplejo. Había actuado como un vulgar primerizo, como un adolescente que no sabe ni lo que hace.

—Pues se equivocó. Unos anónimos amenazantes no son ninguna broma. ¿Qué diablos pretende?

—Que se vaya de aquí. Que nos deje vivir en paz. Que deje descansar a los muertos y que no monte alboroto. Ya bastante sufrimos el año pasado. El condado estaba de nuevo tranquilo, este verano ha sido fabuloso y la comunidad volvía a respirar con alivio.

—Genial, ¡y soy yo el que mató a Sharon Nichols! —exclamé, golpeando con mis puños la mesa.

—Cálmate, Ethan —musitó Liz.

Tom se acercó hasta donde me encontraba y me dio una palmada en el hombro. Él también tenía la cara pálida.

—No, claro que no. Pero yo ya sabía lo que iba a suceder. Andan por ahí metiendo las narices en todas partes. Y no sólo ustedes, está también esa chica de la CBS y sus amigos. Usted no recibe llamadas. Usted no se quedará aquí cuando todo haya pasado, como la primavera de 2015. Usted regresará a Washington y volverá a hacer su vida. Con un fiasco, pero poco más.

—¿Un fiasco? ¿De qué está hablando?

—Se cree más listo que nadie. Más que el *sheriff* Johnson, más que los agentes que en su día investigamos el caso, que el detective que contrató la familia y hasta que la espiritista que yo animé a Patrick que consultara.

—¡Vaya, de modo que fue usted el de la brillante idea! —exclamé, haciendo aspavientos.

—Sí. Algunos estábamos tan obsesionados y tan desesperados como lo está usted. A algunos todavía nos pesa en la conciencia ese crimen. Pero sabe una cosa, ¡no va a encontrar al culpable! Ríndase a las evidencias, no hay caso, el tema está cerrado por desgracia. No fue posible hace veinte años, ahora es directamente imposible.

—¿Rendirme? Pero si a lo mejor tengo la suerte de estar delante del asesino.

Stevens no se contuvo y saltó de su silla. Fue directo hacia mí, pero Worth y Tom lo sujetaron y mantuvieron quieto con relativa facilidad.

—Es usted un miserable... ¡Cómo se atreve!

—Yo soy el miserable. Ridículo. ¿Cómo explica entonces su oposición frontal a esta investigación? ¿Cómo explica los tres anónimos? Es el comportamiento de un

homicida que no quiere que la verdad salga a la luz. Tuvo un lío con Donna, una niña, y seguro que acabaré descubriendo que también lo intentó con Sharon. Ya estaba casado entonces. Nada mejor que un agente para cargarse a la pobre chica y después borrar las pruebas que lo incriminan —argumenté, exaltado, sin compasión.

—Insensato. Mi esposa se ha separado de mí. Al final se enteró, seguro que por su culpa. Mi hija pequeña está con ansiolíticos, Nolan se ha largado del condado, Davies me ha comentado que está meditando volarse la tapa de los sesos, Malick ha dejado de atender a sus clientes y pronto entrará en bancarrota y el profesor Smith me ha pedido ayuda porque dice que los rumores que han avivado están poniendo en peligro su puesto de trabajo. Todo esto no es ninguna sorpresa, yo ya lo veía venir. Y al final para nada. Quién sabe cuántas vidas o familias más dejará destrozadas, como un tornado, antes de comprobar lo que muchos ya comprendimos hace tiempo: que el crimen de Sharon Nichols quedará sin resolver para siempre. Como, por desgracia, tantos otros.

El detective y mi colega soltaron a Stevens, que se dejó vencer sobre el suelo de su despacho y comenzó a sollozar. Yo estaba paralizado, todavía conmovido por sus palabras. Jamás me había planteado la cuestión desde su punto de vista, y tampoco nunca había meditado acerca de los daños colaterales que causa una investigación criminal. A raíz de aquel instante se convirtió en una obsesión más que sumar a la larga lista de las que me atormentan.

—¿Qué hacemos, jefe?

—Nos vamos.

—¿Cómo? ¿Hablas en serio?

—Completamente.

—Es lo mejor que podemos hacer —murmuró Liz, haciendo un gesto con su mano, invitándonos a todos a regresar a la casa de Patrick.

Me agaché y cogí al *sheriff* de la camisa, para que pudiera mirarme a los ojos.

—Llevaré todo el cuidado del mundo, pero no pienso largarme de aquí sin descubrir la verdad. Y cuando lo haga usted presentará su dimisión aduciendo problemas de salud. No quiero que interfiera lo más mínimo en el caso. No quiero verle en ningún lado, o no respondo de mis actos. Ha logrado turbarme en lo que respecta a los posibles inocentes, pero no lo incluyo a usted. No tengo la culpa de que su mujer le haya dejado. Mírese en el espejo, si es que aún es capaz de reunir el valor suficiente.

Después de soltar mi discurso regresamos a la vivienda de Nichols y nos sentamos en torno a la mesa del salón. Worth estaba absolutamente roto.

—Jim, ¿es cierto todo lo que nos ha contado el *sheriff*? —pregunté, por si se trataba de una argucia de Stevens ante lo que se le venía encima.

—Más o menos. Yo no estoy tan al tanto de todo. Pero sí puedo confirmarle lo de la separación de su esposa, que Nolan se ha mudado, que Malick ha perdido a muchos clientes y que Davies está sumido en una depresión.

—¡Mierda! —exclamé, exasperado.

—Jefe, nosotros no podemos perder la calma. Tenemos una misión —dijo Tom, que había recuperado el aliento y estaba de nuevo de buen ánimo.

—Ya, pero me ha llegado lo que ha comentado Stevens. Es verdad, hasta ahora nunca había reparado en qué les pasa a los que señalamos con el dedo pero que después resulta que no son culpables. El año pasado todo apuntaba a Davies, pese a que Jim me advirtió de que estaba cometiendo un error. No me importó lo más mínimo. Y tampoco pensé que ese hombre tan extraño, tan rudo, pudiera venirse abajo. Lo peor es que yo debería prever estas situaciones mejor que cualquier otro.

—Ethan, tú estás a lo que estás. Tu objetivo es cazar al asesino, salvar a las futuras víctimas. No eres peor que nadie y es natural que no te hayas fijado en eso hasta que te lo han expuesto con tanta rotundidad —apuntó Liz, no sé si con la intención de sosegarme o porque ella así lo creía de verdad.

Alguien llamó a la puerta en ese momento de tensión. Por un instante imaginé que se trataría del *sheriff*, que venía a matarnos a todos con una escopeta y después a pegarse un tiro. Tom, que intuyó lo que estaba pensando, sacó su revolver.

—Tranquilos, tranquilos —dijo Worth, indicándonos con las manos que nos relajásemos—. Debe de ser mi colega de Topeka. Le he pedido que se acerque hasta aquí, ya que nosotros no vamos a verle.

—Pero ¿no habíamos quedado mañana con él?

—Mañana ya es tarde, Ethan. Vamos a tener que agilizar las cosas o nos veremos arrastrados por el mismo ciclón del que hablaba Clark.

Cuando Jim abrió la puerta efectivamente pudimos comprobar que se trataba de alguien distinto al *sheriff*. Un tipo de mirada astuta y gestos contenidos nos contempló desde el umbral, como el que observa los destrozos después de una larga batalla.

—¿Llego en buen momento?

—En el mejor —respondió Worth, tirando del brazo de su amigo y guiándolo hacia el interior.

Entre todos, con más confusión que orden, intentamos poner al día a Gary Cook, detective de homicidios en Topeka que había logrado esclarecer varios casos cerrados. Por suerte Worth anteriormente había hecho un buen trabajo y gracias a eso pudo seguir más o menos el hilo de nuestra deslavazada narración. Cook demostró, además, ser un hombre despierto y astuto, y pude cerciorarme de que estaba atando cabos con asombrosa agilidad, pese a las adversas circunstancias que nosotros creábamos.

—Conozco a Stevens desde hace años. No puedo creer lo que ha hecho. Es como cavar tu propia tumba —apuntó, cuando llegamos a los acontecimientos de esa misma tarde.

—Yo también, Gary, pero la gente hace locuras. Hasta la que está supuestamente más cuerda. Lo de echar una cana al aire con una chiquilla del condado tampoco es

muy normal, ¿no crees?

Worth seguía impactado por aquel suceso, que él había descubierto por casualidad mientras pasaba unos días de descanso en Wichita. Se encontró en el hotel donde se alojaba al *sheriff* y a Donna Malick. Durante algún tiempo aquello le situó como principal sospechoso del asesinato de la joven. Pese a que se demostró su inocencia, para el detective todo había cambiado aquel aciago día. Ya no miraba a su superior con los mismos ojos.

—No, es cierto. Pero son cosas distintas. Mandar anónimos de esta clase a un agente del FBI... Coincidió en que una vez todo haya terminado debe presentar su dimisión voluntaria. Que se busque la excusa que más le agrade, pero no puede continuar en el cargo.

—Dejando a un lado el asunto de Stevens —intervine, pues deseaba aprovechar la visita de Cook y no quería darle más vueltas a las excentricidades del *sheriff*, que ya me habían soliviantado bastante—, ¿qué podemos hacer para acelerar la investigación?

—Pensáis que contamos con poco tiempo...

—Estoy seguro. Tarde o temprano se sabrá lo de Stevens, o tendré que informar a Quántico. Todo este caso es bastante singular, de modo que lo pueden cerrar o apartarme de él mañana mismo.

—Lo cierto es que su reapertura está cimentada sobre una patraña. Es usted inteligente, Ethan, pero un poco osado, si me lo permite.

—Ahora mismo le permito lo que quiera. Estamos en sus manos.

Cook se levantó y trazó tres líneas sobre la pizarra que había adquirido Tom.

—Para trabajar más rápido debemos dividir las tareas. Debemos confiar los unos en los otros y repartirnos la faena.

—Perfecto —señaló Tom, guiñándome un ojo—. Jefe, se expresa mejor que tú.

—No estoy para chanzas —repuse, arisco.

Gary era muy observador y comprendió qué papel jugábamos cada uno en aquella representación. Yo era el jefe, en realidad sin galones, que tiraba del carro por una cuestión personal. Tom era un gallito un poco guasón pero que sabía desempeñar bien sus funciones. Liz era una mujer lista y perspicaz que de no haber sido mi novia jamás se hubiera implicado en semejante empresa. Y su colega Worth era un tipo extraordinario que, vete a saber los motivos, me profesaba un afecto profundo y deseaba echarme una mano, además de zanjar un asunto que pesaba como una losa sobre la conciencia de toda una comunidad.

—Yo sólo puedo dedicar parte de mi jornada al papeleo y a revisar los informes que me hagáis llegar —continuó el detective de Topeka, sin hacernos mucho caso.

—Yo propongo que Ethan y yo nos entrevistemos mañana mismo con Duane Malick. No debemos demorarlo ni un segundo más —dijo Liz, rotunda.

—Sensacional —musitó Gary, mientras apuntaba lo que él iba a hacer debajo de una columna con su nombre y lo que Liz acababa de sugerir en otra con el de ella y el

mío—. Y vosotros...

—Hay que ir a ver a Nancy Hill y al profesor Smith, una vez sabemos que nos ha mentido —apuntó Worth, haciendo memoria.

—Vayamos en primer lugar a visitar a Hill. A ver si tenemos suerte y cerramos una puerta —expuso Tom.

Cook volvió a usar el rotulador para anotar en la pizarra. Después se alejó unos pasos y contempló el tablero, como si acabase de finalizar un cuadro y algo no terminase de gustarle.

—¿Qué sucede? —preguntó Jim, extrañado.

—No tenemos una línea temporal.

—Una línea temporal... ¿de qué?

—Del último día con vida de Sharon Nichols.

Me quedé pensando en el diario, en las hojas que había encontrado en la cajita de casa de Albion, en la declaración de Vera Taylor y en la cita que Sharon tenía supuestamente con el misterioso sujeto denominado por ella «X». Y efectivamente teníamos un batiburrillo, pero a nadie, empezando por mí, se le había ocurrido hasta el momento reconstruir esa última jornada en la vida de la joven. Yo había llegado con buen pie a Kansas, e incluso me había atrevido a correr desde la casa de Taylor en Meriden hasta la residencia de los Nichols. Pero poco más.

—¿Es importante? —preguntó Liz, médico forense que jamás había trabajado en la reapertura de un caso, mucho menos en uno con tantos años a sus espaldas.

Gary se giró y nos fue mirando a los ojos uno a uno. Sentí la fuerza que emanaba de sus pupilas. Era como si pretendiera infundirnos confianza y aliento.

—Es lo primero que hacemos cuando reabrimos un caso. Incluso antes de ponernos a revisar pruebas y evidencias. Antes de nada hay que saber qué hizo la víctima hasta el momento de su muerte, o hasta el último segundo en el que alguien la vio con vida. Si somos capaces de hacerlo, tendremos la mitad de la investigación resuelta. Por tanto la respuesta es *sí*, es muy importante.

Capítulo XXV

Mi buen amigo Worth había tenido una excelente idea invitando a su colega, el detective Gary Cook, a la casa de Oskaloosa, sin demorar nuestro encuentro. Aquel hombre había puesto orden y nos había demostrado su veteranía en casos de similares características. Después de la desagradable experiencia debida al comportamiento injustificable del *sheriff* Stevens, que había convertido el salón de la casa de Patrick Nichols en un corral de pollos sin cabeza, su llegada había devuelto la calma y el juicio a todos los presentes. Y por increíble que parezca no me sentí herido en mi orgullo descomunal; al contrario, supuso un alivio descubrir que alguien tomaba las riendas de la investigación con aplomo y en apenas unos minutos volvía a encauzar el caso, que a fin de cuentas era lo realmente importante.

Nos quedamos hasta muy tarde trabajando. Nadie se quejó. Ni siquiera Tom, que se ocupó un par de veces de preparar un excelente café para mantenernos despiertos y con los cinco sentidos alerta. Agradecí que se guardase sus payasadas para mejor ocasión: me encontré con su mejor versión, la que adoraba, la que me obligaba a contar con él siempre que Wharton me dejaba. También me alegré de tener a Liz ya a nuestro lado. No sólo aportaba sus conocimientos en ciencia forense, también su sentido común y la carga de aprendizaje que sólo la hija de un policía de calle arrastra consigo toda la vida. Aquella madrugada, ahora que la recuerdo de una forma tan vívida, pese a estar agotado, fue un momento de singular felicidad. Tras haber sentido que la rabia y la indignación se apoderaban de mí de forma descontrolada el regreso a la serenidad y la reflexión me habían dejado en un estado muy cercano al éxtasis. Puede parecer quizá exagerado, pero cuando sientes que un océano te está engullendo de manera implacable y alguien, salido de no sabes dónde, te tiende la mano y te arrastra con fuerza hacia la salvación el instante es indescriptible.

Trazamos una línea temporal del último día en la vida de Sharon Nichols. Contábamos con su diario y con varios testimonios, entre otros los de sus propios padres y el archiconocido de Vera Taylor, que dimos por válido, aunque fuera circunstancialmente. Sharon se había levantado temprano, había estudiado un rato, había paseado por los alrededores con su padre y más tarde había comido en familia. Después estuvo viendo la televisión y salió a media tarde vestida con indumentaria deportiva para ir a visitar a su amiga Vera Taylor. No era en absoluto extraño que Nichols fuese corriendo a todas partes, pues era una atleta extraordinaria y aprovechaba cualquier ocasión para mantenerse en forma. Según Vera, Sharon llegó sana y salva a su casa. Estuvieron tomando algo juntas y charlaron acerca de la vida universitaria y de lo lastimoso que era estar separadas, aunque se vieran con frecuencia. Ya no era lo mismo que antaño. Taylor afirma que a las nueve en punto de la noche se despidió de su amiga, que optó por regresar a casa rodando, tal y como

había ido. Ahí se le pierde la pista, hasta que cinco días más tarde su cadáver es hallado en la hondonada de Perry Lake.

Cook trazó una línea de la que salían diversas ramas, para elaborar un árbol de ideas. Ubicamos en un mapa el lugar en el que se encontraban los sospechosos principales y estrechamos la franja horaria del probable secuestro y posterior asesinato, en el caso de que la versión de Taylor fuera cierta. Si no lo era todo daba igual, porque ella era la culpable y no contaba con ninguna coartada. Llegamos a la conclusión de que era casi imposible que Nancy Hill hubiera cometido el crimen, al menos si todo tenía que encajar medianamente bien; no había dispuesto de tiempo material. Nos quedaban por un lado Elijah Allen, que había tenido la oportunidad y un móvil sólido, y por otro el profesor Smith, que nos había mentido y que también tenía razones de sobra para asesinar a la joven, pues estaba en riesgo su futuro. Y finalmente Duane Malick, el hombre más señalado. Su coartada se tambaleaba, los motivos eran más que evidentes, se suponía que había quedado con Sharon aquella noche y además hacía poco más de un año también nos había ocultado parte de la verdad a Liz y a mí en un interrogatorio mantenido en relación a los asesinatos de Clara Rose y Donna, su hija.

Cuando todos terminamos de esbozar nuestra hipótesis el detective de Topeka dibujó una enorme «X» y la rodeó con un círculo. Tom dijo, abruptamente, que ya sabíamos que esa dichosa «X» significaba mucho. Cook, sin embargo, negó con la cabeza y comentó que era más que probable que el culpable fuera alguno de los que habíamos mencionado, pero que no descartásemos a otra persona; que no diésemos por sentado nada, pues precisamente eso es lo que suele conducir a que un caso sea archivado: no meter en el saco de los sospechosos al verdadero asesino. De inmediato pensé en Stevens, pero había resultado muy convincente en su despacho, pese a su desconcertante proceder. También Davies me vino a la cabeza, pero no teníamos ninguna evidencia en su contra.

Al día siguiente Tom y Worth fueron a Emporia en un SUV de la policía a visitar a Nancy Hill. Odiaba perderme aquel encuentro, pero no tenía otra opción. Entretanto, Liz y yo nos las veríamos, de nuevo, con Duane Malick. Y esta vez iba a ser un encuentro a cara de perro. Mi compañera tenía las pupilas retraídas, como si ya acechase a su presa. La llevaba esperando desde hacía muchos meses. Nada más meternos en el *Spark* tuve que advertirle.

—Hoy te toca el papel de mala a ti, pero no metas la pata. El año pasado pensabas también que era él el culpable...

—Poco ha cambiado, Ethan. Sigo pensando que él, efectivamente, es el culpable... del asesinato de Nichols.

—No demos nada por sentado, como comentó Cook anoche.

—Tú haz tu papel y yo jugaré el mío.

—Esta vez me toca a mí darte pataditas por debajo de la mesa —murmuré, sonriendo.

—Quizá no te dé ocasión para ello. Además, tengo buenas espinillas.

Arranqué en busca de la 59. Apenas 15 millas nos separaban de la residencia de los Malick, ubicada en Perry. Hacía sólo unos minutos que habíamos avisado a Duane de nuestra inminente llegada, para que le pidiese a su hijo Ron que fuese a dar una vuelta por ahí y para saber si se mostraba reacio a cooperar. Tuvimos suerte.

—¿Qué opinas de todo lo de esta madrugada?

—No sé, Ethan. Yo tengo las cosas muy claras y sólo deseo que le arranquemos una confesión a ese hombre o que encontremos las dichas pruebas que lo vinculen con el crimen. Me encantó todo lo que nos dijo, de verdad, pero anda muy perdido. Él no ha pasado por lo mismo que nosotros. Tiene experiencia en casos cerrados, es indudable, pero nosotros la tenemos en éste en concreto.

—Pues a mí me impactó. Estaba hecho un basilisco antes de que entrase en la casa y gracias a su aplomo y su manera de afrontar la situación me relajé. Hoy soy otra persona.

—Se te nota. De todas formas después de lo que ha estado haciendo el *sheriff* no es para menos. Ese hombre ya no vale ni para barrer su oficina. Está echado a perder. Todos debemos aprender alguna lección de esta historia.

El tono de Liz me sonó muy extraño y no quise agregar nada más. Intuí que todo tenía relación con Vera Taylor, aunque pudiera estar equivocado. Por suerte estábamos ya estacionados delante de la vivienda de Malick y eso me daba la ocasión de no profundizar más en qué moraleja se suponía que debíamos extraer de lo acaecido.

—Liz, cuenta hasta cinco antes de hacer cualquier comentario.

—Eres mejor dando lecciones que aplicándote el cuento. Predica con el ejemplo y después ya me sueltas el sermón.

Mientras pulsaba el timbre de la puerta notaba mi pulso acelerado. Liz estaba demasiado tensa y ése no era ni el modo ni el estado propicio para afrontar una reunión tan trascendental. Por otro lado ella tenía razón, y el menos indicado para dar la monserga era yo. Pero mi actitud estaba cambiando, lenta e inexorablemente, a mejor. Me quedaba mucho por aprender, pero los moratones del pasado seguían reluciendo sobre mi piel aún, de modo que no era tan estúpido como para repetir los mismos errores.

El Duane Malick que nos abrió era un sujeto completamente distinto al de hacía sólo un año y medio. Estaba muy desmejorado: barba descuidada, pelo más canoso y enmarañado, ojeras profundas, extrema delgadez y ese cuerpo enjuto enfundado en un pijama que llevaría semanas sin pasar por la lavadora. Hasta noté que Liz no podía disimular su estupor.

—Señor Malick, somos Ethan Bush y Liz Bishop, del FBI, le hemos telefoneado hace un rato. ¿Nos recuerda?

—Claro que les recuerdo. Cómo podría olvidarles... Pasen, por favor. Mi hijo no está en casa. Estamos los tres solos.

Duane nos guió hasta la cocina, donde se encontraba desayunando. Nos ofreció un poco de café y unas rosquillas, pero declinamos la invitación. Mientras lo observaba detenidamente no podía borrar de mi cabeza la imagen de aquel hombre en la grabación que obtuvimos el año anterior con una cámara situada en el lago, y en la que él se ubicaba en el mismo lugar en el que había sido hallado el cuerpo sin vida de su hija. Aquello nos pareció insólito, pero a lo peor sólo era un primer paso hacia el precipicio que conduce a la demencia.

—Sabe que el caso de Sharon ha sido reabierto —dije, con suavidad.

—Salgo poco de casa, pero éste es un condado muy pequeño. Mi hijo me comentó algo. También ayer estuvo por aquí una periodista de la CBS molestando, para variar.

—¿Cómo se encuentra? —inquirió Liz, para mi asombro. Ella era la *bruja* de aquel encuentro y comenzaba preocupándose por el sospechoso.

—Mal. Desde que mataron a mi pequeña no tengo ganas de nada. Ron no se lo merece, pero las cosas son como son. Espero recuperarme pronto. Apenas tengo trabajo y estamos tirando de ahorros y de lo que mi exmujer nos manda cada mes. No tengo ganas de hacer nada...

Cuando Malick concluyó su respuesta yo sólo tenía ganas de largarme de aquella casa. La perorata del *sheriff* Stevens se me había quedado grabada y quizá tenía delante la viva estampa de los despojos que un crimen deja tras de sí, algo que yo jamás vivía de cerca. Pero sí sabía lo que era que te matasen a un familiar y sufrir las consecuencias durante años. No olvidaba el atropello de mi padre ni un solo día.

—Lo lamento. Pero por desgracia tenemos nuevos datos que lo sitúan como sospechoso del asesinato de Sharon Nichols —soltó Liz con repentina frialdad. Había pasado de un tono conciliador a arrojarle un guante contra el rostro.

—Ya vuelve con esa historia. Imaginaba que no me dejarían en paz. Pensaba que eran más listos, pero veo que me he equivocado.

—Puede que no seamos muy listos, pero usted podría haber evitado muchos problemas si desde el principio hubiera contado la verdad.

Duane sacó fuerzas de flaqueza y elevó ligeramente el volumen de su voz. Pese a todo sonó gastada y rota, sin ánimo.

—¿Qué principio? Hace veinte años nadie sospechó de mí. No pensarían que iba a acercarme a la oficina del *sheriff* Johnson a contarle que había mantenido una relación con Sharon. Están chalados.

—Puedo admitirlo —continuó Liz—, pero el año pasado nos dejó a medias. Abandonó el interrogatorio en el instante preciso, ocultando datos que, como casi siempre acaba ocurriendo, han terminado saliendo a la luz.

—¿Qué datos? Les admití que había estado con la chica. Incluso reconocí que había quedado con ella el día de su desaparición. Si me levanté fue porque estaban perdiendo el tiempo, como se demostró. En lugar de hostigar a un inocente tenían que buscar al que mató a mi hija. Hicieron mal su trabajo entonces y lo están haciendo

mal ahora.

Pese a su estado calamitoso, Malick tuvo los arrestos suficientes para encararse a Liz e incluso reprenderle. Yo hacía un rato que era como cualquier otro objeto de la cocina.

—Creemos que pensaba fugarse esa noche con Sharon, que fue a verla pero que algo salió mal. O quizá directamente todo salió según lo había planeado y pudo apartarla de su vida, pues suponía un peligro para su matrimonio y para su futuro.

—¡Ya les dije que nunca llegué a verla esa noche!

—Pero admite que había quedado con ella.

—Más o menos...

—No hay medias tintas, señor Malick. ¿Quedó, sí o no, con Sharon?

—Deseaba verla para decirle que lo nuestro no tenía ningún sentido. Que era un disparate y que tenía que acabar. Pero me faltaron agallas.

—Por desgracia ahora sabemos que no pasó la noche de aquel sábado en casa. Al menos se ausentó en algún momento. ¿Cómo puede explicarlo?

Malick se quedó pálido. No esperaba ni aquel dato ni la manera tan ruda con la que Liz estaba afrontando la reunión. Por un instante celebré que mi compañera estuviera manejando la situación.

—¿Quién narices les ha dicho...? —Duane se pasó la mano por el cabello, comprendiendo—. Susan jamás me comentó nada.

—El pasado nos persigue, señor Malick. El pasado es obstinado y no hay goma de borrar que pueda suprimir nuestros actos. Ahora tendrá que contarnos toda la verdad.

El padre de Donna se quedó reflexionando unos segundos. Estaba abatido, y de nuevo la energía que de forma breve había impulsado su discurso había desaparecido de su cuerpo. Su gesto era el de alguien que se rinde definitivamente, que ya está hastiado de presentar batalla.

—¿Qué quieren saber exactamente?

—¿Mató a Sharon Nichols?

—No, y mil veces no.

—Entonces, ¿qué hizo la madrugada de aquel domingo de 1998?

Liz seguía con aquella mirada felina, clavando sus pupilas en el rostro desdibujado de Malick. Lo había acorralado con habilidad y ya no le quedaba otra salida que contar lo que había sucedido. Noté los latidos de mi corazón en las venas del cuello y estuve en un tris de aflojarme la camisa, pero era incapaz de mover un solo músculo. Quizá estaba a punto de escuchar una confesión de asesinato.

—No podía más con los remordimientos, con aquel infierno en el que me había metido. Cogí un momento el coche y me dirigí a Albion, a la residencia de los Nichols.

—¿Qué está diciendo? —pregunté, descompuesto, como si hubieran soltado un toro salvaje a la arena de un rodeo.

—Lo que escucha.

—¿Qué pretendía? —preguntó Liz, más taimada.

—Lo que hice. Hablar con los padres. Me atendió Amanda. Por suerte Patrick estaba durmiendo. Quizá me hubiera linchado sin pestañear. Me dijo que ya estaba al tanto y que no me preocupase. Pero que dejase a su hija en paz o pondría una denuncia y alegraría que había comenzado todo cuando su hija era todavía menor de edad.

Sentí que toda la sangre que circulaba por mi cuerpo se agolpaba de súbito en mis mejillas. Aquello no podía ser cierto, era una memez de proporciones colosales. Después de haber permanecido sereno, impertérrito como una estatua, en aquel instante era un animal salvaje que no daba crédito a la situación.

—¡Eso es mentira! Usted mató a esa pobre niña y se está inventando toda esta mierda porque Amanda ya no se encuentra entre nosotros para desmentirle. Sentía lástima por usted hace sólo unos segundos, pero ahora me parece un ser miserable.

Liz me apartó, me llevó hasta la entrada. Lo hizo con la fuerza de un levantador de pesas bien entrenado. Yo me dejé arrastrar.

—Ethan, te ruego que te calmes y que me dejes terminar lo que he empezado. Espera aquí.

Asentí. Cuando ella regresó a la cocina yo me aproximé tan sólo con la idea de poder escuchar el resto de la conversación.

—Señor Malick, es muy complicado que nos traguemos esa versión de los hechos. Sharon desapareció a las nueve de la noche del sábado, ¿comprende? ¿A qué hora se supone que mantuvo esa charla con la señora Nichols?

—No lo sé. No estaba pendiente del reloj. Quizá fuera la una de la madrugada del domingo. No mucho más tarde. Es todo lo que puedo decirle.

Capítulo XXVI

Tras diez minutos de conversación relajada Liz se despidió educadamente de Duane, vino a mi encuentro y me llevó del brazo hasta el coche.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunté, sudoroso y con pequeños síntomas de taquicardia.

—Volver a Oskaloosa. Yo conduzco. Estás como si te hubieras metido dos gramos de cocaína en el cuerpo.

—No podemos, Liz. Estamos dejando a ese hombre en su casa. Tenemos que avisar a la oficina del *sheriff* y lanzar ya mismo una orden de arresto. Se acaba de reír de nosotros en nuestras propias narices —musité, suplicando.

—No es él, Ethan. No fue él. Estás demasiado ofuscado, demasiado metido en la piel de Patrick como para pensar con un mínimo de sano juicio. Olvídate de Malick.

Liz arrancó el coche y puso rumbo a Oskaloosa. Yo bajé la ventanilla y el aire fresco del otoño de Kansas me acarició el rostro. Ella tenía razón, no era capaz de pensar, no era capaz ni siquiera de hilar dos reflexiones sin dejarme llevar por las emociones. Lo alucinante es que habíamos cambiado nuestros papeles: sólo unas horas antes creíamos justo lo contrario. Yo tenía muy claro a qué se debía mi cambio de parecer, pero... ¿y el de mi compañera?

—¿Qué revelación te ha llegado en esa maldita cocina? —pregunté, irónico.

—La misma que a ti. Lo único es que en sentido completamente opuesto. Y yo estoy mucho más lúcida que tú. Te lo garantizo.

—La mía es que ese Malick es nuestro hombre. Para una vez que pienso lo mismo que tú.

—Pues ya no estamos en sintonía. En el preciso instante que tú te pasabas a la mía yo saltaba a una completamente distinta.

—Está bien. Entonces, ¿quién diablos mató a Sharon?

—Su propia madre. Amanda.

Tardamos casi media hora en llegar a la casa de Patrick porque Liz se vio obligada a detener el vehículo en dos ocasiones para que yo pudiese vomitar. Así de mal me encontraba. Todo daba vueltas a mi alrededor. Un abstemio como yo —apenas tomaba alguna cerveza muy de vez en cuando— comprendía por primera vez qué era lo que se sentía en mitad de una borrachera.

Lo primero que hice al llegar a la vivienda fue darme una ducha bien fría. Tenía ganas de correr, tenía ganas de abandonar, y, al mismo tiempo, tenía un deseo incontrolable por conocer la verdad, por descubrir al asesino.

Cuando regresé al salón, más tranquilo, Liz se hallaba trabajando. Sobre la mesa

descansaban expedientes, informes y notas diversas.

—Todo encaja, Ethan —murmuró, nada más verme llegar, como si nuestra conversación no hubiera tenido una larga pausa.

—¿Qué encaja?

—Las sugerencias de la médium, la misteriosa muerte del detective que contrató Patrick, Ben King...

—Estás delirando —musité, sentándome a su lado.

—Y tú estás ciego.

—Sigo con la misma lucidez que el año pasado. Al final tuviste que darme la razón. Toda esta teoría es un disparate.

No podía quitarme de la cabeza a Nichols, metido en su celda y pagando por sus pecados. Pero lo de su esposa era ir demasiado lejos. No podía ni plantearle la cuestión. Era un acto peor que escupirle a la cara.

—Pues es la única que explica un montón de circunstancias, declaraciones y aspectos del caso.

Lo peor es que no podía rebatir ese argumento. Era cierto, aunque tenía muy claro que se trataba de una barbaridad, que si Amanda había matado a su hija todo cobraba un sentido.

—Has olvidado un pequeño detalle.

Liz me miró. Se apartó el pelo del rostro y pude ver sus ojos, que seguían con las pupilas contraídas. Pese al instante de tensión que vivía me parecieron fascinantes.

—El móvil...

—Ya. Es lo que estoy intentando desvelar. No creo que fuera tan puritana como para matar a una hija sólo porque había tenido un lío con un adulto. Esas cosas no suceden en los Estados Unidos.

—Pues razón para apuntar hacia otra parte.

—¿Hacia dónde?

—Duane Malick, el profesor Smith...

—¡No fue Malick! Yo he sido la que más ha defendido esa hipótesis, de modo que hazme caso por una vez. Ese hombre no ha matado una mosca en toda su vida. Tenemos que tacharlo para siempre —dijo Liz, interrumpiéndome con brusquedad.

—O Nancy Hill, por ejemplo —susurré, terminando la frase que había dejado a medias.

—Pronto lo vamos a averiguar.

Fue en ese preciso instante cuando Worth y Tom llegaron a la casa. Venían debatiendo, imagino que pensando que no encontrarían a nadie en el salón. Yo no pude contenerme.

—¿Tenemos algo interesante que llevarnos a la boca?

—Sí. Y no sé si son buenas noticias —respondió Tom, desplomándose en unos de los sillones.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, ansioso.

Worth me dio una palmadita en el hombro y se acomodó a mi lado.

—Tenemos que descartar a Nancy Hill. Esa chica todavía detesta a Sharon, se le nota en la forma de hablar y en los gestos.

—Pero...

—Hemos medido los tiempos, tanto al ir como al volver. Ni pisando el acelerador como una loca y con toda la carretera para ella sola es posible que lo hiciera. Es que no da tiempo a que viese a Sharon, a que la envenenase, a que llevase su cadáver hasta la hondonada, justo al otro lado del Perry Lake, y después regresase a Emporia para estar en su casa a primera hora del domingo. Es imposible.

Yo seguía aferrado a cualquier teoría que me diese una opción para no investigar a Amanda. Me daba igual lo que me dijeren o lo que sugiriesen los demás.

—A menos que Taylor se confabulara con Hill. Es sólo por poner un ejemplo.

—Jefe, ¿te encuentras bien? —preguntó Tom, con los ojos abiertos como platos.

—Se niega a aceptar la realidad. No le hagas mucho caso —expuso Liz, agitando una mano.

—¿Qué realidad? —inquirió Worth.

—Hemos estado con Duane. No fue él. He llegado a la conclusión de que Amanda mató a su hija. Ahora sólo tenemos que demostrarlo con evidencias, pero todas las circunstancias apuntan en esa dirección.

Liz empleó una media hora para explicarles todo lo ocurrido y para desarrollar más ampliamente su hipótesis. Por suerte para mí, Worth y Tom estaban tan atónitos como yo. Eso sí, ellos no sentían ganas de devolver ni de salir disparados a darse una ducha helada que se llevase por el desagüe toda la impotencia y la rabia; se limitaban a negar con la cabeza.

—Pero, Liz, no tenemos nada. Sólo tu intuición; y sin ánimo de ofender, eso no nos lleva a ninguna parte —arguyó Tom, taimado.

—Está claro. Tendremos que emplearnos a fondo, al igual que hemos hecho con el resto de sospechosos.

—Todavía tenemos que ir a ver a James Smith —dijo el detective, que se había percatado de mi absoluta discordancia con la teoría de mi compañera.

—Jim tiene razón. Esa entrevista puede cambiar todo, al igual que la de hoy —manifesté, después de mucho tiempo con la boca cerrada.

—Si no os importa voy a acercarme a Topeka a poner al día a Cook. Quizá él pueda aportar su punto de vista —propuso Worth.

Cuando el detective se marchó Liz y Tom siguieron debatiendo acaloradamente y llegaron a la conclusión de que lo mejor que podían hacer era repasar los diversos testimonios e informes que en su día elaboró la oficina del *sheriff* Johnson. Pero no tardaron en percatarse de que había uno que resultaba clave, y que yo era el más indicado para obtenerlo, pues jamás se había planteado la cuestión en el pasado.

—Jefe, debes ir a ver a tu amigo Patrick.

—No. No de momento.

—Eres un cabezota, Ethan. Ese hombre puede ahorrarnos horas de trabajo. ¿Tanto te importa perturbar la calma de un maldito asesino? —preguntó Liz, incorporándose y poniendo los brazos en jarras.

—Pues sí, me importa. Recuerda lo de los daños colaterales. Imagina por un instante que te equivocas. Sería devastador para él...

—Según cómo platees la reunión. No tienes que ir y decirle: «Sabes, Patrick, pensamos que tu mujer mató a tu hija. ¿Tienes algo que comentar al respecto?». Eres mucho más hábil, y lo has demostrado en otras ocasiones.

—Necesito salir a correr. Necesito respirar un poco de aire fresco y pensar con claridad.

—¿De qué estás hablando? —inquirió Liz, indignada.

—Déjalo, es mejor así. Nos quedamos aquí tú y yo trabajando y que se despeje. Ahora mismo un mosquito tiene más cerebro que él —murmuró Tom, con sabiduría.

Subí a mi habitación, me cambié de ropa y me calcé las zapatillas de correr. Deseaba ir hasta el lago, sentarme un rato en la orilla y regresar cuando ya todos estuvieran acostados. Deseaba escapar de mi propia pesadilla, huir como un cobarde de una presunción horrible que tenía visos de ser cierta.

Me despedí con un gesto de mis colegas y nada más pisar la calle vi la furgoneta de la CBS aparcada en la acera de enfrente. No me lo pensé ni un segundo y fui en busca de la periodista. Al llamar a la puerta me atendió el mismo tipo que la primera vez.

—¿Busca a Clarice?

—Sí, ¿está en la vivienda?

—Claro, por favor, pase.

—Prefiero verla fuera.

—Es usted muy raro, ¿lo sabe? Ya mismo la aviso.

Al cabo de unos segundos la periodista estaba delante de mí, con aquella sonrisa sacada de las mejores películas de Hollywood. Imaginé que acababan de maquillarla para realizar alguna toma.

—Ethan, ¿no pensarás en invitarme a correr a estas horas?

—No. La verdad es que necesito tu ayuda.

Brown se quedó confundida. Era lo último que podía esperar de mí.

—Eres una caja de sorpresas. Ahora que pensaba que ya te conocía a fondo vas y me dejas sin palabras. Te escucho con atención...

Le indiqué con un gesto que me siguiese hasta el patio trasero de la vivienda. No tenía ganas de que los vecinos, cualquier agente o incluso la cámara que Tom había instalado en la casa de Patrick fueran testigos de aquel encuentro. Con los rumores acerca de mi extraña relación con Vera Taylor ya tenía suficiente.

—Voy a hacer lo mismo que tú. Primero te doy algo y después tú me echas una mano.

—¿Qué tienes?

—Estamos algo despistados.

—Ya me doy cuenta. Pero algo no marcha bien. Estás nervioso y sudas como si llevases horas entrenando. ¿Qué está sucediendo?

—Nancy Hill está completamente descartada. Y es posible que Duane Malick también, aunque yo no estoy conforme con esa hipótesis.

—Mierda. Me encantaba Nancy Hill como culpable. No me cae bien. Es un bicho malo, ¿lo sabías?

—Tengo algunas referencias, pero no la he entrevistado personalmente.

—Tú eres el psicólogo, pero te encantaría. Ahí hay material de sobra para escribir una novela. ¿Por qué narices habéis descartado a Hill?

—Ahí viene lo bueno. Puedes hacerlo rodar, como parte de una exclusiva. Sé que te chiflan estas cosas. Unos agentes han corroborado que su coartada es muy sólida. Han intentado reproducir todo lo que tuvo que hacer aquella noche y es imposible.

—Y Malick...

—Liz, mi colega, dice que no es él. Lo cierto es que al igual que Elijah Allen ha sido muy convincente en su testimonio.

—Bueno, estoy harta de toparme con asesinos que son muy buenos mintiendo.

—Ya, pero no es sencillo tomarnos el pelo a Liz y a mí a la vez. No hay polígrafo que pueda compararse a nuestro instinto.

La periodista hizo una mueca, como quitando valor a mis últimas palabras. Habían sonado pretenciosas y carentes de la mínima humildad.

—Sois como máquinas, ¿no?

—Olvídalo, pero hazme caso.

—Bueno, entonces, quién es el principal sospechoso: Davies, Stevens, Smith, Taylor...

—Amanda Nichols.

—¿La madre de Sharon?

—Sí.

—¿Puedo comentar eso en las noticias?

—No, joder. Ya te he dado algo para que entretengas a tu audiencia. Ahora es cuando te toca hacerme a mí el favor.

La periodista se puso muy erguida y se cruzó de brazos. Tenía razones de sobra para no fiarse de mí, aunque en el fondo hacíamos un buen equipo. Juntos estábamos llegando muy lejos. En parte le debía haber resuelto los crímenes de Clara y de Donna primero y el caso del asesino en serie de Nebraska después. Era algo que casi nadie sabía, pero que yo no podía borrar de mi memoria. Ella tampoco.

—¿Qué diantres de favor vas a pedirme?

Aguanté unos segundos la respiración. No llevaba la ropa apropiada para el frío que hacía —en principio se suponía que salía directamente a correr— y el sudor producto de los nervios había contribuido a evaporar el poco calor corporal que me quedaba. Estaba tiritando.

—No eres igual que Tom. No eres una agente especial del FBI acostumbrada a husmear en la vida de la gente, pero para esto me sirves lo mismo o más.

—No sé si me estás halagando o denostando. Me quedaré con la primera opción.

—Deseo que investigues a Amanda. Sus amistades, sus secretos, sus manías y la relación con su hija. Y necesito que lo hagas con el mayor sigilo.

Clarice agitó la cabeza para echar a un lado su melena. La encontré muy atractiva a la tenue luz del atardecer y pensé que poseía todas las virtudes para llegar a la cima de su profesión. No me equivocaba en absoluto.

—Déjame recuperar el aliento. Has pasado demasiado rápido de odiarme a pedirme que colabore con un agente del FBI de un modo insólito. Te comenté que eras un poco ingenuo al pensar que la prensa y la agencia no compartían información, pero de ahí a esto hay un mundo.

—Eres mi tabla de salvación.

—Quizá, no, Ethan. Quizá sólo corrobore lo que ya os ronda por la cabeza. Y no sé si voy a ser capaz de cumplir con tus expectativas.

—Cumplirás. Eres la mejor, Clarice. Eres única.

Brown sonrió, halagada. Su azoramiento duró apenas unos segundos y pronto regresó la mirada dura de la reportera ambiciosa que guarecía en sus entrañas.

—Está bien. Pero lo que me has dado no es suficiente. ¿Qué piensas ofrecerme si cumplo con mi parte?

—Una entrevista en exclusiva. Algo que jamás he hecho. Treinta minutos de preguntas y respuestas sólo para la CBS. Sólo para ti —respondí con aplomo, aun a sabiendas de que aquél era un compromiso que no dependía en absoluto de mí.

Capítulo XXVII

Ni salir a correr 16 millas, ni dormir durante cerca de ocho horas lograron apaciguarme. Al día siguiente seguía tan turbado como la jornada anterior. Cuando bajé a desayunar Tom ya no se hallaba en la casa y Liz estaba tomando apuntes en una libreta.

—¿Dónde está Tom?

—No ha querido esperar más. Se ha marchado en busca del pasado de Amanda. Me ha dicho que era lo mejor que podía hacer y yo he estado de acuerdo con él —respondió ella, mirándome de soslayo.

—Tenéis razón —murmuré, temiendo que las pesquisas de mi colega y las de Clarice Brown pudieran coincidir en algún momento—. Voy a tomar algo y después me voy a Lawrence. ¿Te vienes conmigo?

—¿Cuál es tu plan?

—Vernos con el profesor Smith.

Liz frunció el ceño. No quería ofuscar me, pero tampoco comprendía mi modo de manejar la situación, pese a que estaba acostumbrada a mis desmanes.

—Y no sería mejor acercarse a la penitenciaría de Leavenworth para mantener una larga charla con Patrick Nichols...

—Todavía no. Es mejor ver primero a Smith.

—Ya, comprendo. Es preferible agarrarse al último clavo ardiendo.

—Puede ser.

Desayuné un tazón de leche con cereales integrales. Era una costumbre que Liz había incorporado a mi dieta y que mi salud agradecía. Las rosquillas de canela no me estaban haciendo ningún bien. Después regresé a mi cuarto y repasé todos los apuntes que había ido escribiendo en mis *Moleskine*. Por desgracia no encontré nada que pudiera calmarme. En aquel instante deseaba que el profesor Smith se derrumbase por completo durante nuestro interrogatorio o que, incluso, saliese de la nada una prueba incriminatoria que vinculase a Vera Taylor con el crimen. Cualquier cosa con tal de no tener que ir a ver a Patrick a especular con la posibilidad de que su esposa fuese la culpable del asesinato de su hija. Era un barbaridad tal que estaba dispuesto a hacer lo imposible para postergar ese encuentro, hasta encontrar una evidencia que demostrase que Liz estaba equivocada. Quizá fuera Tom y no la periodista quien me trajese la buena nueva.

Antes de partir hacia Lawrence volví a darme una ducha fría. Aquella costumbre aún la conservo, y, aunque son pocas las veces en las que pierdo los nervios en la actualidad, cuando intuyo que puedo desbocarme cuento hasta diez y busco un lugar en el que el agua helada desprenda la furia y la rabia de mi mente. Funciona.

—No tenemos coche. Tom se ha llevado el *Spark* —dijo Liz, nada más verme

aparecer de punta en blanco y dispuesto para la batalla.

—Jim...

Telefoneé a Worth y por suerte se encontraba en la oficina del *sheriff*. En realidad mi llamada le supuso un alivio, pues en aquellas estancias el ambiente era irrespirable desde nuestro encuentro acalorado con Stevens. En cinco minutos lo teníamos tocando el claxon delante de la entrada.

—¿Dónde vamos? —preguntó el detective, que había salido a nuestro encuentro sin saber siquiera cuál era el objeto de requerir su presencia.

—A Lawrence. Vamos a reunirnos con James Smith —respondí, contundente.

—¿Los tres? Habrá avisado al profesor...

—No. Es una visita sorpresa. Así no tendrá tiempo de prepararla.

—Como quiera, Ethan.

En apenas media hora estábamos aparcando en el campus de la Universidad de Kansas. Los tres estábamos tensos. Los tres teníamos una idea muy diferente en la cabeza de cómo plantear el encuentro. Liz indicó que aquello iba a ser un desastre, pero yo decidí seguir adelante. No había plan, era como lanzarse desde una tercera planta en un piso en llamas. Tal era mi angustia.

—Yo llevo la voz cantante. Si observáis cualquier desliz, o atisbáis que estoy pinchando en blando... atacáis para rematarle. No vamos a tener muchas más oportunidades. No tenemos pruebas, de modo que esta entrevista es fundamental.

Cuando preguntamos por Smith nos indicaron que estaba en clase, y que tendríamos que esperar media hora. No nos dirigimos ni una sola palabra en aquellos tensos treinta minutos. Cuando al fin el profesor salió a nuestro encuentro su rostro revelaba que no éramos bien recibidos.

—Podrían haber avisado. Tengo ahora un hueco, pero hubiera preferido atenderles como se merecen. Vayamos a mi despacho.

El profesor nos llevó hasta la misma estancia en la que nos había recibido a Worth y a mí la primera vez, cuando nos mintió. Yo no estaba del todo seguro de si su madre le habría puesto al día, pero contaba con ello. Al menos las tres fotografías y la carta estaban en nuestro poder y ya no podía destruirlas.

—La investigación avanza —musité, tanteando el terreno.

—Me alegro. Ojalá den pronto con el culpable o la culpable.

—Sigue pensando que fue Nancy Hill.

—Sólo es una suposición. Ya se lo comenté en su día. Es arriesgado conjeturar, y han pasado tantos años que todo está... borroso.

El profesor miró por la ventana. Deduje que era un tic, porque ya lo había hecho varias veces en la anterior entrevista. Se quedaba como extasiado contemplando el patio y a los estudiantes.

—¿Sabe qué es lo que nos ha traído hasta aquí? —pregunté, sin vacilaciones.

—No tengo la menor idea. Estoy deseando saberlo. La comitiva es amplia, por lo que deduzco que debe de tratarse de algo importante.

—¿Su madre no le ha contado nada?

Smith se quedó lívido. Durante unos segundos no movió ni un solo músculo del cuerpo. Una gruesa gota de sudor rodó con suavidad desde lo alto de su frente hasta el mentón.

—Hace tiempo que no hablamos. Espero que no la hayan molestado. Está ya mayor —respondió al fin, tartamudeando.

—Nos mintió —dijo Worth, interviniendo en la conversación con rudeza.

—¿Qué está insinuando?

—Tenemos las tres fotografías y la carta que le escribió a Nichols.

El profesor buscó un pañuelo de papel en su escritorio y se secó con delicadeza la frente. Volvió a mirar hacia la ventana. Como la otra vez, tuve la impresión de que estaba viendo a Sharon al otro lado del cristal. Después agachó la cabeza.

—Nos vimos sólo un par de veces...

—Es mejor que nos cuente toda la verdad y que no se ande por las ramas —sugirió Liz, como si estuviera de su parte.

—Me enamoré como un idiota. Yo era muy joven, y no nos separaban tantos años. Me impresionó. Era tan inteligente, tan extraordinaria... Al mes ya estaba planeando marcharme con ella a Canadá, o a Europa. Ella era mayor de edad y ya no necesitaba el consentimiento de sus padres. Nos casaríamos y yo daría clases en cualquier parte, incluso particulares si no era admitido en ningún centro. Suena ridículo, pero ésos eran mis propósitos.

—Pero ella se negó y todo se vino abajo —murmuré.

Smith se revolvió en su asiento. Era como si le incomodase la postura. Yo creí que lo que le estaba irritando era nuestra presencia.

—En absoluto. Ya han visto las fotografías. ¿Acaso ven en ellas a una chica que no disfruta de la compañía?

—No estamos diciendo que no lo pasaran bien un par de días, estamos indicando que Sharon optó por otra persona —dijo Liz, aclarando la cuestión.

—Elijah... No están bien informados. Rompió con él. Deberían hacer mejor su trabajo.

Aquel comentario me exasperó, pero Liz me lanzó uno de sus habituales puntapiés para que me tranquilizase. La dejé manejar a ella la situación, pues estaba serena y lúcida.

—Estamos al tanto. Nos referimos a Duane Malick, no se haga usted el ingenuo.

—¿Duane Malick?

El profesor había formulado la pregunta mostrando un asombro mayúsculo. Si estaba fingiendo lo hacía con una maestría propia de un actor de Broadway.

—Sí, el señor Malick. El hombre con el que Sharon pensaba fugarse la noche del sábado de su desaparición. Usted se enteró de sus propósitos y decidió que si la joven no estaba a su lado no estaría tampoco al lado de nadie más. No se haga daño y confiese. Es lo mejor que puede hacer.

Smith estaba desorientado, como si mi compañera le hablase en un idioma desconocido. Tanteaba la mesa como buscando un asidero. La estampa resultaba grotesca y patética al mismo tiempo.

—¿Quién es Duane Malick?

—Lo sabe perfectamente. No hagamos el ridículo. El momento de los disimulos ya ha pasado a mejor vida, ¿no cree?

Liz seguía mostrándose compasiva con aquel tipo. Trataba por todos los medios de arrancarle una declaración inculpatoria sin tensar la cuerda. Yo aguardaba, al acecho, intentando no desatar una borrasca sin que fuera necesario.

—Le juro que no sé quién es ese hombre.

Mi compañera se estaba cansando. Tenía delante a un sujeto maduro, pero se comportaba como un niño huérfano de toda ayuda, perdido en mitad de la nada.

—Ya se lo he dicho. Malick era la persona elegida por Sharon para fugarse. Habían quedado aquel sábado por la noche y usted lo sabía. Es absurdo que ahora juegue a negarlo.

El profesor cambió de expresión. Se aferró con ambas manos al borde de la mesa. Parecía más cuerdo, más seguro.

—Eso no es cierto. Y lo sé porque ella había quedado conmigo. Sharon y yo íbamos a fugarnos esa noche. La estuve esperando pero no apareció. Ya nunca más volvió a aparecer, hasta que la encontraron muerta en el lago.

Capítulo XXVIII

El profesor Smith se vio obligado a suspender su siguiente clase y a quedarse en su despacho relatando lo que era su versión de los hechos. Para nuestra sorpresa todo se ajustaba a la supuesta realidad con un grado de precisión tal que era imposible que estuviera inventando una patraña para salir airoso de la encerrona. Pero, sin embargo, no le exculpaba.

—¿Por qué tenía la carta que le mandó a Sharon en su poder? —pregunté, recordando que Tom la había encontrado en la caja que el profesor había ocultado en el sótano de su madre.

—Fue una especie de promesa.

—Para mí significa que ella le estaba rechazando.

Smith se pasó la mano por el escaso cabello. No se parecía en absoluto al hombre que estaba junto a Sharon, sonriente, en las fotografías que teníamos en nuestro poder. Era casi una grotesca caricatura del joven que había sido.

—No, no, se confunde de nuevo. Me la entregó y me dijo: «el sábado, cuando estemos escapando de este dichoso lugar, me la devuelves». Después besó el sobre y me lo dio. Era un juego, una manera muy propia de ella de sellar nuestro pacto.

—Necesitamos que esté localizable en todo momento. Vamos a necesitar tiempo para corroborar su historia —dijo Worth, que no se fiaba un pelo del profesor.

—Les ruego que sean prudentes. Ha pasado una eternidad desde aquello y si ahora todo saliese a la luz sería el fin de mi carrera, a nadie le importaría que durante 18 años mi comportamiento haya sido irreprochable. Ella siempre fue muy discreta.

—¿Qué quiere decir?

—Me solía llamar «X». Siempre estaba bromeando, y ésa era la mofa que más le divertía. A mí no me hacía mucha gracia, pero sonreía al verla a ella partirse de la risa. Estaba preciosa. Todavía no la he olvidado. Todavía no he sido capaz de superar todo lo ocurrido a lo largo de aquellos pocos meses de 1998.

Liz y el detective formularon algunas preguntas más al profesor, pero yo ya no me encontraba en aquel despacho. Yo me había desplazado hasta el pasado e intentaba ponerme en la piel de Sharon. Era algo casi utópico, pero me esforzaba. ¿Qué había sucedido para que la chiquilla que Patrick me había descrito tantas veces perdiera de esa manera la cordura? ¿Acaso buscaba en Duane o en Smith la figura protectora de un adulto, pues admiraba tanto a su progenitor que era el modelo ideal para ella? ¿Cómo había sido capaz de ocultar toda esta información a sus propios padres? Preguntas y más preguntas que no encontraban respuestas.

Nos despedimos de Smith advirtiéndole una vez más de que no podía moverse de la ciudad sin avisarnos, y que tenía que mantenerse siempre dentro de las lindes del estado de Kansas. No había motivos suficientes para formular una orden de arresto,

pero sí para sostener las sospechas.

Durante el trayecto de regreso a Oskaloosa los tres nos mostramos meditabundos y afectados por todo lo acaecido. Especialmente yo. Al llegar a la casa nos encontramos con Tom trazando líneas en la pizarra.

—¿Qué haces? —preguntó el detective.

—Trabajando con la línea temporal. No sólo del último día en la vida de Sharon, sino en toda la jodida semana que precedió a su desaparición.

—¿Has podido dar con algún dato interesante?

—Amanda sabía más de lo que contó a nadie. Es una pena que se volara los sesos, porque hoy me encantaría tenerla delante para interrogarla.

—Un poco de respeto, Tom —dije, molesto con el tono y las palabras que mi colega usaba con tanta torpeza.

—Lo siento, jefe. Ya entiendes lo que quiero decir.

—¿Por qué piensas que la madre sabía más? —inquirió Liz, a la que le importaba más el fondo del asunto que la forma.

—He estado con dos amigas. Nunca fue muy clara al respecto, pero en los diez años que siguieron al asesinato de Sharon más de una vez se echó a llorar de golpe, en mitad de una animada conversación.

—Bueno, eso es de lo más normal.

—Ya, ya... Pero hacía comentarios del tipo «tuve que haber estado más atenta» o «algo hice mal para que se descarriase de tal forma».

—El sentimiento de culpa suele afectar más a los inocentes que a los responsables de un homicidio. Especialmente cuando nos referimos a los padres —argumenté, defendiendo a Amanda, que no estaba ya entre nosotros para poder explicar sus palabras.

—Jefe, tienes que dejarme todos los papeles que tienes en tu poder —me espetó Tom.

—¿De qué papeles me estás hablando?

—Lo sabes. Todo. Los tres folios arrancados, el diario completo de Sharon y la carpeta que te entregó el abogado de Nichols. No estás haciendo nada con toda esa información. La mantienes escondida, como si fuesen unas reliquias que nadie puede tocar. Es una negligencia imperdonable, aunque te comprendo. Déjanos a los demás trabajar como es debido.

Asentí, derrotado, y fui en busca de lo que mi colega me pedía. Tenía razón: yo no estaba cumpliendo con mis obligaciones, actuaba como un miembro más de la familia, o como un amigo íntimo, al que le da apuro inmiscuirse en los secretos de sus allegados. Bajé las escaleras con toda la documentación entre las manos, y a punto estuve de resbalar y precipitarme hasta el suelo. Cuando se la entregué a Tom temblaba como una hoja mecida por el viento.

—Lleva mucho cuidado con todo esto.

—Confía en nosotros. Nos repartiremos la faena y actuaremos como arqueólogos

que manejan los tesoros del interior de una pirámide —dijo mi colega, guiñando un ojo, pese a que yo no estaba para muchas bufonadas.

—Creo que lo mejor que puedo hacer es dejaros en paz un rato y salir a correr.

Liz se me acercó y me dio un beso en la mejilla. Me trataba como a un chiquillo, no como al agente especial del FBI que se suponía lideraba aquella investigación.

—Tienes razón. Sal a hacer ejercicio. Cuando regreses estarás como nuevo.

Escapé de la casa de Patrick. Mientras me alejaba de ella, en dirección al lago, rodando por el arcén de la 92, me iba transformando en un niño asustado que huye de un monstruo que no existe. Pero yo era un adulto a punto de cumplir 32 años, agente especial del FBI y el engendro del que intentaba zafarme era muy real.

Llegué hasta el puente que cruzaba Perry Lake. Un poco más adelante, a mi derecha, estaba Ozawkie, y a la izquierda Albion. Contemplé el hermoso lago y estuve valorando la posibilidad de ir hasta el hogar de los Nichols para escarbar en aquella casa que se había convertido en una especie de museo. No quise ni imaginarme entrando, una vez más, en la habitación de Sharon. Decidí que lo mejor que podía hacer era regresar a Oskaloosa. Worth, Liz y Tom ya habrían tenido tiempo, durante mi ausencia, de repasar todos aquellos papeles a los que yo no había prestado atención. Mi colega tenía toda la razón: actuaba de forma negligente con demasiada frecuencia. ¿Podía alguien como yo seguir formando parte del FBI? Quizá había llegado el momento de replantearme el futuro, de buscar otra manera de ganarme la vida y de aplacar el dolor que la muerte de mi padre me seguía causando.

Casi dos horas después, empapado en sudor y agotado como pocas veces —no había llevado conmigo ninguna bebida, ningún gel, y mi cuerpo me lo estaba haciendo saber—, entré en el salón como si apenas me hubiese ausentado diez minutos.

—Ya estoy aquí.

Liz se aproximó y volvió a besarme la mejilla, con la misma dulzura que antes deirme. Algo no marchaba bien.

—¿Qué sucede?

Worth me hizo un gesto, para que tomase asiento a su lado. Le obedecí. El corazón me latía más deprisa que cuando estaba entrenando.

—Hemos encontrado varias anotaciones en el diario de Sharon que pueden significar muchas cosas. También en los papeles de Patrick. Pero en realidad eso es lo de menos.

Tom no me miraba a los ojos mientras el detective me explicaba la situación. Otra alerta. Otra mala señal.

—No estoy para perder el tiempo con chorradas, y vosotros tampoco. Decidme de una vez qué pasa.

Mi colega me tendió un sobre. Lo inspeccioné. Estaba cerrado y se notaba que tenía algunos años. En el reverso no ponía nada, pero en el anverso alguien había escrito un nombre con una letra cuidada, con un trazo que denotaban clase y alto

nivel cultural: «Patrick».

—¿Qué demonios es esto?

Worth se encogió de hombros y después me posó la mano sobre el brazo.

—No lo sabemos, Ethan. No queríamos abrirla sin que tú estuvieras presente. Estaba en la carpeta, con los papeles de Nichols.

Las manos comenzaron a temblarme y la carta se deslizó entre mis dedos, hasta caer sobre la mesa. Sentí un dolor agudo en la boca del estómago y tuve un mal presentimiento.

—No podemos abrirla —balbuceé.

—No digas tonterías, te lo ruego —manifestó Liz, enfadada—. Hemos tenido la deferencia de esperarte, pero puede ser una prueba determinante.

Miré a mi compañera, como en busca de auxilio, o de perdón. Sin embargo su expresión era férrea: no estaba dispuesta a realizar concesiones.

—Sería un delito. Está a nombre de Patrick.

—Jefe, ¿no crees que estás llevando las cosas demasiado lejos?

Negué varias veces con las manos. Me costaba hablar, me costaba articular cada palabra que salía de mis labios.

—Voy a telefonar a Anderson, el abogado de Patrick, para que nos autorice. Una vez tengamos el visto bueno, abriremos el sobre. Entretanto se quedará aquí —murmuré, sacando fuerzas de donde no las había—. Y ahora contadme que más habéis conseguido.

Capítulo XXIX

Después de varias horas de debate decidimos que lo más sensato era irnos a dormir y continuar al día siguiente. Todas las esperanzas de Worth, Liz y Tom se centraban en aquel sobre que yo me había empeñado en mantener cerrado. Para mí, cuando me interesaba, no suponía mayor problema saltarme las normas, ocultando información o allanando moradas sin orden judicial; pero en lo referente a Patrick me comportaba como un burócrata minucioso hasta extremos patológicos.

Apenas había conciliado el sueño un par de horas el insistente zumbido de mi teléfono me despertó. Era Clarice Brown la que me llamaba.

—Lamento molestarte tan tarde. Acabo de regresar de Kansas City y no quería demorar nuestro encuentro. Además, es más discreto vernos en plena madrugada.

—¿Quieres verme ahora? —pregunté, somnoliento.

—Sí. Te espero en la parte de atrás de nuestra casa. Sólo tienes que cruzar la calle.

—Dame tres minutos para ponerme algo y me planto allí de inmediato.

Recordé la dichosa cámara que habíamos instalado y comprendí que al día siguiente Tom descubriría que yo había salido en mitad de la noche hacia alguna parte. Según lo que me relatase la periodista me inventaría una excusa o le contaría la verdad.

Al abandonar la vivienda sentí una ráfaga de frío helado que me paralizó. Aquel otoño estaba siendo duro, y yo estaba poco acostumbrado a la aridez del medio oeste, aunque ya era la tercera vez en poco más de un año que me desplazaba a la zona. Rodeé la casa que habían alquilado los de la CBS y hallé a Clarice Brown aguardándome, inquieta.

—Espero que tengas una buena razón para sacarme de la cama en plena madrugada.

—Ethan, pudo ser Amanda la que matase a su propia hija. Pudo serlo perfectamente.

—¿Cómo? ¿Qué has descubierto?

—He estado con su antigua socia. Amanda era abogada y durante algún tiempo compartió bufete con ella.

—Sí, algo he leído en los informes. Pero esa mujer no aportó demasiado en su día. ¿Qué se está inventando ahora?

—No creo que se esté inventando nada. Me ha contado que tras la muerte de Sharon ella comenzó a comportarse de un modo muy extraño.

—Es normal. ¡Acababa de perder a su hija!

—Ya, pero es que Amanda intuía que Sharon deseaba fugarse con un hombre adulto. Y no estaba dispuesta a tolerarlo. Era una mujer dura y estricta, con un sentido

de la moral muy rígido. Recuerda que tenía un arma.

—Sí, claro que lo recuerdo. Con ese revolver se reventó la cabeza porque no soportaba la pérdida de su pequeña. Además, a Sharon la mataron con cianuro, no lo olvides.

Clarice agachó la cabeza. Apenas podía ver su rostro en la penumbra, pero sí que sentí que se compadecía de mí. Arrastró la punta de su zapato derecho por el césped húmedo, trazando un semicírculo imaginario.

—Tenían cianuro y algunos otros venenos en el despacho en 1998. Llevaban la defensa de una mujer y se habían hecho con unas muestras para no sé qué análisis de un laboratorio independiente. Todos los frascos no estaban en su lugar el lunes después de la desaparición de Sharon. No encontraron el cuerpo de la joven hasta el viernes, y más tarde se supo que la habían intoxicado con cianuro. En ese momento su colega, aterrada, ató cabos.

—Todo lo que me estás contando no son más que chorradas. No aparece en ningún informe. Por el motivo que sea esa mujer quiere manchar ahora el buen nombre de Amanda.

—Habló con el *sheriff* Johnson, pero reaccionó igual que tú. Más o menos le dijo que todo aquello era un disparate, que se olvidase del asunto. Le dijo que conocía a Amanda y que no pensaba presentar cargos contra una madre que estaba destrozada.

Si la antigua colega de la señora Nichols había planeado aquel discurso, lo había hecho de fábula, porque las piezas, una vez más, encajaban. El puzzle estaba completo pero yo me negaba a aceptarlo.

—¿Y cómo reaccionó Amanda cuando su supuesta amiga le comentó lo que pensaba de ella?

—Es que nunca jamás se lo dijo. Sólo fue capaz de hablar muy por encima del asunto con un detective que había contratado la propia familia. Creo que ya conoces la historia. Ben King, ¿recuerdas?

Asentí con desgana. Otra vez sentía náuseas, pero por suerte pude controlar las arcadas y no monté un espectáculo delante de la reportera.

—Está bien. Quizá a primera hora vea todo con más claridad. Necesito tiempo. ¿Esa mujer de Kansas City está dispuesta a declarar en un juicio?

—Bueno, no es mi trabajo formular ese tipo de preguntas, pero tengo la impresión de que la respuesta es sí.

—Has cumplido, Clarice. Cuando todo termine te concederé una entrevista en exclusiva.

—Lo siento, Ethan.

—Has hecho un trabajo fabuloso, no tienes nada que reprocharte.

—Sé lo que esto supone para ti. Me hubiera encantado traerte otras noticias.

—Así son las cosas en el mundo real. No vivimos dentro de un cuento.

—Pero la realidad en ocasiones es tan oscura que cuesta aceptar que sea veraz.

Regresé a la casa de Patrick tambaleándome, sin mirar atrás. Me dejé caer en uno

de los sofás del salón y, antes de quedarme dormido, pensé que ya no tendría que solicitar permiso a Wharton para conceder aquella entrevista a la CBS. Estaba libre de ataduras y, quizá, también era posible que dejaran de acosarme mis peores pesadillas.

Capítulo XXX

Fue Tom el que me despertó. Me zarandeó suavemente y se me quedó mirando a la cara, como si no me reconociese.

—¿Qué haces aquí?

Sabía que vería la grabación. No tenía ánimos de ponerme a borrar el disco duro o de impedirle el acceso a la misma. Ya había caído demasiado bajo y mi colega tampoco se merecía ese trato por mi parte.

—Esta noche salí de madrugada —confesé.

—Esta noche... ¿Dónde diablos has ido?

—Me he reunido con Clarice Brown, la reportera de la CBS.

—Joder, jefe, tú y tus curiosas amistades. Voy a tener que darte algunas lecciones sobre cómo escoger a la gente. Eres único rodeándote de lo peor.

—No me vengas ahora a dar sermones. Y tampoco es que tú seas un espejo en el que mirarse. Me duele la cabeza a rabiar...

Me incorporé e intenté despabilarme poco a poco. La luz ya entraba por las ventanas del salón. Comprendí que tenía por delante una jornada capital para la resolución definitiva del caso, de tal suerte que no me quedaba otra que engrasar con rapidez mis neuronas.

—¿Están los demás despiertos?

—Creo que no.

—Te ruego que hagas de alarma. Vamos a desayunar juntos y os comento todo lo que sé.

—Sin secretos...

—Esta vez no, Tom. Esta vez voy a ser sincero —dije, derrotado.

Apenas media hora después estábamos todos juntos en la cocina. Les relaté lo que me había contado Clarice y no fueron capaces de disimular su satisfacción, aunque tenían en mente que yo podía estar pasando un mal rato.

—Sólo es un testimonio, pero se añade a otros indicios. Y ya sabemos lo que una montaña de indicios significa —manifestó Liz, que estaba deseando cerrar el caso y que ambos regresáramos a Washington.

—Todo es tan enrevesado. Además, me cuesta creer que el *sheriff* Johnson no hiciese bien su trabajo —apuntó Worth, quizá intentando darme aliento, aunque sólo fuera durante un día más.

—Él conocía a Amanda, ¿cómo sospechar de ella? Lo veo normal. La descartó usando el sentido común, pero no se detuvo a analizar el asunto en profundidad —musitó Tom.

—Sabéis...

Los tres se me quedaron mirando. Mi voz había quedado flotando en la estancia

como una pluma: ligera, endeble, que desciende lentamente hacia el suelo, resignada.

—Espero que no digas ninguna tontería, Ethan —murmuró Liz, preocupada.

—No sé si es una memez, pero me encantaría que hoy hiciésemos un último esfuerzo por repasar las historias de Smith, de Hill, de Taylor, de Malick, de Allen...

Worth asintió. Tenía más corazón que cualquier otra cosa, además de una integridad a prueba de balas, y por eso lo adoraba y, de algún modo, lo envidiaba.

—Ni hablar de ello —dijo Tom, arrancándome de mi última esperanza con fiereza.

—Debemos centrarnos en Amanda. A menos que salga algún nuevo indicio. Todo apunta hacia ella. Ni tú puedes ya negarlo —manifestó Liz.

—¿Tenemos una línea temporal? —pregunté, como el que está perdido en el desierto y solicita indicaciones para alcanzar un oasis.

Mi colega de Quántico me llevó del brazo hasta el salón. Limpió la pizarra y se puso a dibujar en ella.

—Tenemos claro lo que sucedió hasta primera hora de la tarde. Si damos por válido el testimonio de Vera Taylor, Sharon estuvo en su casa hasta las nueve. De allí se marchó, seguramente en busca del profesor Smith.

—¿Sin nada? ¿Vestida sólo con ropa deportiva? —inquirí, con el tono de un fiscal en mitad de un juicio.

—Ethan tiene razón. Es un poco endeble esa teoría —dijo Liz, frotándose el mentón.

Tom miró la pizarra durante un largo minuto y después lanzó una gran carcajada.

—¡Ya lo tengo!

—Vamos, suéltalo —le animó Worth, inquieto.

—En realidad regresó a su casa, llegó a su casa. Pero no contaba con que su madre estaba al tanto de sus planes. Amanda la sedó, sólo pretendía retenerla y convencerla a la mañana siguiente, una vez el peligro hubiera pasado. Pero más tarde llegó Duane y entonces ella perdió el control. En un arrebato decidió que aquélla no podía ser su hija, que no quería que fuese su hija. Y la envenenó. Ya tenemos la maldita línea temporal. Encaja...

—Es un disparate como no he escuchado en toda mi vida —murmuré, cansado y horrorizado.

—Tú eres el experto. ¿Hay algún precedente? —me preguntó Liz.

Ya tenía la respuesta a aquella pregunta, no necesitaba pensar, porque yo mismo me la había formulado antes.

—Sí. Hay varios. Pero aquí en los Estados Unidos es un hecho casi inaudito. Es frecuente en otras partes del mundo, en otras culturas donde el papel de la mujer es muy diferente al que juega aquí.

—Pero también ha sucedido aquí...

—Chifladas. Unas por cobrar el seguro, otra porque su hija estaba endemoniada, otra porque era miembro de una secta, otra porque...

—Sigue, Ethan.

—Todas estaban locas. Y Amanda no era una demente. Era una abogada de prestigio. Otra porque su hija estaba saliendo con un negro... Ya ves. Auténticos disparates. No es el perfil de la señora Nichols. Además, ¡habéis olvidado a Patrick!

—Ethan tiene razón. Para que todo cuadre Patrick tuvo que participar, tuvo que ser cómplice. Y eso sí que no me lo creo —manifestó el detective.

—¿No te lo tragas? Ese tipo está cumpliendo condena por asesinato. Parece mentira que tenga que recordártelo —replicó Tom.

—Esto es muy diferente. Mucho. Y a Patrick sí que lo conozco bien.

El timbre de la puerta se interpuso en nuestro debate. Liz abrió la puerta. Era William Anderson, el abogado de Nichols. Su presencia en aquel instante me resultó desagradable. Detesté que se hubiese acercado hasta la vivienda.

—Necesito hablar con el señor Bush a solas. Es un asunto delicado.

Hice un gesto a mis colegas y todos se fueron escaleras arriba, sin rechistar, pero a regañadientes, para que pudiese charlar con el letrado en la intimidad.

—¿Qué es lo que sucede?

—Tengo la autorización de Patrick. Puede usted leer la carta. Pero sólo usted.

Tragué saliva y sentí la responsabilidad que me tocaba asumir como un lastre. Odié el papel que me había tocado en suerte en aquella representación que yo me había empecinado en celebrar a toda costa.

—¿Tan importante es esa carta? —pregunté, atormentado, intentando saber si Anderson conocía qué se ocultaba detrás de aquel enigmático sobre sin abrir.

—Pues sí. Se la dejó la señora Nichols en la mesilla de noche antes de suicidarse.

Capítulo XXXI

Alicia en el país de las maravillas es una de mis novelas favoritas. No pasan dos años sin que la relea. No es un cuento para niños, es un tratado de filosofía. Uno de mis pasajes favoritos, y posiblemente el de cualquiera que se dedique a la formación, a la psicología o a la planificación, es cuando Alicia se topa con el Gato delante de una encrucijada de caminos. La niña pregunta qué camino debe tomar, y el Gato le contesta que eso depende del lugar al que desee dirigirse. Alicia replica que no le importa demasiado a donde. Y es en ese instante cuando el Gato le espeta una genialidad de una sencillez que conmueve por su lógica aplastante: «Entonces da igual el camino que tomes».

Cuando no sabemos la dirección ni el rumbo de nuestros pasos nos sentimos perdidos, en mitad de un laberinto. Cuando por fin nos orientamos y elegimos el camino que nos conduce hasta nuestro objetivo todo se vuelve obvio, palmario, casi evidente de una forma ridícula. ¿Cómo podíamos estar tan confundidos antes y de súbito tener una lucidez que nos hace sonrojarnos al recordar nuestras dudas ya resueltas? La respuesta es también sencilla: ni antes éramos tan estúpidos ni ahora somos tan sabios. Hemos necesitado un proceso para asimilar el entorno, para comprender, al fin, que no da lo mismo elegir un camino que otro.

Antes de leer la misiva que Amanda había dirigido a su marido instantes previos a volarse los sesos con una *Smith & Wesson*, tuve los arrestos de telefonear a Mark en busca de una salvación. Mi colega me dijo lo que ya me había repetido mil veces: que en esta ocasión no podía serme de gran ayuda. Él, que había sido clave en mis tres casos anteriores, era en realidad un extraordinario *hacker* que se sentía impotente para rastrear unos hechos acaecidos en 1998, la prehistoria en términos de sus conocimientos.

Abrí el sobre con la pausa y el mimo que un arqueólogo pondría en su trabajo de recuperación de objetos de gran valor histórico. Tuve que separar los folios plegados con cuidado, pues con el paso de los años se habían adherido los unos a los otros. Leí la carta tres veces seguidas, sin dar crédito a aquellas palabras, deseando que una prueba caligráfica las desvinculase sin lugar a dudas de la señora Nichols. Pero sucedió justo lo contrario.

La larga misiva era un relato espeluznante de una madre conservadora y severa que comprueba que su hija, en sólo unos meses, se le ha ido de las manos. Una hija que planea fugarse nada menos que con un profesor. Entre ella y Patrick tendrían que poner remedio a aquello, y por eso la drogó. Ella ya había tenido sus sospechas, y había cometido la felonía de leer el diario de su hija. Todo le horrorizaba. ¿Cómo había podido estar tan ciega? ¿Cómo había podido suceder? Pero la visita inesperada de Malick le hizo perder la razón y decidió que Sharon ya no era su hija: era un

monstruo, un ser abominable que no merecía seguir con vida. Y le puso fin a lo que imaginaba iba a ser una pesadilla. En realidad lo que había hecho era dar inicio a la misma. Nadie sospechó de ella. Si acaso su compañera de bufete. Nadie más. Pero cada día ella recordaba lo que había hecho. Y cada aniversario Patrick se empeñaba en recordarlo todo. Era un tormento. Y concluyó que lo mejor era finiquitarlo para siempre. Las últimas palabras de la carta eran concluyentes: *«Patrick, sí, yo acabé con la vida de nuestra hija. Yo cometí ese pecado y sólo deseo que en la otra vida me espere la condena al Infierno. No te pido que me perdones, porque ni yo me he perdonado. Soy una cobarde incapaz de enfrentarme a tu mirada, a tu juicio. Es la única salida. Hoy hace diez años que maté a nuestra pequeña, y no puedo soportar la idea de verte llorando, de escucharte mencionado su nombre y recordando las cosas que más apreciaba. Tú hablas de las libélulas azules como el que opina sobre una obra maestra de la pintura, y yo las detesto. Yo detesto todo lo que me recuerde a Sharon. Y lo que más detesto, lo que más odio en el mundo, es a mí misma. Ya no puedo soportarlo ni un segundo más. Siento haberte provocado tanto daño».*

Faltaban pruebas, pero todo encajaba. Analizamos la cajita de la casa de Albion en la que yo encontré las tres hojas del diario y allí estaban, en el interior del doble fondo, las huellas de Amanda. Todos ratificaron sus testimonios, incluso Duane Malick. Pero el más determinante fue el de la antigua colega que ahora vivía en Kansas City. Era abominable, era inexplicable, pero era la verdad, esa verdad que yo me había empeñado en desvelar.

Casi veinte años después de su asesinato, por fin se cerraba el caso de Sharon Nichols. Se había hecho justicia. El pasado es como un tapón de corcho: por muy profundo que lo hundamos en el océano tarde o temprano saldrá a flote, regresará a la superficie para que todos podamos volver a verlo.

Capítulo XXXII

Obtuve un permiso para visitar a Nichols en la penitenciaría de Leavenworth. Solicité que me acompañasen durante el encuentro dos vigilantes y que el preso estuviera esposado de pies y manos. Cuando lo tuve delante otra vez regresaron todos los fantasmas que me vinculaban estrechamente a ese hombre. Pero supe mantener el tipo.

—¿Qué hace aquí de nuevo? —preguntó Patrick, sin mirarme a los ojos.

—Tenía que verle, aunque sólo sea una última vez.

—Pues ya ha cumplido su deseo. Ahora ya puede largarse.

—¿Por qué no me dijo que la noche de la desaparición de su hija usted se la pasó durmiendo?

—Eso ahora da lo mismo. Siempre me iba a la cama temprano. Menuda estupidez...

—¿Nunca sospechó de su esposa?

Nichols se revolvió en su asiento, pero apenas podía moverse. Sus ojos estaban cargados de ira cuando al fin los clavó en los míos. No quedaba nada del hombre al que había llegado a considerar casi como un padre.

—Es usted un miserable, Ethan. Desde luego que no he sospechado nunca de mi mujer.

—No hable en presente...

—Hablo como me da la gana. Amanda no mató a Sharon, ¿lo entiende? Usted cree que todo ha terminado, que ha resuelto el caso. Pero lo cierto es que no es así. Están todos chiflados.

Aguardé unos segundos. Comprendí que ése era el Patrick que yo jamás había conocido, el sujeto capaz de asesinar y de apartarse de la realidad de un modo tan terrible como absurdo.

—¿Por qué no leyó la carta que le dejó su esposa?

—Porque sabía lo que me iba a decir. Sabía que me diría que se suicidaba porque yo no había estado a la altura de las circunstancias. Ella tuvo que reconocer el cadáver de nuestra hija, ella tuvo que ocuparse de todo mientras yo me dedicaba a llorar y a esconderme en una concha.

—Eso no es cierto. Usted trató de averiguar qué sucedió mientras ella hacía justo lo contrario. ¿Quién contrató a la médium Emily Lee? ¿Quién pagó los servicios del detective privado Ben King? ¿Quién se pasó años tomando notas intentando descubrir al asesino de su hija? Entretanto su esposa lo único que hacía era pedirle que pasasen página. Que olvidasen todo.

Nichols rompió a llorar. Mis preguntas habían alcanzado una parte de su cerebro en la que el autoengaño no funciona, en la que sólo resplandece la verdad.

—Es que no es posible, Ethan. Usted no entiende nada. No es posible. Mi esposa, mi hija... Y yo hice todo aquello tan espantoso...

—Ben King le manifestó sus sospechas, ¿no es cierto? —pregunté, impertérrito.

Patrick asintió, casi sin ganas, casi sin fuerzas. Seguía sollozando.

—Y ustedes tenían una esponja natural en el baño, que jamás volvió a aparecer, ¿verdad? —insistí.

—¡Márchese, maldita sea! Ha pagado ya su deuda, ¡déjeme en paz! ¡Márchese y no vuelva por aquí jamás! —gritó Nichols, enloquecido.

—He dejado las libélulas azules en la casa de Oskaloosa. Le pertenecen...

En el avión que me llevaba de regreso a Washington pensé que maldita la hora en la que había decidido reabrir el caso. Pensé también que había llegado el momento de dar un paso definitivo en mi vida.

Capítulo XXXIII

Durante algunas semanas preguntas sin respuesta me atormentaban, pero al menos había dejado atrás las pesadillas. Aun así, debatía de vez en cuando con Liz acerca de aspectos de la investigación que habían quedado sin cerrar: ¿Mató Amanda también a Ben King? ¿Por qué arrancó aquellas tres páginas del diario y las metió en una cajita de la habitación de su hija? ¿Qué ponía y dónde estaban, si es que no habían sido destruidas, las otras tres páginas despegadas del diario? ¿Cómo era posible que la médium, Emily Lee, hubiera acariciado con tanta precisión la verdad? ¿Era Amanda una mujer lo suficientemente fuerte como para llevar sola el cuerpo de su hija hasta la hondonada de Perry Lake? ¿Qué le había impulsado a elegir ese lugar exacto y a dejar el cadáver en aquella posición concreta, con los ojos abiertos? ¿Era posible vivir con aquello sin confesárselo absolutamente a nadie?

—No le des más vueltas, Ethan —me respondía siempre ella.

—Es que mi trabajo consiste precisamente en obtener todas las respuestas.

—No, estás muy confundido. Y vete haciendo a la idea. Hasta en los mayores éxitos, hasta cuando todos te feliciten y te den palmaditas en la espalda, habrás dejado detrás un reguero de preguntas sin respuesta. Hay contestaciones que la gente se lleva a la tumba consigo, y que no hay modo de resolver. Acostúmbrate.

Pero yo no estaba dispuesto a adaptarme. Ya arrastraba una pregunta sin respuesta que me dolía en lo más profundo del alma: ¿Quién había sido el malnacido que había atropellado a mi padre y lo había dejado desangrándose en el arcén de una carretera?

Un mes después de que todo hubiese acabado solicité una reunión formal con mi jefe, Peter Wharton, en su despacho de Quántico. Había llegado el día y la hora.

—Ethan, ¿has perdido el juicio?

—No, lo llevo meditando desde hace semanas. No hay vuelta atrás.

—Después de todo lo que te he permitido, de todo lo que he hecho para que el FBI tenga en sus filas a una persona como tú. Dimitir...

—Soy un desastre. Peter, tú mismo acabas de decir que me has tolerado en exceso. Y es verdad. No puedo seguir ni un minuto más siendo agente de la UAC. Es inadmisibile, y debo reorientar mi carrera.

—Necesito tipos como tú. No quiero un regimiento, desde luego, ¡me volvería loco y esto sería el caos! Pero sí alguno. Tienes algo especial, Ethan. Mira a Mark, a Tom, a Liz... Esos que llamas *tu equipo*. Son singulares. Tienen defectos, desde luego, ¡como yo! Pero también virtudes. ¿Piensas dejarlos tirados?

—Estarán mejor sin mí.

—Y una mierda. Hasta Tom pierde el culo cuando le comento que me has pedido

permiso para contar con él en una investigación.

—Pero ellos se ciñen a las normas, son nobles y responden a lo que cualquiera espera de un agente del FBI. Yo no.

Mientras hablaba pensaba en mi compromiso con Clarice Brown: debía concederle una entrevista de media hora en exclusiva. Uno más de mis excesos.

—Eso no te lo voy a negar. Te dan cien patadas. Tú eres excéntrico y en ocasiones un cretino. Pero necesito tu inteligencia.

—Hay miles de jóvenes extraordinarios saliendo de las facultades y llamando a las puertas del FBI cada año. No tendrás problemas.

—Sí los tendré. No me expliques cómo hacer mi trabajo. Tienes un *don*, algo que muy pocos poseen. No es sólo tu maldito cociente intelectual, es otra cosa —Wharton hizo una pausa calculada en su discurso—. Ethan, puedes salvar vidas, ¿lo entiendes?

—Bobadas. He llegado a la conclusión de que es justo lo contrario.

—Pues estás equivocado. Si no fuera así ya me habría encargado personalmente de expulsarte de la agencia.

No quería mantener por más tiempo aquella discusión absurda. Le tendí la mano a mi superior, para que me la estrechara.

—Peter, está decidido. Lo dejo. Ha sido un honor trabajar estos años para el FBI.

—No lo voy a permitir. Tendrás que hacerlo por mí, al igual que yo he hecho cosas por ti.

—Lo siento.

Wharton abrió uno de los cajones de su mesa y dejó sobre ella un expediente. Después señaló con su dedo índice la carpeta.

—¿Y por unos niños? ¿Serás capaz de hacerlo por unos niños a los que un salvaje mutila, les arranca los ojos y después asesina?



Enrique Laso, según sus propias palabras:

«Nací en Badajoz, en 1972. He residido a lo largo de mi vida en Badajoz, Murcia, Valencia, Barcelona y Madrid. Gracias a mi profesión y a un ansia viajera que me acompaña desde la infancia he tenido la oportunidad de visitar más de treinta países de los cinco continentes.

Aunque profesionalmente siempre he estado ligado al mundo del *marketing* y la comunicación, mi vida es la literatura. Comencé a escribir con apenas ocho años, y el primer relato largo del que tengo recuerdo se titulaba Roca, la historia de un niño incompreso que acababa transformándose en un simple pedrusco.

Durante la adolescencia leí como un poseso. En 1988 devoré casi 400 novelas, cuando hoy apenas llego a la treintena. Comencé a ganar pequeños premios literarios, a publicar en revistas, a integrarme en asociaciones literarias y a relacionarme intensamente con todo lo que tuviera que ver con escribir. Así, en 1990 dejé los estudios para dedicarme a escribir por completo.

Por motivos personales y familiares tuve que dejar la escritura y volcarme en los estudios, al tiempo que me desarrollaba profesionalmente. Durante casi seis años apenas escribí, limitándome a algunos poemas muy de vez en cuando. En ese tiempo reforcé mi formación (Licenciado en ADE, Diplomado en *Marketing*, Master en Dirección Comercial, Master en Dirección de *Marketing* por el ESIC y PDD por el IESE).

Desde 2005 retomé mi carrera literaria. Ese mismo año publiqué una novela corta, Desde el Infierno, adaptada al cine en 2014 por Luis Endera».